

Gustavo Abad



El club de la pelea

Gobierno y medios, un entramado
de fuerzas y debilidades





El club de la pelea

**Gobierno y medios,
un entramado de fuerzas y debilidades**

Gustavo Abad



Quito - Ecuador
2011

El club de la pelea
Gobierno y medios, un entramado de fuerzas y debilidades

Primera Edición

© Gustavo Abad
300 ejemplares - Octubre 2011

ISBN: 978-9978-55-092-2
Código de barras: 978-9978-55-092-2
Registro derecho autoral: 037236

Portada y Diagramación
Diego Acevedo

Impresión
Editorial "Quipus", CIESPAL
Quito-Ecuador

Los textos son de exclusiva responsabilidad de su autor.

Índice

El periodismo olvidado: las instituciones mediáticas ante la rebelión de las audiencias	13
Entre la indignación moral y la corrección política: el melodrama como recurso mediático	61
Comunicación y política: el surgimiento del periodismo público en el Ecuador Caso El Telégrafo	101
Reporteros: cultura periodística, censura y autocensura	133
Epílogo	197

Prólogo

Este libro se compone de cuatro textos escritos entre 2005 y 2010 como parte de mi trabajo de periodista e investigador de la comunicación. Cada uno responde a una coyuntura específica pero, en su conjunto, ofrecen un registro sistemático de las complejas relaciones entre comunicación y política en el Ecuador contemporáneo, expresadas principalmente en la confrontación entre medios y gobierno durante estos años. La idea de juntarlos en un solo volumen obedece a la necesidad de señalar un punto de partida, describir una trayectoria, concentrar una memoria y, sobre todo, ofrecer un mapa orientador del recorrido y las transformaciones experimentadas por los dos principales actores de este conflicto: el poder político y el poder mediático.

El primer texto, *El periodismo olvidado: las instituciones mediáticas ante la rebelión de las audiencias*, surge en el contexto de la resaca política que siguió a la caída del gobierno de Lucio Gutiérrez en abril de 2005. Para entonces, las ideas críticas respecto de la función de los medios en la política todavía ocupaban un espacio marginal en el debate público de este país. Ni el discurso académico, constreñido a la reflexión en las aulas, ni el mediático, limitado al periodismo sobre periodismo, habían logrado posicionar en la población la necesidad de pensar en este tema como un asunto de interés público. Tendrían que ser las circunstancias y los actores políticos posteriores a esta coyuntura los que elevaran el tema a la categoría de debate social en el Ecuador.

En ese marco propongo un primer modelo interpretativo de la situación que, a partir de la relación coyuntural entre medios y gobierno, se proyectara hacia la relación histórica entre comunicación y política. Así, construyo tres categorías de análisis en torno a tres conceptos claves -el vacío, el espejismo y la confusión- como los lugares, mejor dicho los no lugares, donde se juntan y conviven dos tipos de institucionalidad en crisis: los partidos políticos y los medios tradicionales. Planteo de esta manera una primera representación esquemática de un objeto de estudio que, como se verá después, presenta una mayor complejidad.

El segundo texto de esta compilación, *Entre la indignación moral y la corrección política: el melodrama como recurso mediático*, comparte el impulso del primero, aunque el escenario es distinto. La llegada de Rafael Correa a la Presidencia de la República, en enero de 2007, con un discurso radical de izquierda provoca el inmediato alineamiento de la mayoría de medios privados en su contra. Se hace evidente la posición de cuatro actores bien definidos:

1. Un representante del poder político con discurso transformador.
2. Unas fuerzas políticas tradicionales renuentes a evolucionar.
3. Una población que demanda cambios profundos en el modo de organización social.
4. Unos medios de comunicación tradicionales, sin capacidad para asimilar un creciente discurso impugnador de sus procedimientos informativos.

Una de las posibilidades que ofrece la comunicación, como campo interdisciplinario, es la de usar herramientas conceptuales provenientes de otras áreas que también se dedican a la búsqueda y construcción de sentidos. En este caso, acudo a las categorías fundamentales de la dramaturgia para descifrar la estructura dramática

de la confrontación entre poder político versus poder mediático. En efecto, las características de los actores, las circunstancias en las que aparecen en escena, el conflicto que desarrollan entre ellos, y su modo de evolucionar configuran una matriz melodramática, donde cada uno se declara víctima del otro. Un conflicto sin salida, que se ahoga en sí mismo, y donde la única salida posible parece ser la eliminación del otro en un escenario marcado por la violencia verbal de parte y parte.

El tercer texto, *Comunicación y política: el surgimiento del periodismo público en el Ecuador. Caso El Telégrafo*, aparece justamente en un punto de quiebre de la cultura periodística en este país entre 2008 y 2009. Se trata de un balance de los resultados del primer año de funcionamiento del, para entonces, primer diario público del Ecuador y es quizá el que mayormente refleja las falsas expectativas creadas por el gobierno respecto del periodismo.

Por primera vez, la hegemonía del relato informativo de los medios privados se ponía en disputa con la presencia de tres medios públicos: *El Telégrafo*, *Radio Pública* y *Ecuador TV*. Desde una concepción de la información como un derecho humano y como un servicio público, se abrían enormes expectativas respecto de lo que estos medios pudieran ofrecer. También se hablaba de cambiar las prioridades informativas, de modificar los procesos de producción de la noticia, y de ensayar otros relatos de lo social.

Resulta paradójico, pero el mismo gobierno que hizo posible la existencia de medios públicos es el mismo que, dos años después, provocó su fracaso cuando decidió sumarlos a su aparato de propaganda oficial. En este texto no alcanzo a dar cuenta del proceso de aniquilamiento del proyecto del diario *El Telégrafo* como medio público (sí lo hago en el cuarto ensayo de este libro) porque el corte es anterior. De todos modos, es quizá el que contiene una mayor carga testimonial, debido a mi participación en ese proyecto como editor regional y como columnista sobre temas de comunicación,

cultura y política. También es el texto que me permite plantear en líneas gruesas las características de la cultura periodística en el Ecuador, forjada exclusivamente en medios privados, sin que hasta ahora los denominados medios públicos hayan podido modificarla.

El cuarto y último trabajo que compone este volumen, *Reporteros: cultura periodística, censura y autocensura*, producido a mediados de 2010 en el contexto del debate por la Ley de Comunicación, se refiere precisamente a la manera cómo producen, cómo entienden su profesión y cómo narran la complejidad social los periodistas ecuatorianos. A partir de una perspectiva teórica de la economía política de la comunicación, realizo una investigación etnográfica entre periodistas activos, con el fin de determinar los rasgos más significativos de la cultura periodística ecuatoriana y sus dos correlatos principales: la censura y la autocensura.

Esta investigación se realiza en el marco de un enfrentamiento entre un corporativismo estatal y un corporativismo privado, que libran una batalla en el campo ideológico de la comunicación y la información. En ese sentido, planteo un modelo interpretativo de la cultura periodística basado en tres elementos principales:

1. Un modo de hacer y producir (régimen de propiedad y control)
2. Un modo de pensar y actuar (condiciones de producción)
3. Un modo de decir y narrar (discursos y prioridades informativas), que históricamente se ha desarrollado en los medios privados, lo cual los coloca como los principales responsables de la cultura de censura y autocensura adquirida por los periodistas ecuatorianos, como se verá en su debido momento.

De manera que el conjunto de ensayos recogidos aquí dan cuenta de unos hechos, unos discursos y unos actores políticos y sociales que han tenido tiempo de evolucionar en estos años. Y en ese proceso,

algunos se reafirman y otros se niegan a sí mismos. El Lucio Gutiérrez que huyó en helicóptero de la ira popular no se parece al personaje que ahora intenta aglutinar a la oposición; el Paco Velasco que abdicó del espejismo de la objetividad y ofreció los micrófonos de su radio para que se expresara la diversidad cultural no se parece al asambleísta que hace esfuerzos ahora por mantenerse en la gracia del poder; el Rafael Correa que capitalizó la ola de indignación moral para llegar al poder con un discurso esperanzador no se parece al mandatario intolerante que clausura el diálogo y anula la crítica como recursos del pensamiento; los medios tradicionalmente alineados con el discurso del orden y la estabilidad no se parecen a los medios que hoy se vuelcan al activismo político, y se muestran complacientes con actos desestabilizadores como el intento de golpe de Estado del 30 de septiembre de 2010; el diario *El Telégrafo*, que propuso narrativas frescas y enfoques distintos en sus inicios, no es el mismo que ahora se muestra obsecuente con el poder político.

Por ello, sobra advertir que cualquier texto escrito hace tres o cinco años, y leído con los elementos actuales, dejará al descubierto varios desencuentros históricos, ciertas limitaciones en la mirada y algunas falsas expectativas, que no podían ser advertidas o resueltas en la coyuntura que motivó su escritura. Esa es precisamente la idea, ofrecer una perspectiva histórica no solo de los hechos sino de su proceso de registro e interpretación. Por ello, ninguno de los textos ha sido modificado en su versión original, puesto que corresponden al contexto específico en el que fueron escritos. Más bien, resulta saludable dejar expuestos esos claroscuros que la distancia temporal nos permite apreciar y entender. Como autor, me hago cargo de todos los vacíos, los errores de apreciación, las falsas expectativas y de todas las peripecias que hacen parte inevitable de la experiencia intelectual.

Quito, julio de 2011

El periodismo olvidado: las instituciones mediáticas ante la rebelión de las audiencias¹

Febrero, 2006

Introducción

Los medios de comunicación parecen una realidad insondable si los miramos como parte de la inmensa trama de la experiencia humana, de esa caprichosa textura del conocimiento tejida desde las primeras comunidades de lectores hasta las multitudes anónimas que hoy intercambian información a través del espacio virtual. Sin embargo, son una realidad familiar y concreta si reparamos en que forman parte de la cotidianidad, de ese espacio de todos donde se moldean los impulsos y se precipitan las decisiones reales.

Vistos por dentro y por fuera, son tan complejos como los debates teóricos que inspiran y tan evidentes como las reacciones sociales que provocan. Oculta y expuesta es la realidad de los medios, y su comprensión depende de cuánto escarbemos en ella, de

¹ Este trabajo se realizó con el aporte del Fondo de Investigaciones de la Universidad Andina Simón Bolívar-Sede Ecuador. Modo de citar el documento original: Abad, Gustavo, *El periodismo olvidado: las instituciones mediáticas ante la rebelión de las audiencias*, Informe de Investigación, Universidad Andina Simón Bolívar-Sede Ecuador, Quito, 2006

dónde hagamos el corte y qué busquemos, porque los medios de comunicación son quizá los más grandes provocadores de ideas críticas sobre su desempeño, solo que casi nunca realizan el ejercicio de pensarse y examinarse a sí mismos.²

En este caso, el corte es la actualidad ecuatoriana, la historia reciente, o lo que algunos investigadores llaman historia inmediata.³ La búsqueda es el patrón de comportamiento de dos clases de instituciones en crisis: los partidos políticos y los medios de comunicación. Y la intención es dar cuenta de las múltiples coincidencias en el derrumbamiento del prestigio y la autoridad de unos y otros.

Veamos algunas cifras proporcionadas por la encuestadora *Informe Confidencial*,⁴ que dicen que en febrero de 1994, el 59 por ciento de personas consultadas en Quito y el 68 por ciento, en Guayaquil aseguran tener “MUCHA” confianza en los medios de comunicación. Casi 12 años después, en enero de 2006, solo el 21 por ciento en Quito y el 20 por ciento en Guayaquil afirman confiar con esa intensidad en los medios. De igual manera, en la primera fecha citada, el dos por ciento en Quito y el tres por ciento en Guayaquil confían “NADA” en estas instituciones. Revisadas las cifras de la segunda fecha, el 17 por ciento en Quito y el 10 por ciento en Guayaquil responden que su confianza en los medios de comunicación se

2 Pese a ello, sería injusto no mencionar el esfuerzo de mejoramiento de diario *El Comercio* de Quito, que inició 2006 (el año de su centenario) con un cambio de diseño y una propuesta de remozar sus narrativas periodísticas, incursionando en géneros más frescos e imaginativos que los conservadores y acartonados que acostumbraba practicar, y ha creado un espacio de reflexión sobre el periodismo. Sin embargo, esa no es la tendencia en la mayoría de los medios ecuatorianos.

3 El historiador Juan Paz y Miño define a la historia inmediata como el tratamiento de los hechos del presente con la suficiente fundamentación histórica, algo que normalmente no alcanzan a hacer los medios de comunicación. Ver Paz y Miño, Juan. *Deuda histórica e historia inmediata en América Latina*, Quito, THE, ADHILAC, Abya Yala, 2004.

4 La encuesta se aplicó a 400 personas en cada ciudad, residentes urbanos, mayores de 18 años. Fuente: Informe Confidencial.

reduce a nada. La encuesta presenta otros indicadores intermedios que confirman la tendencia.

Respecto de los partidos políticos, la misma encuestadora revela que, en febrero de 1994, el 11 por ciento de consultados en Quito y el 10 por ciento, en Guayaquil confían “MUCHO” en estas instituciones. Para enero de 2006, solo el cinco por ciento en Quito y el seis por ciento en Guayaquil confían mucho en los partidos políticos. En el otro extremo de la valoración, los datos de la primera fecha revelan que el 45 por ciento en Quito y el 44 por ciento en Guayaquil confían “NADA” en los partidos políticos. Para la segunda fecha citada, el 70 por ciento en Quito y el 43 por ciento en Guayaquil han dejado en nada su confianza en los partidos políticos. En este caso, también existen indicadores intermedios que refuerzan lo dicho.

Esta crisis de credibilidad no es exclusiva del Ecuador y más bien parece una tendencia internacional, con las inevitables particularidades en cada país. En la 61 Asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), el presidente de esa entidad, Alejo Miró Quesada, aseguró que la credibilidad de los diarios en los Estados Unidos ha decrecido 13 puntos porcentuales entre 1998 y 2004, y advirtió que el deterioro en América Latina puede ser mayor y, además, involucrar a otras instituciones.⁵

Sabemos que los datos empíricos no son suficientes para entender el sentido de los acontecimientos y que es necesario completar la lectura con el análisis de las circunstancias en que se producen. De manera que, si buscamos un acontecimiento que nos permita situar el debate político y comunicacional en la actualidad ecuatoriana, el que más se presta es la caída del gobierno de Lucio Gutiérrez, el 20 de abril de 2005, uno de los episodios más importantes de la historia reciente, no solo porque acrecentó la cadena de cambios traumáticos en la dirección del país (tres derrocamientos en ocho años), sino porque significó el apareamiento de nuevas formas de impugnación al poder,

⁵ *El Comercio*, 11 de octubre de 2005, A6

que desplazaron de escena a los desprestigiados partidos políticos y a otros dudosos liderazgos.

Sin embargo, el poder político no fue el único destinatario de la protesta y la inconformidad durante los sucesos de abril de 2005. En las calles, la gente volcó su indignación contra unos actores que, hasta entonces, solo habían sido objeto de análisis pero no de mayor cuestionamiento público: los medios de comunicación. El grueso de la población entendió que estos habían dejado de ser la reserva moral de la sociedad frente al poder y los mediadores cívicos entre gobernantes y gobernados. El intento de agresión a varios reporteros y camarógrafos de televisión en las afueras de CIESPAL,⁶ en medio de la lluvia, fue la demostración extrema de ello.

Al hablar de medios de comunicación en general, existe el riesgo de poner en un mismo saco tanto a las grandes corporaciones mediáticas internacionales como a los periódicos comunitarios, porque los medios abarcan desde la *CNN* estadounidense hasta el *Líder Barrial* del noroccidente de Quito. Para evitar confusiones, aquí vamos a referirnos a los medios ecuatorianos que han alcanzado la categoría de instituciones mediáticas, es decir, aquellos que han creado unas expectativas, desarrollado unas prácticas y causado unos efectos a lo largo del tiempo, que los hacen plenamente identificables con el genérico de grandes medios o medios tradicionales.

En otras palabras, no trataremos acerca de periódicos gremiales, de radios comunitarias, de revistas especializadas ni de otros productos por el estilo -también conocidos como medios de cercanías- sino de los medios de comunicación masivos, de cobertura nacional, que se sostienen en una estructura empresarial y en unas políticas editoriales social y culturalmente identificables, que tienen enorme influencia en la representación simbólica de los acontecimientos, pero además

⁶ Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina (CIESPAL), cuyo edificio sirvió de sede provisional al Congreso Nacional para la sesión en la que este ente legislativo destituyó al entonces presidente de la República, Lucio Gutiérrez, el 20 de abril de 2005.

tienen nombres concretos, con los que los identificaremos claramente cuando sea el caso.

Retornemos entonces a las jornadas de abril de 2005. La movilización que tumbó a Gutiérrez comenzó una semana antes por convocatoria del prefecto de Pichincha, Ramiro González, y del alcalde de Quito, Paco Moncayo, quienes apenas lograron un tibio apoyo ciudadano, quizá por estar vinculados a un partido político tradicional, Izquierda Democrática (ID), más generador de sospechas que de adhesiones. Pero la verdadera insurrección comenzó cuando una oyente de radio *La Luna* llamó a la estación y propuso realizar un “cacerolazo”, el símbolo de la inconformidad política en la vida cotidiana. La autoconvocatoria se convirtió entonces en el motor de la protesta.

Durante los días siguientes, los grandes medios, especialmente de televisión, cubrieron tímidamente las manifestaciones, pese a que estas crecían en volumen y en intensidad. Alineados con un discurso de estabilidad y orden social promovido desde el poder e imposibilitados de entender otras formas de expresión política por fuera del proselitismo y la retórica de los partidos, estos medios dieron la espalda a los manifestantes, quienes, al no verse representados, dejaron de creer en ellos y buscaron otros medios, menos grandes y menos tradicionales, pero sensibles a sus demandas.

Una de las evidencias de este alejamiento de los grandes medios respecto de las demandas sociales son las portadas del diario *El Universo*, del 20 y 21 de abril de 2005, desconcertantes por el abrupto giro informativo entre una edición y otra. Mientras en Quito, el 19 por la tarde, una manifestación de cerca de 100 mil personas se dirigía al centro histórico para expresar su rechazo al gobierno de Gutiérrez y, en el trayecto, moría el periodista chileno Julio García, asfixiado por los gases de la represión policial, ese diario abrió su edición del 20 con una foto de media página del Papa Benedicto XVI -al que además le dedicó tres páginas interiores- y solo en una nota secundaria, sin foto, registró con lenguaje oficialista: “Gobierno

organiza marchas; Moncayo declara emergencia”, para asombro de sus propios reporteros y fotógrafos, quienes no entendían las razones de tamaña decisión informativa, ni a nombre de qué se habían jugado ellos el físico en las calles todo el día y la noche anteriores.⁷

Defenestrado Gutiérrez y apaciguados los ánimos, aunque no las expectativas, el mismo diario abrió su edición del 21 de abril con: “Quito tumbó a Lucio” y, como subtítulos: “Alfredo Palacio asumió la Presidencia” y “Abdala Bucaram, con paradero incierto”, sobre una foto de media página de los manifestantes escalando los muros de Carondelet. Me pregunté esa mañana y me sigo preguntando ahora: ¿Así se caen los presidentes: de un día para otro? ¿Hacia dónde miraba ese diario mientras la ciudadanía gestaba el desplome de un gobernante acusado de corrupción y nepotismo? ¿Acaso había alguna lógica de continuidad histórica -que justificara el apareamiento a día seguido- entre un pontífice investido y un presidente derrocado? Lo que había era un brusco cambio de escenario y de protagonistas obligado por la fuerza de la realidad a la que se la había esquivado hasta el último momento.

Como dije al principio, los medios a veces parecen una realidad insondable y no se puede atribuir su comportamiento a una sola causa. Lo único cierto es que toda esa inconformidad social, esa energía colectiva en las calles de Quito no había podido desplazar de la primera página –salvo después del hecho incontestable del derrocamiento- la sonrisa de un pontífice conocido por sus simpatías con la moral fascista, enemigo de los *gays*, del amor libre y del preservativo.

Se entiende entonces por qué la gente, durante esos días, confiaba más en los mensajes de boca en boca, por correo electrónico

7 Solo después de confirmada la muerte del periodista chileno Julio García, cerca de las 23h00, los editores decidieron ampliar la noticia sobre las manifestaciones en Quito, pero la primera edición ya estaba impresa y el cambio solo se pudo ver en la segunda, que circula en Guayaquil, ciudad donde hasta ahora existe una lejana comprensión sobre la naturaleza de esa revuelta.

y por celular para informarse de lo que pasaba. El éxito de la autoconvocatoria se debió, en gran medida, a que fue asumida como una declaración de independencia ciudadana respecto de los partidos políticos y de los medios de comunicación tradicionales. En ese histórico abril quiteño, no solo hubo una rebelión política sino una rebelión de las audiencias, cuyo estado de ánimo parece ser el reflejo local de una corriente mundial con nuevos episodios cada día, el último de los cuales tuvo como escenario las barriadas pobres de París y otras ciudades francesas.⁸

Aunque hemos otorgado una especial importancia a la insurrección de abril, este acontecimiento no es el objeto central de este trabajo, sino solo el más visible punto de referencia dentro de un estado de cosas que involucran al poder político y al poder mediático. Existen otros, como la cobertura de la conflictividad social en las provincias amazónicas; la relación con las fuentes oficiales como el Congreso Nacional y la Presidencia de la República; los recursos narrativos con los que los grandes medios dan cuenta de la realidad; las voces emergentes a través de nuevos espacios y de otros que, sin ser de última generación, manejan conceptos y lenguajes periodísticos distintos que los tradicionales; y un sinnúmero de datos y situaciones que sirven de base para la reflexión acerca de estas dos clases de instituciones en crisis: políticas y mediáticas.

Entonces, las preguntas que intentamos responder son tres:

1. ¿Dónde se juntan y conviven estas dos formas de institucionalidad, agotadas a tal punto que la crisis de una arrastra también a la otra?

⁸ Entre octubre y noviembre de 2005, miles de emigrantes residentes en los barrios marginales de París se rebelaron por la muerte de dos de ellos durante una persecución policial, pero las movilizaciones desbordaron los límites previstos y provocaron miles de automóviles incendiados y cientos de personas detenidas. El mundo tuvo una demostración más de la reacción de las poblaciones que se saben excluidas de toda participación política digna y de toda representación mediática justa.

2. ¿Cuál es el límite de las narrativas mediáticas para dar cuenta del surgimiento de nuevas voces por fuera de los partidos y movimientos tradicionales, y qué opciones aparecen en el horizonte?
3. ¿Hasta qué punto podemos confiar en los dispositivos de última generación (correo electrónico, mensajes de texto, *blogs*⁹ entre otros), enormemente convocantes aunque peligrosamente desinformantes?

La explicación de todo esto está en el comportamiento de las instituciones mediáticas en su relación con las instituciones políticas y en la recepción que de todo ello hacen las audiencias. Los papeles se han invertido: los medios y los partidos ya no miran a la sociedad, es la sociedad la que los mira y los juzga.

Pero volvamos sobre algunos aspectos ya esbozados a fin de ampliar su sentido. La sociedad está atravesada por una infinidad de narraciones. Los gobernantes, los escritores, los cineastas, los artistas, los filósofos, etcétera, narran el mundo según su particular modo de entenderlo. Sin embargo, los periodistas son quizá los narradores privilegiados de la realidad, pues es en los medios de comunicación donde se expone y se construye todos los días lo público y lo privado, lo trascendente y lo banal, lo oficial y lo marginal, etcétera.

Pese a la vigencia de esta aseveración, existen clarísimos signos que nos llevan a dudar de la centralidad absoluta de los grandes medios en la configuración del mundo social. Cada día aparecen

9 También conocidos como diarios virtuales o tribunas de orador, para que cualquier persona exponga sus opiniones y reciba las de otras. Se estima que en el mundo 80.000 personas abren un nuevo *blog* cada día y que existen millones en funcionamiento. En el Ecuador, la empresa *Ecuablogs* tenía registrados 565 *blogs* hasta mediados de agosto de 2005 (*El Universo*, 14 de agosto de 2005), pero se considera un subregistro pues existe un número indefinido que no consta en directorios.

más grupos que basan su accionar político en la disidencia respecto de los mensajes mediáticos tradicionales. Las llamadas “multitudes inteligentes”,¹⁰ como las denomina el teórico estadounidense Howard Rheingold, están reemplazando a los militantes orgánicos de los partidos y de los movimientos institucionalizados, entre otras cosas, porque tienen a su alcance nuevos canales de expresión, nuevas tecnologías que les permiten organizarse sin conocerse. Las protestas en diversas ciudades españolas, que provocaron la derrota del oficialismo en ese país como castigo por haber manipulado la información sobre los atentados terroristas del 11 de marzo de 2004 en Madrid, sirven como ejemplo de estas nuevas formas de movilidad social no consideradas en la agenda de los medios tradicionales.

Pero no nos confundamos, no todo lo que está en los medios es periodismo, pues estos producen también otras narrativas: las delirantes de los *talk shows*, las melodramáticas de las telenovelas de mala calidad; las inverosímiles de los *reality shows* y, marginada de todas, la periodística, de la que muchos han desertado y a la que se adscriben solo unos cuantos, convencidos de que este oficio todavía sirve para algo. Por lo tanto, los criterios que aquí se exponen también tienen que ver con esa convivencia no libre de tensiones, que se ha desarrollado en el interior de las empresas mediáticas, entre quienes se dedican a la información y quienes se consagran al negocio del espectáculo.

El escritor argentino Tomás Eloy Martínez dice que el periodismo es: “Una voz a través de la cual se puede pensar la realidad, reconocer las emociones y las tensiones secretas, entender el por qué, el para qué y el cómo de las cosas con el deslumbramiento de quien las está viendo por primera vez”.¹¹ Entonces, ¡cómo no va a servir para algo! Lo que pasa es que en los medios -o por lo menos en

¹⁰El autor es un estudioso de los usos sociales de las nuevas tecnologías de la comunicación. Ver más referencias al tema en Rheingold, Howard, *Multitudes inteligentes: la próxima revolución social*, Gedisa, Barcelona, 2004

¹¹ Tomás Eloy Martínez, *Defensa de la Utopía*, conferencia en el seminario *Situaciones de crisis en medios impresos*, Bogotá, 11 de marzo de 1996.

buena parte de ellos- lo último que se hace es periodismo. Eso lo dejó claro alguien que ha dado al mundo una lección del oficio sin ser periodista: Michael Moore,¹² el cineasta ganador de una *Palma de Oro* en Cannes por su documental *Fahrenheit 9/11*. La cámara y la narración de Moore hacen el trabajo que los grandes medios estadounidenses no hicieron a su debido tiempo: poner en evidencia el fraude electoral del presidente George W. Bush; los negocios de la familia Bush con la de Osama Bin Laden; el cinismo del presidente y sus asesores haciendo muecas de payaso antes de anunciar la invasión a Irak, entre otras cosas. Moore recupera el periodismo como narración urgente del mundo, algo que están olvidando muchos medios de comunicación.

El principal beneficiario de este olvido es el negocio del espectáculo, como lo demostraron los canales de televisión ecuatorianos cuando transmitieron -como si se tratara de una cadena nacional- la llegada del ex presidente Abdala Bucaram a Guayaquil, el 2 de abril de 2005, sin que ningún periodista se preocupara de recordar al público las razones del autoexilio de este personaje, derrocado en 1997 por una insurrección popular, e identificado como uno de los mayores símbolos de la corrupción en la historia del Ecuador. La llegada de Bucaram fue lo único que desplazó de las pantallas la agonía del Papa Juan Pablo II, que la *CNN* y *Telemundo* habían montado a manera de un *reality show*, cuyas imágenes reproducían los canales ecuatorianos.

Llegar y transmitir primero fue la misión de los reporteros en ese caso. *¡Nosotros le mostramos lo que ocurre, vaya usted a comprenderlo, y si no lo hace, el bruto es usted...!*, parecía ser el mensaje a los televidentes. La función del periodista como mediador está desapareciendo. La rebelión de las audiencias durante la caída de Gutiérrez fue también un acto de repudio contra esa declinación

12 Michael Moore es autor de libros como *Estúpidos hombres blancos* (2002) y documentales como *Bowling for Columbine* (2003), entre otros, en los que se despoja de cualquier pretensión de objetividad o neutralidad y, en su lugar, plantea directamente una tesis personal a la que va dotando de fundamentos mediante una investigación rigurosa cuya dinámica es básicamente periodística.

de los medios, que sacrifican el periodismo por el espectáculo.¹³ La indignación de los habitantes de la Amazonia cuando sus demandas no se cubren sino cuando el grado de convulsión social produce incendios y violencia callejera confirma el desencanto de las audiencias frente a ese periodismo de espectáculo, inmediatesta e “instantaneísta”, para usar una definición del pensador español Ignacio Ramonet.¹⁴ Dicho de otra manera, un periodismo carente de la esencia del oficio, la mediación inteligente entre los hechos y su difusión pública.

Si en las primeras teorías críticas sobre los medios se los definía como aparatos ideológicos del Estado por su capacidad para difundir ideas hegemónicas, si durante los últimos años de salud de los estados nacionales se los consideraba el cuarto poder por su función impugnadora de los tres restantes, ahora se hacen esfuerzos entre gobiernos para contar con instituciones mediáticas supraestatales como defensa contra las corporaciones mediáticas privadas, porque resulta evidente que los medios se han constituido en un poder en sí mismos, y que en el *podium* primero está el poder económico, segundo el mediático y tercero el político. Así, el canal *Telesur* -montado con aportes de Venezuela (60 por ciento), Cuba (10 por ciento), Uruguay (10 por ciento) y Argentina (20 por ciento)- aparece como un proyecto comunicacional con una fuerte carga política, que replantea significativamente el rol histórico de los medios y de las prácticas periodísticas en América Latina, sobre todo porque plantea algo que los otros no hacen, la posibilidad de que los pueblos de esta parte del mundo se miren a sí mismos.

Este canal, inaugurado en Caracas el 24 de julio de 2005, en homenaje al natalicio de Simón Bolívar, representa la posibilidad -aún no confirmada- de que los pueblos latinoamericanos cuenten con un espacio de autoconocimiento y de resistencia simbólica

13 Ver Abad, Gustavo. *Surge la autoconvocatoria* (análisis) *El Universo*, 16 de abril de 2005

14 Ramonet, Ignacio. *La tiranía de la comunicación*, Barcelona, editorial Debate, 2002.

frente al volumen de mensajes provenientes de las corporaciones privadas, cuya institución paradigmática es la *CNN* estadounidense. Esto hizo que saltaran las alarmas en los Estados Unidos, cuyo gobierno reduce a *Telesur* a un proyecto político e ideológico del presidente venezolano, Hugo Chávez. Esa aseveración ha sido tomada sin cuestionamientos por la mayoría de medios tradicionales ecuatorianos, que se limitan a repetir los calificativos de “político e ideológico”, como si se tratara de una perversión en lugar de una alternativa respetable.¹⁵

Una definición clásica del periodismo dice que es una actividad de servicio público mediante la búsqueda y difusión de información veraz y oportuna. Ciertamente, pero también es una narración contemporánea del mundo, que procura incidir social, política y culturalmente en cualquier ámbito en el que se desarrolle. Al parecer, los medios tradicionales ecuatorianos ignoran esta segunda acepción y descalifican a *Telesur* por considerarlo ligado a una propuesta política regional de varios estados latinoamericanos, como si las corporaciones privadas estadounidenses no hicieran lo mismo, pero en sentido contrario. Parece que no alcanzan a comprender con qué proyecto tienen mayor cercanía los pueblos latinoamericanos ¿Con *Telesur* o con *CNN*? Parece que ignoran que uno de los mayores compromisos políticos de los pueblos es conocerse a sí mismos y, por eso, esa posibilidad está desapareciendo de los medios tradicionales.

En el Ecuador, apenas terminaron las manifestaciones de abril de 2005, los medios volvieron a enfocar sus cámaras hacia los escenarios oficiales de la política. El Congreso Nacional, una de las instituciones más desprestigiadas del país, impone de nuevo la agenda informativa. Por eso es creciente la impugnación ciudadana contra los grandes medios, porque existen demasiadas muestras de que estos participan del mismo cansancio y extravío que los partidos políticos. En este trabajo se analizan algunas prácticas de los medios

¹⁵ Ver *Telesur, Sudamérica bajo el lente del 'chavismo'* (reportaje), El Universo, 7 de agosto de 2005

tradicionales ecuatorianos, que tienen grandes semejanzas con las prácticas de los partidos políticos. Mediante este contrapunto, se construye una narrativa en torno a tres conceptos principales: el vacío, el espejismo y la confusión, esos lugares -más correcto sería decir no lugares- donde los medios y los políticos se dan la mano, se mezclan y forjan, entre ambos, su propia y engañosa realidad.

Buena parte de las ideas que aquí se desarrollan se nutren de la experiencia del autor como reportero en diarios de Quito y Guayaquil, y de ninguna manera pretenden abarcar la totalidad de las prácticas periodísticas, sino las más representativas de una tendencia. Por lo tanto, además de las indagaciones y los datos relacionados con hechos concretos, lo que sigue contiene también una inevitable carga testimonial, de total responsabilidad del autor, como método de trabajo y como recurso narrativo entre el ejercicio diario del periodismo y la reflexión crítica sobre este oficio.

1. El vacío

Cuando los medios y los políticos construyen hechos de la nada

Un gran automóvil negro está parado en medio de la calzada, con la antena desplegada y los vidrios ahumados, como los que usan los diplomáticos, los ejecutivos, los gobernantes y otras personas de alto rango para proteger su identidad. Entre los faros delanteros está una enorme placa donde se puede leer: "OXY". Junto al automóvil se encuentra un vigilante de tránsito en actitud de escribir una boleta de contravención. Con el pie subido sobre el guardachoques, el uniformado parece desarrollar su labor con toda la paciencia del mundo, quizá en espera de alguna señal de parte del conductor, como suele ocurrir en la mayoría de estos casos. En la cintura del agente del orden se lee: "ESTADO ECUATORIANO". Y desde el interior del auto de lujo, una voz anónima propone: "JEFE... ARREGLEAMOS".

La escena descrita corresponde a una caricatura de Bonil (Xavier Bonilla) publicada el 7 de agosto de 2005 en el diario *El Universo*. Bonil es quizá uno de los caricaturistas más imaginativos cuando se trata de representar el sentido de los acontecimientos. En este caso, recurre a una figura costumbrista para graficar la situación de la empresa petrolera estadounidense Oxy (Occidental Exploration and Production Company), acusada por Petroecuador y la Procuraduría General del Estado de haber violado la Ley de Hidrocarburos al vender, sin autorización del Estado ecuatoriano, el 40 por ciento de sus acciones en el bloque 15 (ubicado en la Amazonia) a la empresa canadiense EnCana. Por ello, ambas instituciones han pedido al Ministerio de Energía y Minas que declare la caducidad del contrato con Oxy y que exija a la transnacional que salga del país. Decenas de organizaciones sociales apoyan este pedido y, además, acusan a la petrolera de extralimitarse en la explotación y causar severos daños ambientales en la región.

La situación es similar a la del conductor sorprendido en infracción, que quiere solucionar las cosas de manera extra legal. “Jefe... arreglemos” es un célebre eufemismo ecuatoriano, que no significa otra cosa que una invitación para que la autoridad acepte un soborno a cambio de la impunidad del infractor. Pero la Oxy dista mucho de ser el conductor sorprendido que quiere hacer uso de una viveza criolla para salir bien librado. Esta transnacional es, al mismo tiempo, acusadora del Estado ecuatoriano en cortes internacionales, ante las cuales exige la devolución del IVA (Impuesto al Valor Agregado) que pagó por los beneficios obtenidos con el crudo extraído del suelo amazónico, aunque con dudosos argumentos, lo cual ha obligado a las autoridades ecuatorianas a contratar bufetes de abogados internacionales para litigar.

Entonces, la invitación a “arreglar” las cosas cobra doble sentido. Es una petición y una amenaza al mismo tiempo. La transnacional pide que no se la eche del país, pero deja entrever que, si eso llegara a suceder, no tendría escrúpulos en activar sus reclamos, aunque sean

forzados, y sacar provecho económico. Los conductores sorprendidos en la infracción piden “arreglemos”, los ejecutivos habituados a las transacciones proponen “negociemos”, y los diplomáticos que dominan los eufemismos proclaman “dialoguemos”. ¿Qué dicen los medios de comunicación al respecto?

Los periodistas tenemos una gran disposición para desarmar el orden de las cosas, encontrar la doble intención de las palabras, y hacer malabarismos con las reglas. Si el protocolo dice atrás, nos colocamos delante. Si a un funcionario lo ratifican en su cargo, especulamos con que pronto lo despedirán. Si un personaje importante advierte que no hará declaraciones, corremos hasta la puerta de su coche a sabiendas de que, cuando llegue y nos encuentre esperándolo, tendrá que decir algo, aunque sea para salir del paso. Muchas veces, los periodistas asumimos complacidos el rol de “simpáticos granujas” que el folclor nos ha asignado, sin sospechar el efecto social de todo ello.

Durante la presentación de credenciales de la nueva embajadora de los Estados Unidos en el Ecuador, Linda Jewell, el 29 de agosto de 2005, en el Salón Amarillo de Carondelet, los encargados de protocolo dijeron que la funcionaria no daría declaraciones a la prensa, porque no quería dar lugar a suspicacias como las que creó su antecesora, Kristie Kenney, con sus frecuentes opiniones sobre asuntos internos del país. Ningún reportero insistió, algo extraño pero totalmente explicable. Todos asumieron la actitud de quien sigue un libreto aprendido hasta la saciedad y, uno por uno, comenzaron a salir hasta colocarse a la salida del pasillo principal de Carondelet, en la esquina de Chile y García Moreno, donde ya los fotógrafos habían advertido que se encontraba estacionado un automóvil Cadillac negro con placas diplomáticas en espera de la funcionaria. Ahí formaron un muro infranqueable, montaron las cámaras sobre trípodes, y se parapetaron detrás para aumentar el volumen de la barrera mediática.

La funcionaria salió al rato.

–Señora embajadora, un momentito por favor –se oye al unísono.

–Ok, ok, vamos a responder lo que se pueda...

–Señora Jewell, ¿cómo cree usted que se pueda resolver el conflicto entre el Estado ecuatoriano y la petrolera Oxy? –La pregunta sale de un reportero de televisión, que apenas logra asomar la cabeza por detrás de un puñado de micrófonos dispuestos hacia arriba como misiles tierra-aire.

–Bueno, yo estoy aquí para propiciar el diálogo. Creo que solo mediante el diálogo se pueden defender las democracias y los intereses de los dos países, que tienen excelentes relaciones....

–¿Qué disposición ha mostrado el presidente Palacio para ello?
– Ahora, es una periodista de radio la que hace esfuerzos por tomar la declaración con nitidez.

–Él también es una persona amante de la democracia y creo que seguiremos dialogando... Muchas gracias. Permiso...

La diplomática, vestida de azul eléctrico, desciende la última escalera de piedra de Carondelet y se dirige hacia el Cadillac negro. Las cámaras giran y la siguen hasta que sube al vehículo y se esfuma tras los vidrios ahumados, impenetrables para los esfuerzos de los reporteros, fotógrafos y camarógrafos, que se apresuran a comunicar a sus medios que ya tienen las declaraciones de la embajadora.

A pocos metros de ahí, junto al atrio de la Catedral, una veintena de trabajadores de la fábrica de cementos Holcim (ex Cemento Nacional) permanece en huelga de hambre, reclamando que el Ministerio de Trabajo intervenga en la resolución de un conflicto laboral relacionado con un despido masivo. Un fotógrafo ensaya varias tomas, por si

acaso se las requieran en su trabajo, pero es raro el periodista que se haya enterado en qué consiste el problema, cuál es su base legal y qué autoridad tiene que responder.

A juzgar por las preguntas a la embajadora, tampoco saben que el “conflicto entre el Estado ecuatoriano y la Oxy” es un asunto legal entre un Estado soberano y una transnacional privada, donde no cabe la intromisión diplomática, porque de por medio está el riesgo de afectar algo muy serio como es la soberanía de los pueblos, lo cual no pareció importarle a la petrolera cuando planteó su demanda en un tribunal de Londres, y pasó por alto la jurisdicción ecuatoriana a la que están sometidas todas las empresas que trabajan en este país.

Los informes de Petroecuador y la Procuraduría, que datan de agosto de 2004, contienen toda la información al respecto. Sin embargo, el Ministerio de Energía y Minas ha tardado más de un año en notificar a la transnacional. Lo hizo el 15 de noviembre de 2005, ante el inminente juicio político en contra del ministro Iván Rodríguez. A partir de esa fecha se concedió a la petrolera 60 días para presentar pruebas de descargo, es decir hasta el 15 de enero de 2006, pero después se amplió hasta el 8 de febrero, luego de lo cual las autoridades ecuatorianas tienen plazo indefinido para dar su fallo.

¿Por qué se le pregunta a la embajadora sobre el tema y se difunden sus opiniones sin cuestionarlas? Porque la mayoría de medios de comunicación y de periodistas en el Ecuador siguen una tendencia que consiste en cubrir declaraciones y darles la categoría de hechos. Y son las declaraciones las que ocupan grandes espacios. Veamos: “Estados Unidos presiona más por Oxy” dice el titular de portada del diario *El Comercio* en su edición del 30 de agosto de 2005, y agrega: “Oxy: Jewell pide la negociación”, como subtítulo en interiores. El mismo día *El Universo* registra: “Embajadora de EE.UU. pide dialogar en caso Oxy”, en portada, y completa la información en interiores con: “EE.UU. reitera su apoyo a la democracia”. Los medios televisivos dijeron algo parecido en esta corriente del periodismo

de declaraciones, que construye climas favorables para que se manipulen conceptos fuertes como el de la soberanía, y se tome como parte de un orden natural la intervención de una embajadora en los asuntos del país al que está designada, cuando es otra la naturaleza del problema.

El mismo Bonil ya había parodiado esta situación semanas atrás en una caricatura publicada el 1 de julio de 2005 en *El Universo*. El personaje central es la ex embajadora Kristie Kenney -famosa por su camaradería con el derrocado presidente Lucio Gutiérrez- caminando con una maleta a cuestas en dirección de una flecha que señala: “ASIA”, a donde fue asignada por el gobierno de su país. Con el paso acelerado y la mano extendida a modo de quien ofrece explicaciones, dice: “YO TAMBIÉN CREO QUE ME VOY ‘ASILADA’... PORQUE YA NO PODRÉ HABLAR NADA DE POLÍTICA DEL ECUADOR”, en alusión, tanto a su propia incontinencia verbal, como a la prohibición a Gutiérrez de hacer proselitismo político en los países que le brindaron asilo después de su derrocamiento, el 20 de abril de 2005, y antes de su retorno a una celda del ex penal García Moreno, el 14 de octubre del mismo año.¹⁶

Se podrá argumentar que, pese a que a la diplomática estadounidense no le corresponde intervenir en asuntos internos del Ecuador, en realidad lo hace, y que los periodistas deberían estar ciegos para no registrar esa situación. En efecto es así, la obligación de los medios es conocer lo que hay detrás de la fachada de las cosas y develar los hilos del poder que se mueven a la sombra. Pero esa es una cosa, y otra es consagrar esos manejos en su dimensión simbólica, como parte de un orden natural.

Esto no significa necesariamente que medios y periodistas se hayan confabulado para retorcer la verdad. Los medios publican lo que los

¹⁶ El 8 de enero de 2006, el ex presidente fue trasladado a la Cárcel 4, un recinto en el norte de Quito, destinado a presos con privilegios. El argumento fue que existía un plan entre los reos del ex penal para asesinarlo por no haber cumplido su oferta de entregarles regalos en Navidad.

reporteros aportan mediante actos reflejos, forjados por la costumbre, movidos por los resortes nerviosos de la base del cerebro sin posibilidad ni espacio para pensar dos veces antes de actuar. ¿Quién les dijo a los reporteros ese día en Carondelet que la embajadora tenía autoridad en el caso Oxy? Nadie, los reporteros asocian por inercia: personaje igual a declaración y declaración igual a noticia y, si no siguen esa cadena, corren el riesgo de regresar con las manos vacías a sus salas de redacción o de edición. No importa que se trate de una cadena de actos vacíos, como estamos viendo. Tenemos entonces que el registro de un acto vacío, por efecto de la divulgación mediática, se convierte en un hecho, aunque se lo haya forjado tras una barrera de cámaras y micrófonos en las afueras de Carondelet. Los actos vacíos son el lugar donde los políticos y los medios se dan la mano.

Actos vacíos también son aquellos a los que acuden los gobernantes para causar el efecto y la ilusión de que están cumpliendo con su deber. Veamos:

El 20 de julio de 2005, el presidente de la República, Alfredo Palacio, descubrió que su firma había sido falsificada y pidió una investigación reservada a Inteligencia Militar y a la Policía Nacional. Mantuvo en secreto el tema hasta que le llegaron los informes el 10 y 17 de agosto respectivamente, y así pudo hacer la denuncia oficial el 18 de agosto. Ese fue el inicio de una serie de investigaciones en las que han tenido que rendir testimonio desde el propio mandatario hasta familiares cercanos. Entre los presuntos responsables consta el teniente coronel Fausto Bravo, quien se desempeñaba como edecán de Palacio, pero los registros de prensa y la memoria de los protagonistas lo ubican entre quienes acompañaron al entonces coronel Lucio Gutiérrez en el derrocamiento del gobierno de Jamil Mahuad, el 21 de enero de 2000.

El requisito para ser edecán es ajustarse plenamente a la moral y la ética militar, que consiste en observar valores como: sacrificio, lealtad, integridad y subordinación, según un oficial de la Casa Militar

de Carondelet, que ofreció su aporte a esta investigación. Entonces, ¿cómo pudo acceder a ese puesto el teniente coronel Bravo, cuando es pública su participación en el derrocamiento de un gobierno? El presidente Palacio le queda debiendo esa explicación al país, y los medios no han insistido en ello, pese a que se trata de una incoherencia histórica, cuya responsabilidad recae no solo en el Ejecutivo sino también en el Ministerio de Defensa y en el Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas. Las investigaciones no han prosperado y, más bien, el acusado ha tomado la ofensiva y reclama una indemnización por injurias calumniosas.

Pocos días después, los asesores de Palacio anunciaron una “reingeniería” de la administración pública, especialmente en los niveles cercanos a la Presidencia de la República y a todo el complejo de Carondelet, pero ninguno supo decir a ciencia cierta de qué se trataba esa reingeniería. Sin embargo, la palabra estaba ahí, en los grandes medios, resonando como tambor antes de un acto circense. Las autoridades no tomaban una sola decisión, no daban un solo paso para conseguir lo anunciado, sin embargo, el tecnicismo burocrático seguía deslumbrando en los titulares.

Como reportero de *El Universo*, estaba designado a cubrir temporalmente la fuente de Carondelet. Ante la constatación de que la “reingeniería” no constituía más que otro acto vacío, que iba a alcanzar la categoría de hecho gracias a su consagración mediática, envié una breve crónica en la que me propuse construir el sentido de lo que ocurría. El texto decía lo siguiente:

‘Reingeniería’, la cortina verbal en Carondelet

QUITO

La palabra ‘reingeniería’ es a los tecnócratas lo que la palabra fe es a los creyentes. Nadie sabe su exacto significado pero las dos sirven para justificar la existencia de

unos y otros. Algunos dicen que significa reorganización. En el diccionario no existe.

Pero no importa. Por estos días, en los pasillos y las oficinas de Carondelet son pocos los que no mencionan la palabreja. Reingeniería. De tanto nombrarla, parece real. Quizá es un acto de fe al que se encomiendan funcionarios y periodistas tratando de encontrar piso en semejante vacío.

Un asesor de la Presidencia dice que está en evaluación la estructura administrativa y que la próxima semana puede haber cambios. Nada más. Reingeniería. Hasta el cierre de esta edición, seguía retumbando la palabreja.

Cinco minutos después de enviada la crónica, recibí la llamada de la editora de la sección política, quien me expresó que la nota no servía porque, como reportero, no podía decir que todo era un juego de palabras, y me pidió que la cambiara por una más “objetiva”, más ajustada al estilo del diario. Así es que preparé la siguiente versión.

Reingeniería administrativa se anuncia en Carondelet

QUITO

Un asesor del presidente de la República, Alfredo Palacio, informó que la estructura administrativa de Carondelet se encuentra en evaluación a fin de iniciar un proceso de reingeniería. Consultado al respecto, el secretario general de la Administración, Maximiliano Donoso, explicó que: “la reingeniería permitirá asignar a cada funcionario tareas relacionadas estrictamente con su cargo, lo cual facilitará el seguimiento de cada proceso”. (¿?)¹⁷

¹⁷ Los signos de interrogación los coloqué ahora para destacar lo cantinflesco de la declaración.

Otro tema que ha captado la atención en Carondelet es el nombramiento de Mauricio Gándara como jefe de ministros. Un asesor aclaró que hace tres semanas Palacio nombró “verbalmente” a Gándara para esa función a fin de dotar de liderazgo al gabinete. Queda pendiente el nombramiento de secretario de Comunicación, en reemplazo de Andrés Seminario, quien renunció hace una semana.

La información había cumplido la exigencia de construir un hecho donde solo había un enorme vacío. Las marcas de credibilidad -como el nombre de algún funcionario, una fecha, una hora, una declaración entre comillas- son capaces de producir la ilusión, el efecto, la apariencia de que la información es objetiva y veraz. En otras palabras, los medios le envían al lector el mensaje de que la subjetividad y la valoración del periodista han pasado de largo a fin de entregarle una reproducción fiel de la realidad, que no es otra cosa que una escandalosa obra de ocultamiento.

El investigador colombiano Omar Rincón sostiene que los medios de comunicación ecuatorianos deben hacer un ejercicio de introspección, porque no basta con que el periodismo se dedique a registrar hechos o a reproducir declaraciones, sino a construir una nueva conciencia democrática, es decir, “dejar de enfocar al ministro y voltearse hacia el pueblo, hacia la gente, a ver qué le interesa”. Para Rincón, el periodismo debe construir un estado emocional a favor de la democracia y no en contra de ella, como lo está haciendo actualmente.¹⁸

Cierto, cuando se sacrifica el sentido de los acontecimientos por su simple registro, se sacrifica también la base fundamental del trabajo periodístico: la mediación, es decir, el punto de encuentro y de confrontación entre los hechos, los datos empíricos y la valoración

18 Intervención en el *Foro Medios y Democracia*, auspiciado por Fundación Friedrich Ebert, Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS) y Fundación El Universo, el 18 de agosto de 2005. (*El Universo*, 22 de agosto de 2005)

de sus significados y sus efectos. La ausencia de mediación en el periodismo es la ausencia de intención humana, más propia de notarios que de periodistas.

2. El espejismo

Cuando los medios y los políticos forjan su credibilidad

De pronto, los teléfonos celulares de los periodistas comenzaron a sonar a eso de las nueve de la noche del 18 de agosto de 2005 en Nueva Loja. Algunos estaban en las calles recogiendo las últimas informaciones; otros ya descansaban en sus habitaciones de hotel, pero todos estaban pendientes de sus celulares, porque cualquier información podía desencadenar una noticia importante en esa ciudad, convertida por entonces en la más convulsionada del país a causa del paro biprovincial de Sucumbíos y Orellana.¹⁹ La intensidad de las protestas y la dureza de la represión eran el motivo de la presencia ahí de por los menos una treintena de reporteros de medios de comunicación nacionales.

El autor de la llamada era el oficial encargado de comunicación del Batallón de Selva 24 Rayo, la unidad militar desde donde se coordinaban las acciones de control del orden público, pues el día anterior el gobierno había decretado el Estado de Emergencia y

¹⁹La Asamblea Biprovincial de Sucumbíos y Orellana funciona desde 2000 como una manera de impulsar las reivindicaciones de esas dos provincias, desde donde se extrae la mayor riqueza petrolera del país y que, paradójicamente, poseen los índices más altos de pobreza. La Asamblea Biprovincial ha protagonizado diversas manifestaciones, de las cuales se recuerda mayormente el paro en contra de las medidas económicas del gobierno de Gustavo Noboa en 2001. Por ello, la intención del gobierno de Alfredo Palacio y de algunos medios de comunicación de vincular el paro de agosto de 2005 con alguna maniobra política del ex presidente Lucio Gutiérrez se queda sin sustento. Esta medida de hecho tuvo como finalidad presionar a las autoridades para que cumplieran sus compromisos en cuanto a obras básicas y obligarlas a una revisión de los contratos petroleros, dado que el reparto de los beneficios es desigual a favor de las empresas petroleras y en contra del Estado. Se estima que la relación es 80 a 20.

encargado su cumplimiento a las Fuerzas Armadas. “Tenemos una noticia muy importante, pero es necesario que acudan al batallón...” fue el mensaje del oficial. En menos de 20 minutos, la sala de prensa del recinto militar estaba llena, con los micrófonos y las cámaras dispuestos.

En medio de la expectativa, apareció un muchacho de aproximadamente 22 años, quien seguramente estaba viviendo uno de los momentos más dolorosos de su vida. Apenas podía sostenerse en pie y caminaba sostenido del brazo del oficial de comunicación, quien lo condujo a lo largo de la sala y lo ayudó a sentarse en una silla frente a todos los reporteros. Su ropa consistía en sandalias, *jeans* negros, y una camiseta blanca empapada de sangre seca. Le temblaba el cuerpo y, por la inclinación exagerada de su hombro derecho, era evidente que tenía fracturada la clavícula de ese lado y quién sabe si también alguna lesión interna. Durante los 30 minutos que estuvo frente a las cámaras, no pronunció palabra, solo esporádicos quejidos que trataba de contener remordiéndose los dientes, como se supone que corresponde a los soldados entrenados en la filosofía del cumplimiento del deber a costa de cualquier sacrificio, pues para todos quedó claro que se trataba de un soldado, por el corte de pelo, aunque no llevaba uniforme militar.

En su lugar, habló el comandante del batallón, quien explicó que el soldado había sufrido la agresión de parte de una turba de manifestantes, que lo había apaleado en la calle mientras cumplía labores de mensajero y se dirigía a las oficinas públicas a entregar correspondencia. Se refirió varias veces al estado calamitoso del muchacho para acentuar la crueldad con la que habían actuado los enardecidos pobladores de Nueva Loja, y pidió a los periodistas que difundiéramos esa noticia como prueba de que los causantes de la violencia en esa ciudad amazónica eran los civiles y no los militares, con lo cual quería contrarrestar los reclamos de los defensores de los derechos humanos, que denunciaban el uso excesivo de la fuerza, incluso contra mujeres y niños.

Olvidó, sin embargo, tomar en cuenta que por esos días las oficinas públicas estaban cerradas, precisamente por causa de la violencia generalizada, y que ningún militar cumple sus tareas vestido de civil a no ser que estas tengan que ver con labores de espionaje, infiltración, agitación u otras que requieran pasar inadvertido. Entonces, los periodistas nos encargamos de recordárselo. Varios hicimos la pregunta directa: ¿estaba el soldado actuando como mensajero o como infiltrado en las protestas? Consciente de que su historia se venía abajo por detalles tan simples, el comandante comenzó a fastidiarse y a contestar nerviosamente y con monosílabos a las preguntas que vinieron después. El oficial de comunicación, quien se había mostrado solícito al principio, puso fin abruptamente a la rueda de prensa y ordenó retirar al herido del lugar, antes de que le llovieran las preguntas al único que, curiosamente, no había hablado.

Seguro de que el golpe de efecto había salido al revés, el oficial sacó un as de la manga. Antes de verse sometido a un nuevo interrogatorio, anunció: “muchas gracias por haber venido, los invitamos mañana a un sobrevuelo en un helicóptero de las Fuerzas Armadas, para que tengan la oportunidad de hacer tomas aéreas y constatar desde el aire los daños que se han cometido en este paro...” Y con ello dejó a los reporteros, especialmente a los de televisión, bailando sobre la cuerda floja de un problema ético. Difundir la noticia de que el ejército usa hombres de tropa de bajo rango, vestidos de civil, para labores de infiltración y espionaje entre los manifestantes podía echar abajo el ofrecimiento de llevar a los periodistas al sobrevuelo, y sin sobrevuelo no habría tomas aéreas espectaculares, y sin espectáculo, la televisión es casi nada.

Además, el gobierno y las empresas petroleras insistían en su versión de que los manifestantes habían roto un oleoducto y habían causado el derrame de 2.000 barriles de petróleo en el río Aguarico, algo que nadie había constatado y sin embargo se lo daba por cierto. Como las vías hacia el sitio del supuesto derrame estaban cerradas por los manifestantes, quienes ya exhibían una peligrosa actitud anti

medios, un sobrevuelo era la oportunidad que ningún camarógrafo quería perderse. Por ello, no sorprende demasiado por qué la noticia de la infiltración de militares en las marchas civiles nunca se vio por televisión. Cuando alguna vez se mencionó el incidente, solo se dijo que un elemento del ejército había sufrido las consecuencias de la ira popular.

Así, los medios le privaron al público de una historia que hubiera sido enriquecedora para quienes seguían el desenlace del paro desde sus casas en otras ciudades del país. Como la televisión no le dio importancia al hecho, los periódicos tampoco, a pesar de que contaban con la información. Una práctica frecuente en las salas de redacción es monitorear la televisión para corroborar los temas y, viceversa, en los estudios de televisión se revisan los periódicos para confirmar las noticias. En efecto, los medios ya no solo cubren los hechos, se cubren a sí mismos, y en ese juego de espejos se respaldan o se desautorizan unos a otros. Si la historia del soldado hubiera salido en un canal de televisión, los demás la hubieran seguido y, por supuesto, los periódicos también. Las noticias no se valoran por su importancia en el desarrollo de los acontecimientos sino en función de la competencia. Para los grandes medios, noticia es lo que los otros dicen que es noticia. Y así se crea uno de los fenómenos donde los medios y la política vuelven a darse la mano: el espejismo, sobre lo que trataremos a continuación.

Los medios de comunicación usan diversas estrategias o marcas de credibilidad, es decir, elementos que contribuyen a que el mensaje resulte confiable. Entre las principales marcas de credibilidad están las temporales, espaciales y numéricas, que no son otra cosa que menciones específicas de horas, lugares y cifras. La veracidad o no de esos datos es materia de otro cuento. Si el relato de un hecho no lleva esas marcas, se entiende que no tendrá la suficiente credibilidad en el público. Pero sobre todo sirven para crear el efecto de que lo que se informa tiene el respaldo de la constatación empírica, de la observación directa, una herencia de las ciencias positivistas

modernas. Las estrategias de credibilidad no son cuestionables por sí mismas, pues cumplen la misión de apuntalar una voz pública como la del periodismo. El problema ocurre cuando se las utiliza para crear efectos y nada más.

El paro biprovincial de Sucumbíos y Orellana, entre el 14 y 25 de agosto de 2005, fue un escenario paradigmático de esta gestión de la credibilidad, sobre todo, porque las circunstancias exigían forzar al máximo la ilusión, el espejismo de la supuesta objetividad que otorga el estar en el lugar de los hechos. Mostrar las imágenes de un sobrevuelo genera la sensación de que se han agotado todos los medios posibles para informar con precisión; tener a un reportero en las calles de la convulsionada ciudad produce el impacto de contar con información de primera mano; colarse en medio de una manifestación induce al espectador a sentirse parte del relato. Creada la ilusión, se puede decir cualquier cosa, como la mentira del derrame de 2.000 barriles de crudo, de la cual nadie, ni medios ni políticos, se ha hecho cargo.

Las cosas funcionaron así: el paro biprovincial comenzó el domingo 14 de agosto de 2005, y el lunes 15 el entonces secretario de comunicación de la Presidencia, Andrés Seminario, se reunió en Carondelet con varios representantes de los principales medios de comunicación de radio, prensa y televisión. No tengo constancia de lo que hablaron, pero sí puedo asegurar que la mayoría de los reporteros que fuimos enviados a Orellana y Sucumbíos recibimos instrucciones de que nos preocupáramos especialmente de tres cosas: dar cuenta de los derrames petroleros ocasionados por los pobladores; indagar la relación entre los dirigentes del paro con el ex presidente de la República, Lucio Gutiérrez; y rastrear la participación de subversivos colombianos en la agitación social.

Personalmente, nunca pude comprobar ninguna de las tres cosas. Al contrario, alcancé a dar cuenta de que la versión del derrame de 2.000 barriles de petróleo en el río Aguarico era falsa, y lo único que existía

era un problema sobredimensionado. En efecto, a 30 kilómetros de Nueva Loja, en el sitio Pacayacu, un oleoducto secundario de la compañía EnCana presentaba un orificio, por el que se habían derramado aproximadamente 50 barriles hacia un pantano. No había pruebas para determinar si los causantes eran civiles, militares, guerrilleros o técnicos de la misma empresa, y tampoco se sabía cuándo ocurrió la fuga. Durante esa semana, desde la Secretaría de Comunicación de la Presidencia de la República, se instruyó a los ministros de Gobierno, Energía y Minas, y Defensa Nacional, para mantener la versión del derrame petrolero, de la intervención de Gutiérrez, y de la presencia de guerrilleros, a fin de estigmatizar la protesta.

Cuando las autoridades provinciales firmaron un acuerdo con el gobierno central y las empresas petroleras, el 25 de agosto de 2005, los grandes medios seguían mostrando imágenes de archivo de un derrame petrolero provocado, según lo recalcaron injustamente, por el vandalismo de los habitantes de las dos provincias.

Lo dijeron amparados en el espejismo de contar con información confiable desde el lugar de los hechos. Si revisamos las cuñas publicitarias de los noticieros de televisión, todos afirman ser los primeros e informar desde el lugar de los hechos y proclaman muletillas, como: “cubrimos todo el Ecuador”, “somos los primeros en llegar”, “hacemos un periodismo independiente”, acrobacias retóricas que se parecen mucho a otras, como: “hay que sentar al Estado con empresarios y trabajadores”, “queremos una gran mesa de concertación nacional”, “buscamos reglas de equidad y conveniencia mutua”, pronunciadas por el presidente del Congreso Nacional, Wilfrido Lucero, durante las fiestas de Cuenca, mientras una multitud adolorida lo saludaba lanzándole huevos sobre la chaqueta e improperios a la cara. Espejismos políticos y mediáticos.

El 27 de agosto, las autoridades provinciales denunciaron que los representantes de las petroleras, aprovechando la calma, habían

cambiado los términos del acuerdo final y los habían revertido a su favor, por lo que exhortaban a las petroleras y al ministro de Gobierno, Mauricio Gándara, a rectificar cuanto antes, de lo contrario estaban dispuestos a reiniciar el paro. El 28, Gándara ofreció una rueda de prensa en sus oficinas en la que minimizó el problema y restó importancia al golpe bajo que habían intentado asestar las petroleras al cambiar los términos de un acuerdo a espaldas de la otra parte. En su lugar, amenazó a los pobladores amazónicos y dijo que cualquier intento de reanudar el paro era “un acto criminal” que sería castigado “con el rigor de la ley”.

Convencido de que quien permite que se cambien los términos de un acuerdo y no sanciona a los responsables no tiene autoridad moral para calificar de “criminal” la intención de quien reclama por el engaño, evité reproducir textualmente las palabras del ministro, a fin de no ser una caja de resonancia gratuita de una retórica oficial, cuyo principal objetivo era desviar la atención para esconder la responsabilidad de las petroleras en el entorpecimiento de las negociaciones. La nota que escribí, probablemente, era una de las pocas que no contenían el calificativo contra los habitantes de una de las regiones más olvidadas del mundo. Los canales de televisión, en cambio, mostraron el rostro del ministro en primer plano pronunciando la sentencia y la mayoría de medios escritos la mencionaban entre comillas al día siguiente.

El espejismo de la objetividad, el efecto de credibilidad volvía a funcionar. La grabación en video, la cita entre comillas, la cercanía con la fuente, ayuda a construir la imagen de veracidad, de imparcialidad. Muchos periodistas de los medios tradicionales se preocupan de las declaraciones pero no de los sentidos que difunden con ellas. Parecen pensar que con atribuirle a una fuente la responsabilidad de una declaración entre comillas quedan liberados de su responsabilidad en su construcción simbólica. A eso le llaman objetividad, neutralidad, los grandes mitos de la doctrina periodística.

Cuando a los estudiantes de periodismo o a los jóvenes reporteros que se inician en los medios de comunicación les inculcan la práctica de la objetividad, los profesores o los editores, según sea el caso, generalmente les hablan de este concepto como sinónimo de neutralidad. Ahí comienza uno de los grandes equívocos de la práctica periodística en buena parte de los medios de comunicación, que consiste en creer que su función se limita a ofrecer el micrófono o la grabadora tanto al vencido como al vencedor, al denunciante como al denunciado, al gobernante como al gobernado, y punto. Con ese simplón ejercicio de reparto de espacios creen estar cumpliendo su misión en el mundo.

A eso llaman equivocadamente objetividad y se dedican a venderle al público la ilusión, el efecto, la apariencia de ser neutrales, por lo tanto, objetivos. Lo dicho se evidencia cuando a la huella profunda de un abuso de poder le contraponen la versión oficial de la autoridad que desmiente cínicamente el abuso; cuando al doloroso testimonio del agredido le contraponen la oportunista coartada del agresor. La trampa de la neutralidad consiste en otorgarle igual autoridad moral a la víctima y al victimario.

La objetividad no es sinónimo de neutralidad, porque la objetividad no riñe con la toma de posiciones, ni con el ángulo de visión desde el cual se ejerce el periodismo, ni con los recursos narrativos, auditivos o visuales con los que se da cuenta de los acontecimientos. La objetividad consiste precisamente en hacer transparente esa posición, en aclarar desde qué lugar ideológico, político o social se emite el mensaje y cuál es el punto de vista del que lo hace, en asumir ese lugar de enunciación y, desde ahí, hacerse responsable de las afirmaciones y garantizar la veracidad de los hechos sobre los que se informa. Es decir, una ética de la transparencia. Esa dimensión de la objetividad no requiere rodearse de efectos ni apariencias, sino de procedimientos que garanticen su idoneidad y su fiabilidad. En otras palabras, no inventarse lo que no ocurre, pero tampoco callar la propia voz ante lo que ocurre.

Esta reflexión procura poner en contexto el siguiente diálogo con Paco Velasco, director de Radio *La Luna* y del noticiero *La Clave*, probablemente el único espacio informativo en el Ecuador que rompe con la ilusión de neutralidad y emite sus mensajes desde una posición claramente identificada con el contrapoder y con los movimientos sociales. *La Clave* se escucha en Quito de lunes a viernes, de 06h00 a 09h30 y de 12h00 a 13h00 en los 99.3 FM. A Velasco se lo ha calificado de alarmista, amargado, pesimista... por esta forma de hacer periodismo que busca la mirada de la víctima antes que la del victimario.²⁰

Gustavo Abad: ¿Cuál es el sentido de objetividad que manejas en tu noticiero?

Paco Velasco: Yo pienso que la objetividad tiene dos significados: el uno tiene que ver con el apego a los hechos, y con algunas otras categorías que la prensa maneja para mantener su credibilidad. Por ejemplo, si en una sesión parlamentaria se producen ciertos hechos, hay que contarlos de la manera más apegada a cómo ocurrieron. Yo defiendo esa dimensión de la objetividad. Pero hay otra, según la cual se pretende que los hechos sean contados desde una mirada absolutamente neutral, y es en ello donde yo encuentro algunos problemas.

GA: ¿Por ejemplo...?

PV: Pensemos en la perspectiva del narrador literario, en la que su punto de vista es fundamental. Cuando el narrador literario ha visto una violación, va a contar esa violación desde alguna perspectiva, lo quiera o no, que puede ser la de la persona violada o la del violador o la suya propia

²⁰Esta entrevista fue realizada a fines de 2004, cuando el gobierno de Lucio Gutiérrez amenazaba continuamente con clausurar radio *La Luna* por su crítica abierta a los procedimientos del entonces mandatario. Se difundió por internet en *La Iniciativa de la Comunicación*, y la reproducimos aquí por considerar que aporta a las reflexiones planteadas.

como narrador. Todas son legítimas y sirven para construir un sentido. Entonces, yo pienso que el narrador periodístico también puede asumir deliberada y conscientemente una perspectiva, y utilizar para ello todas las herramientas narrativas para contar los hechos, en este caso, desde la perspectiva de la persona violada. Por más que el narrador periodístico intente guardar una supuesta neutralidad, siempre va a estar compelido por la fuerza moral de la víctima, lo cual no significa romper la objetividad, sino asumir deliberadamente la subjetividad que está ahí presente, que puede ser la de la víctima o la del narrador.

GA: ¿En otras palabras, hacerse cargo de una mirada?

PV: Yo diría hacerse cargo de un punto de vista narrativo. Te pongo un ejemplo más específico: el asalto a la farmacia Fybeca en Guayaquil²¹. En ese caso, una mirada neutral, supuestamente objetiva, apenas alcanza a conmoverse por la muerte de los inocentes, como aquel padre de familia que fue a comprar pañales para su hija y resultó baleado, pero no se conmueve por todos los muertos, incluso por los presuntos delincuentes que perdieron la vida en ese operativo policial. La mirada neutral no lo dice, pero casi termina admitiendo que los supuestos delincuentes están bien muertos por ser delincuentes. Una mirada más completa sería narrar los hechos desde la perspectiva de todos los que murieron allí, delincuentes o no, porque todos fueron ejecutados, ajusticiados.

GA: Sin embargo, los medios de comunicación sintonizan una matriz cultural que les exige ser neutrales, es decir,

²¹ El 19 de noviembre de 2003, un operativo policial organizado para impedir un asalto a una farmacia de la cadena Fybeca dejó ocho muertos y tres desaparecidos. Entre los muertos constan seis personas que aparentemente estaban involucradas en el asalto, pero también un cliente sin relación alguna con el atraco y un mensajero del establecimiento. La Policía niega su responsabilidad.

aparentemente objetivos ¿quién falla, el medio o la demanda del público?

PV: Depende de cuál sea el sentido de objetividad que se plantea. Yo creo que debe haber una apuesta periodística en la que deliberadamente asumamos un punto de vista, porque no creo en miradas neutrales, ni aún en las ciencias físicas, pues ni la observación de los fenómenos naturales pueden quedar al margen de la mirada del investigador. O miras a la partícula en su desplazamiento o la miras en su carga eléctrica. Lo mismo ocurre con los hechos sociales, o los miras ocurrir simplemente o intervienes en ellos cuando los narras deliberadamente desde una perspectiva no neutral.

GA: En los medios de comunicación sí se puede narrar desde la mirada de la víctima, pero a cambio de una serie de artificios y negociaciones, de ceder unas cosas a cambio de otras ¿hasta dónde se puede negociar una voz pública como la del periodista?

PV: Yo creo que el mantenimiento de una voz pública, necesariamente, requiere una serie de negociaciones, por lo tanto, yo no podría transformar al periodismo solo en una tribuna de agitación. Trato de evitar esa posibilidad, porque el mensaje periodístico es un espacio de negociación pública. El mantenimiento de esa voz en una sociedad de clases demanda negociaciones. Tú los llamas efectos de objetividad para legitimar esa voz frente a la sociedad, y es cierto, porque en última instancia se trata de eso, de hacer que esa voz salga y sea creíble.

GA: ¿Cuál crees que es la tendencia en los medios de comunicación ecuatorianos?

PV: Tengo una buena impresión del conjunto de los medios y de los periodistas ecuatorianos, porque tienen que negociar

con los poderes que están en todas partes, a fin de mantener la voz pública, que me parece uno de los actos más sagrados del periodista. Lo que sí te diría es que es imprescindible estar mirando a eso que llamamos opinión pública, a la gente, a las fuerzas sociales, a sus expresiones. La prensa en este país todavía no está cooptada por los grandes poderes económicos, como sí ocurre en países como Perú o Colombia, para hablar de los casos más cercanos. Obviamente, en el Ecuador existen medios vinculados a los banqueros corruptos, pero no son la mayoría. Ya quisiera el gran poder tener una prensa más sumisa. Es decir, en el Ecuador la prensa todavía le puede disputar al poder una mirada sobre lo que pasa.

GA: En tu noticiero expresas una voz desencantada, sufrida, irónica, que evidentemente sintoniza con una matriz cultural, pero no con el poder ¿eso es así o es solo un efecto?

PV: Hay algunas maneras de construir una ética del no, una ética de la resistencia para decir no al gran poder, no al envilecimiento colectivo. Hay algunos caminos, entre ellos un alejamiento, un escepticismo, un desencantamiento literariamente preciosos. Un amargamiento, como dices tú. Yo me conozco y me gustaría ser más amargado todavía. Por una serie de energías íntimas me gusta esta ética del no.

GA: Te lo decía porque ahora existe una serie de llamados a ver las cosas buenas de la vida, que eliminan la posibilidad del pesimismo como condición del ejercicio crítico...

PV: Sí, pero todo depende de la cultura. Yo creo que en Quito, especialmente, existe una atmósfera de *comemierda* eterna, donde es posible ejercer esa ética del no. Esa es una de las maravillas de esta ciudad, donde la gente reacciona ante el poder, y si el poder le da una bofetada,

probablemente ese rato se agacha por estrategia, pero un poco más allá, se da la vuelta y le grita ¡hijo de puta!...

Hacerse cargo de una mirada, asumir una perspectiva narrativa y hacerla transparente es un ejercicio que ha sido vedado en la mayoría medios tradicionales, que prefieren declararse neutrales aunque en realidad no lo sean, y como no lo son, recurren a los efectos, a la apariencia, en suma, al espejismo.

3. La confusión

Cuando los medios y los políticos divagan desorientados

Juan Montalvo IV, descendiente del escritor ambateño del siglo XIX, junto a su fiel escudero, Faustino Lemus Rayo, locutor de Catilina AM, “radio de chicha brava”, avanzan hacia la capital de la Ínsula Ecuatorial de Barataria con la intención de derrocar al cacique Llamahuado, un tiranuelo díscolo cuyas mejores aliadas son Marieta de Veintimilla y su sobrina, ambas locutoras de Siete Armonías FM, defensoras de la clase *aniñada* y el *new age*. En medio de la convulsión política aparece un militar narizón, un líder indio con pretensiones shamánicas, unos pastores con *wipala* que asusan la revuelta y unos chicos *bien* con gafas, que apoyan al gobernante. Sobre un obelisco equinoccial se pueden leer varios *graffitis*: “En Barataria hasta los comunistas son de derecha”, “Cristo viene y nosotros nos vamos”, “Aquí hoy es ayer”. Juan Montalvo IV, “radiodifusor de emisora andante”, arenga a las masas con lenguaje cervantino sobre la tragedia nacional. Luego, el militar llamado Charretérez Burbuja proclama en tono marcial sus propuestas de gobierno y sus correspondientes contradicciones acuñadas en la rectificadora de su propiedad. Al final, todos bailan al ritmo de la Banda Municipal de Latacunga, la algarabía barroca y mestiza de las fiestas de la Mama Negra...

El dramaturgo quiteño Peko Andino caviló esta parodia del poder político y mediático durante varios años, y el 20 de abril de 2005 terminó el montaje de *Mi radio lo mató*, una comedia política en la modalidad de “canelazo teatro”, que narra la manera en que una radio en AM, de provincia, y una en FM, de la capital, encaran la caída de un presidente. Hasta entonces, el montaje de la obra se había retrasado porque para cualquier elenco resultaba inverosímil que una radio ayudara a defenestrar a un mandatario, explicó el dramaturgo en una nota de prensa.²² Sin embargo, ese mismo 20 de abril, una radio de Quito fue el espacio por donde fluyó toda la energía social que derrocó al gobierno de Lucio Gutiérrez. “Toma tu dulce, la realidad siempre es más auténtica que los realistas”, fue el comentario irónico de Andino en la misma nota al constatar ese enlace entre realidad y ficción. No obstante, aclaró que su obra no se refería a una situación coyuntural, sino el histórico bloqueo político del Ecuador.

De cualquier manera, el teatro de Andino es la narración barroca de la confusión, del extravío, del sin sentido en el que se desarrolla la vida política de los ecuatorianos, un país en el que las instituciones encargadas de marcar el rumbo no lo hacen o simulan hacerlo, y las encargadas de auscultar ese rumbo consagran la simulación como algo natural. Instituciones políticas e instituciones mediáticas divagan desorientadas, engeguedadas, incapaces de comprender la gravedad de sus pasos erráticos. Veamos, sino, dos escenarios recientes.

UNO: Sábado 23 de octubre de 2005, Teatro Centro de Arte de Guayaquil. Los canales de televisión se enlazan en cadena nacional (excepto *Teleamazonas* y *Ecuavisa*) para transmitir la ceremonia de entrega de los premios ITV (Instituto Superior de Estudios de Televisión, organizador del concurso) a “lo mejor de la televisión nacional”. Cualquiera que conozca a los ganadores puede hacer un detenido ejercicio de verificación de los criterios que expongo aquí como síntesis de una corriente, donde predomina la telebasura, que

²² *El Comercio*, 27 de octubre de 2005

inunda la televisión ecuatoriana de manera más o menos crónica, según sea el caso.²³

Entre los laureados constan:

Mejor comentarista deportivo, Andrés Guschmer, un exponente de esta modalidad periodística, en su mayor auge por la clasificación del Ecuador a los mundiales de fútbol Japón-Corea 2002 y Alemania 2006.

Mejor programa deportivo, *Fútbol Uno*, la escuela de hinchas con micrófono a la que pertenece el ganador antes mencionado.

Mejor animador de programa concurso, Frank Palomeque, un hábil contorsionista, capaz de inventar toda clase de *clisés* publicitarios y hacérselos repetir por los concursantes a cambio de baratijas de tocador.

Mejor animadora de programa concurso, Gabriela Pazmiño, la versión femenina de Palomeque con el agregado de que su baile es más exhuberante.

Mejor programa concurso, *A todo dar*, que se transmite por *TC Televisión*, el canal que oficia de mayor exponente de la telebasura en el Ecuador y que ganó nueve de las 22 categorías del concurso.

Mejor presentador de noticias, Eduardo González, un personaje de *TC Televisión*, que narra las desgracias humanas como si estuviera transmitiendo una carrera de autos y proclama métodos fascistas para controlar el orden en las ciudades.

²³Las audiencias televisivas del Ecuador reaccionaron ofendidas ante tamaña farsa. En *internet* se pueden encontrar decenas de *blogs*, que hacen referencia al tema como la mayor tomadura de pelo de la industria televisiva en los últimos años. Algunos exponen diversos argumentos críticos y procuran interpretar lo que está sucediendo en los medios de comunicación. Otros son más viscerales y no se andan por las ramas a la hora de proclamar su inconformidad.

Mejor reportaje, *Sexo sin condón*, de José Antonio Sánchez, un presentador famoso por sus frases de doble sentido.

Mejor programa de investigación, *La Televisión*, donde lo menos que se hace es investigar y la preocupación de los realizadores es viajar por el mundo y mostrar paisajes exóticos, postales para turistas por televisión.

Mejor actor cómico, David Reinoso, célebre por construir estereotipos raciales y exagerarlos hasta lo grotesco.

Mejor actriz cómica, Flor María Palomeque, la versión femenina de David Reinoso de quien se ha declarado varias veces su admiradora.

Mejor programa cómico, *Vivos*, el delirio histriónico de Reinoso y Palomeque.

El nuevo talento, Paloma Fiuzza, una modelo brasileña con notables problemas de dicción, dificultad que pasa de largo gracias a la novelaría de su exhuberante figura.

Mejor presentador de variedades, Francisco Pinoargoti, pésimo imitador de los animadores argentinos -estilo Marcelo Tinelli, tan de moda en el Ecuador desde que el dólar vale el triple que el peso-, especialista en disimular insultos contra los canales de la competencia o contra sus críticos, a quienes otorga argumentos con sus alardes de ignorancia.

Una semana después, *TC Televisión* transmitió un programa dedicado a que el diseñador de modas, Luis Tippán -quien modificó su apellido serrano y mestizo, con una “p” adicional para darle apariencia extranjera, en una muestra evidente de colonialismo mental-comentara y calificara los trajes que vistieron las celebridades -mejor dicho, los personajes sobreexpuestos- de la pantalla nacional. Sin otro referente que no sea ella misma, sin imaginación ni sensibilidad

social, convencida de que en el país no existen temas hacia donde enfocar sus cámaras, la televisión ecuatoriana se enfoca a sí misma, se muerde la cola en un ejercicio de autocomplacencia egoísta.

DOS: Octubre de 2005, Palacio de Carondelet. Seis meses después de que una revuelta ciudadana echara del poder a Lucio Gutiérrez, el presidente de la República, Alfredo Palacio -quien ofreció “refundar” el país- envía una propuesta de Consulta Popular al Congreso Nacional, con el fin de cumplir su promesa o por los menos dar la impresión de querer hacerlo. Pero los legisladores sienten amenazados sus privilegios y deciden acudir al célebre espíritu de cuerpo y, bajo el argumento de la defensa de la institucionalidad, reprueban la consulta. El presidente, para dar muestras de persistencia, cambia las preguntas y las envía nuevamente, pero el Congreso las vuelve a negar en una sesión en la que, más que argumentos, los diputados intercambian chistes y pollo frito.

El entonces ministro de Gobierno, Oswaldo Molestina, logra un cierto acuerdo con el presidente del Congreso, Wilfrido Lucero, pero esta vez a quien no le gustan las preguntas es a Palacio, quien manda al ministro para su casa. Entonces, el gobierno se decide por convocar a una Asamblea Constituyente y envía el proyecto al Tribunal Supremo Electoral (TSE), cuyos integrantes obedecen los designios de los dueños de los partidos políticos en el Ecuador, y estos dicen que la consulta es inconstitucional. Los movimientos sociales y los denominados *forajidos*, que tumbaron a Gutiérrez en abril, se enardecen y comienzan una movilización política que, si bien apoya la consulta, no representa un respaldo al gobierno de Palacio. La consigna es: “¡Que se vayan todos...!”. Otra vez, una radio de Quito canaliza el descontento popular y abre los micrófonos para que la gente se exprese. Hasta el corte de esta investigación (10 de febrero de 2006), el poder político era incapaz de encontrar una salida a la crisis.

Se estrena por fin, medio año después de la revuelta de abril, la obra de Peko Andino en la Casa Humboldt, y los parroquianos que

acuden al “canelazo teatro” no saben si reír o llorar viendo la suma de contradicciones, la confusión gestada entre el poder político y el poder mediático, la borrasca que está a punto de tragarse a la Ínsula Ecuatorial de Barataria. El parecido con la realidad es asombroso.

En lugar de buscar una solución y revocar en algo el desprestigio en el que han caído, los legisladores se dedican a una cacería de brujas contra quienes consideran enemigos del Congreso, especialmente contra radio *La Luna*, que esta vez, al igual que en los sucesos de abril de 2005, abrió los micrófonos para la protesta ciudadana. No hicieron lo mismo cuando esa misma radio fue determinante en el derrocamiento de Gutiérrez. Convencidos de que ellos y solo ellos encarnan el ideal democrático, los legisladores se enconchan en sus curules y le otorgan sentido al lamento nacional de un país secuestrado por la partidocracia.

¿No hay un grotesco parecido entre la ceguera de los legisladores defendiéndose a sí mismos, nutriéndose de su propia mezquindad, y las figurones de televisión premiándose a sí mismas, alimentándose de sus propios egos? ¿No son ambos los escenarios donde se representan distintas comedias, pero con idénticos significados: la pobreza de ideas, la crisis, la debacle en general? ¿No somos todos los ecuatorianos los espectadores desencantados del teatro decadente de unos y otros? Es en esa confusión, donde las instituciones políticas y mediáticas vuelven a darse la mano.

El resultado, una ciudadanía que se debate entre el impulso de volcarse nuevamente a las calles y la desidia de quien ha perdido toda esperanza. Convocada otra vez a rebelarse contra unos poderes en los cuales ha perdido toda confianza, pero temerosa de involucrarse en una nueva gesta inútil. La confusión pasa de las instituciones políticas y mediáticas a los ciudadanos, cuya energía social se consume en la búsqueda de un ilusorio modelo de organización social que prescindiera totalmente de estas dos formas de institucionalidad, actualmente en profunda crisis. De ahí que la ciudadanía entregue sus esperanzas a

propuestas poco viables de funcionamiento democrático como la de un país sin partidos políticos, y entregue su confianza a mecanismos de comunicación enormemente convocantes pero peligrosamente desinformantes, como los mensajes por celular, *blogs*, correo electrónico y otros, que circulan sin mecanismos de verificación.

Hay algo perturbador en todo esto, que pasma y sacude al mismo tiempo, como cuando el juicio racional cede al sentimiento animal. Es algo como un río turbulento, que intimida en la orilla pero a la vez atrae porque no hay certeza del destino final. Algunos lo llaman “neoanarquismo”.²⁴ Otros, “multitudes inteligentes”.²⁵ Yo intento aclarar el origen de estos dos fenómenos -aunque más parece uno solo- que vienen desde las manifestaciones antiglobalización de Seattle (noviembre, 1999), las protestas antioficialistas de España (marzo, 2004), la revuelta de los forajidos en Quito (abril, 2005) y, recientemente, con los disturbios de los migrantes en Francia, donde miles de personas se convocaron mediante celular, correo electrónico, *blogs*, y otras formas de comunicación cotidiana, convertidas en efectivas herramientas de movilización política, para protestar contra diversas formas de injusticia y exclusión.

Toda esa gente se declaró disidente de los mensajes de los grandes medios de comunicación y de los aparatos de propaganda de los partidos políticos, de la retórica vacía de los primeros y del liderazgo gastado de los segundos. Quizá por ahí estén las causas de la conmoción social, donde la resistencia a las injusticias surge desde el impulso individual y crece hasta convertirse en energía colectiva, que desborda las calles y, muchas veces, la comprensión.

El sociólogo español Manuel Castells llama neoanarquismo a esta tendencia del siglo XXI, que refleja una alianza entre ideología y tecnología. El anarquismo tradicional -reflexiona Castells- se estrelló porque escogió como su enemigo al Estado nación en la época

24 Ver Castells, Manuel. *Neoanarquismo (ensayo) Observatorio Global, 2004*
25 Op. Cit.

de mayor salud de esta forma de organización social. ¿Cuál es el enemigo del neanarquismo? Me pregunto, y la respuesta me llega por ejercicio de oposición: los escombros del Estado nación, la tiranía de las corporaciones privadas, el cinismo del libre mercado. En opinión de Castells, el anarquismo se adelantó a su tiempo. Su ideal libertario, que identificaba al Estado como la principal fuente de opresión, no pudo con las máquinas de guerra montadas bajo diversas ideologías: nazis, fascistas, estalinistas, imperialistas, militaristas... “De modo que mientras los grandes poderes se definen en una compleja relación entre la globalización y los Estados nación, la supervivencia y la resistencia a lo que no va surge desde lo individual y lo local. O sea, los materiales con los que se construyó la ideología anarquista”, concluye este pensador.

El teórico estadounidense Howard Rheingold, en cambio, llama multitudes inteligentes a las movilizaciones colectivas -políticas y sociales- que emprende la gente con la ayuda de nuevos instrumentos de comunicación que le permiten organizar y coordinar sus movimientos. ¿Y si la convocatoria no es para fines políticos ni sociales, sino para la violencia y la paranoia? Me pregunto nuevamente, y el río del principio suena ahora con más fuerza, porque arrastra el peligro de una ola desinformante por cuyos resultados nadie se hace cargo, como ocurrió el 22 y 23 de abril de 2005, cuando varios mensajes por correo electrónico y celular convocaban a la ciudadanía quiteña a resistir una supuesta invasión del ejército de los Estados Unidos para restituir en el poder al defenestrado Lucio Gutiérrez. La paranoia se apoderó de varios manifestantes, quienes estuvieron a punto de lanzarse al asalto de la Embajada de Brasil, que por esos días servía de refugio a Gutiérrez. De modo que el uso de estos nuevos mecanismos de información no siempre es benévolo, como lo señala la propia denominación en inglés del fenómeno descrito: *smart mobs*, que significa multitudes inteligentes, pero también pandilla o turba, para aumentar la confusión. No olvidemos que la exactitud y la veracidad siempre son más importantes que la velocidad y la espontaneidad.

Sin embargo, el mayor estruendo proviene del resquebrajamiento de dos clases de instituciones en crisis: los partidos políticos y los grandes medios de comunicación, que apartaron a la gente de sus procesos participativos e informativos, respectivamente, y eso les ha minado el respeto. Por eso la gente se aferra a los nuevos dispositivos de comunicación, como los náufragos a las balsas de salvación. Las nuevas tecnologías no producen movilizaciones por sí mismas. Es la gente, con motivos para rebelarse, la que las usa, y crea así una nueva dimensión del espacio y el interés públicos, algo que ya no encuentra ni en los medios ni en los partidos. Una nueva dimensión del espacio público todavía en construcción, por lo que resulta difícil definir por ahora sus características y sus efectos a largo plazo.

La confusión se construye también mediante paradojas. El diputado con mayor influencia en el Congreso Nacional es, paradójicamente, el que menos asiste a las sesiones, el líder del Partido Social Cristiano, León Febres Cordero, quien, desde enero de 2003, cuando asumió la curul de diputado por la provincia del Guayas, ha asistido no más de dos veces al recinto legislativo. No le hace falta agotar sus energías en ese espacio que se supone es la tribuna de discusión de lo público, porque cuenta con la tribuna gratuita que le otorgan los grandes medios de comunicación. Todos los lunes, en las afueras de su casa en el elegante sector de Urdesa, en Guayaquil, un ejército de periodistas monta guardia para obtener declaraciones del cacique socialcristiano, quien dedica ese día a instruir al jefe de bloque y a los demás diputados de su partido sobre sus decisiones. Terminada la arenga, hace como que sale rumbo a sus empresas, pero en realidad su intención es pontificar ante las cámaras y micrófonos sobre el futuro del país.

La mayor preocupación de los reporteros es captar la declaración antes que cuestionar los argumentos del legislador. Si no regresan con ese material a sus medios, alguien seguramente se los reprochará porque significará una desventaja frente a la competencia. Siempre que el líder socialcristiano viaja a Miami u otra ciudad a sus frecuentes

chequeos de salud, tiene a un nutrido grupo de reporteros esperándolo en el aeropuerto, ya sea de salida o de llegada, y sus declaraciones salen como titulares en los noticieros y en los periódicos.

La confusión se consuma cuando un presidente asegura tener el respaldo de los movimientos sociales para su propuesta de Asamblea Constituyente, pero reprime con bombas lacrimógenas a esos mismos movimientos cuando se pronuncian en contra del Tratado de Libre Comercio (TLC) con los Estados Unidos y contra la visita del presidente colombiano, Alvaro Uribe, a Quito, como ocurrió el 23 de octubre de 2005, cuando la Policía inundó de gases el centro histórico para aplacar a quienes querían increparlo por su posición pro Estados Unidos y sus programas estrella en América Latina: el Plan Colombia y el TLC.

La confusión crece cuando *Ecuavisa* monta un *reality* para elevar el civismo de la población invitándola a que elija al mejor ecuatoriano de todos los tiempos mediante mensajes de texto por celular y por correo electrónico, con lo cual constriñe la valoración de la historia al hecho de tener o no acceso a la tecnología y de estar dispuesto a pagar el costo del mensaje (25 centavos más IVA, según unas letras pequeñas en un espacio marginal de la pantalla), pero se deja fuera miles de votos en papel que bien pudieron cambiar el resultado final. En efecto, a la ceremonia de premiación, el 27 de noviembre de 2005 en el Teatro Sucre, llegó un documento en papel con 11.000 firmas de respaldo a uno de los candidatos, quien finalmente ocupó un lugar intermedio, que pudo mejorar si contaban los votos en papel.

De cualquier manera, el ganador fue Eloy Alfaro, líder de la Revolución Liberal y presidente de la República en dos ocasiones -desde donde impulsó los cambios más significativos en cuanto a desarrollo y justicia social en el Ecuador- asesinado en Quito el 28 de enero de 1912. El segundo lugar fue para Jefferson Pérez, atleta cuencano ganador de la primera medalla olímpica para Ecuador en Atlanta 1996, uno de los mejores marchistas del mundo, y figura emblemática de la superación

a base de disciplina. El mensaje subyacente en este resultado fue que resultan equiparables la empresa de montar una de las revoluciones más importantes del continente y morir en defensa de sus principios, que recorrer 40 kilómetros en dos horas. La exposición mediática puede torcer de tal manera las valoraciones históricas.

La confusión se alimenta cuando Diego Guzmán, un ciudadano legítimamente ofendido y desencantado del poder político y mediático, crea dos páginas *web* con nombres tremendistas: *prensacorrupta.com* y *victimasdela prensa.com* y les otorga la categoría de observatorios de medios, pero las usa más para insultar a algunos medios y periodistas sin exponer la mínima reflexión teórica sobre la comunicación y el periodismo. Finalmente, las abandona cuando obtiene un cargo en el gobierno, en el mismo sistema político que aseguraba repudiar, sin que nadie responda por ello.

La confusión la encarna el diputado socialcristiano Alfonso Harb, un ex periodista deportivo, que es a la vez dirigente del Barcelona Sporting Club, quien asegura que solo muerto lo sacarán del Congreso, pero parece no recordar que el 20 de abril de 2005, cuando los manifestantes indignados contra la clase política gritaban “¡Que se vayan todos!” juró, bajo un incontenible pánico, que renunciaría ese mismo día y, para ponerse a salvo de la indignación popular, cuentan que se escondió en los baños de CIESPAL. Alfonso Harb dice que no le teme a nada, pero siempre anda con una pistola al cinto.

Bueno, él no es el único que anda armado. Carlos Vera, uno de los más conocidos periodistas de televisión y un protagonista del debate político nacional, también se jacta de mantener siempre una pistola a su alcance y, por las dudas, de saber usarla muy bien.

Conclusiones

No soy partidario de las conclusiones, pues -aunque no exista la intención- muchas veces le otorgan al autor la potestad de poner

fin a un debate, de ser el último en cerrar la puerta con el candado de alguna certeza. De todas maneras, resulta saludable enlazar algunas ideas finales con las principales que se han expuesto a lo largo del texto. En lugar de conclusiones, prefiero poner en diálogo los conceptos aquí desarrollados -el vacío, el espejismo y la confusión- con varios argumentos que abonan a la construcción de su significado y permiten proponer un modelo interpretativo respecto de la relación entre medios de comunicación y partidos políticos en el Ecuador.

Ya que el detonante de estas reflexiones fue la revuelta del 20 de abril de 2005, intentemos cerrar el círculo retomando lo que queda de aquello. La principal constatación es que ni los políticos ni los medios han sido capaces de deshacerse de sus cadáveres y, por el contrario, casi un año después, los reviven y montan un nuevo *show*. “Gutiérrez renace de sus cenizas” es el título de portada de la revista *Vanguardia*,²⁶ en su edición del 30 de enero de 2006, y se completa con un primer plano del rostro del ex presidente como si estuviera en los mejores días de su gobierno. En interiores, dedica cinco páginas a calcular las posibilidades del ex coronel y las probables maniobras políticas de sus eventuales oponentes o aliados. Con apenas medio año de circulación, esta revista -aunque no se la puede considerar un medio tradicional- ya ha logrado envejecer lo suficiente como para olvidarse de que ese mismo personaje, a quien le atribuye cualidades épicas, fue echado del poder hace menos de un año por la presión de más de 100 mil personas en las calles de Quito.

Entonces, nos encontramos con el vacío (primer concepto) al que los medios y los políticos tratan de llenar convirtiendo al fantasma del poder en el cuerpo redivivo del poder y borran de un plumazo la distancia que existe entre un despojo político y un protagonista de las próximas elecciones. Acuden al espejismo (segundo concepto) de contar con datos empíricos que avalen su apuesta cuando le otorgan

²⁶Paradójicamente, esta revista vende la imagen de ser un medio que privilegia nuevas voces y nuevos actores sociales, pero en sus portadas ya han desfilado los mismos rostros desgastados de la política ecuatoriana.

el ocho por ciento de las intenciones de voto -ya no cubren hechos sino intenciones- y la posibilidad de contar con entre 12 y 15 diputados de su partido en el Congreso. Los políticos aumentan la confusión (tercer concepto) al ser incapaces de desmontar la maniobra legal por la cual el ex mandatario tiene argumentos válidos para declararse preso político, pues su encarcelamiento es consecuencia de la acusación de haber atentado contra la seguridad del Estado –al afirmar a medios de prensa extranjeros que estaba dispuesto a recuperar su cargo- y no a las múltiples acusaciones de corrupción, abuso de poder, nepotismo, represión brutal, entre otras, durante su mandato, por las que sí debería responder.

Convertirse en un preso político ante cualquier forma de gobierno ennoblece a la víctima, la redime, la dota de autoridad moral. Entonces, la estrategia de victimización de Gutiérrez obtiene resultados en un sistema político de partidos oportunistas y de medios irreflexivos. Al final, el vacío, el espejismo y la confusión no son los únicos lugares donde se encuentran los partidos políticos y los medios de comunicación tradicionales; también se juntan para desenterrar cadáveres políticos, algo que no se sabe en qué terminará, pero por ahora nos permite estar prevenidos.

Quito, 10 de febrero de 2006

Bibliografía

Castells, Manuel. *Neoanarquismo* (ensayo) *Observatorio Global*, 2004 (online)

Martínez, Tomás Eloy, *Defensa de la Utopía*, conferencia en el seminario *Situaciones de crisis en medios impresos*, Bogotá, 11 de marzo de 1996.

Ramonet, Ignacio. *La tiranía de la comunicación*, Barcelona, editorial Debate, 2002.

Rheingold, Howard, *Multitudes inteligentes: la próxima revolución social*, Gedisa, Barcelona, 2004

Otras fuentes

Informe Confidencial, *Confianza Institucional para Partidos Políticos y Medios de Comunicación*, período 1994-2006, Quito, Informe Confidencial, 2006.

Fahrenheit 9/11 (documental). Realizador: Michael Moore, 2003

Entre la indignación moral y la corrección política: el melodrama como recurso mediático¹

Noviembre, 2007

Introducción

La llegada de Rafael Correa a la Presidencia de la República, el 15 de enero de 2007, abre camino a un fenómeno con escasos antecedentes en la historia política ecuatoriana: el activismo oficialista callejero o, dicho de otra manera, el impulso ciudadano de salir a las calles a respaldar diversos actos de gobierno, por considerar que éstos llevan inscrita la marca de las reivindicaciones sociales tan anheladas como postergadas en el Ecuador.

De todas maneras, este fenómeno solo es la parte más visible de un estado de cosas en el cual convergen cuatro actores principales:

¹ Este trabajo se realizó con el aporte del Fondo de Investigaciones de la Universidad Andina Simón Bolívar-Sede Ecuador. Modo de citar el documento original: Abad, Gustavo, *Entre la indignación moral y la corrección política: el melodrama como recurso mediático*, Informe de Investigación, Universidad Andina Simón Bolívar-Sede Ecuador, Quito, 2007

1. Un poder oficial con discurso transformador (el presidente Correa y su equipo de gobierno)
2. Unas fuerzas políticas poco dispuestas a admitir cambios en su concepción de los asuntos públicos y del manejo del país (los partidos de oposición de diversas tendencias)
3. Un clamor ciudadano que reclama urgentemente una transformación política, económica y social (los electores de Correa, de manera individual o articulados con alguna organización política)
4. Unos medios de comunicación tradicionales, extraviados al no encontrar el sujeto histórico en esta contienda y decididos a ocupar el espacio dejado por los partidos de oposición, debilitados estos por sus propios desatinos y contradicciones.

Este trazado inicial de la cancha puede resultar demasiado esquemático para la complejidad del momento histórico que vive el país, pero al menos ayuda a ver con mayor claridad la naturaleza de la disputa que nos proponemos estudiar y que podemos plantear decididamente como el choque entre la indignación moral versus la corrección política, y el relato melodramático que los medios de comunicación construyen en una de las épocas de mayor intensidad política en la historia reciente del país.

En efecto, cuando vemos a una multitud agrediendo a un diputado en el parqueadero de un hotel de Quito², por oponerse al proyecto oficial de convocar a una consulta popular encaminada a instalar una asamblea constituyente, en realidad vemos una manifestación exasperada de indignación moral, que pretende justificar incluso la negación (vía agresión física) del otro como sujeto histórico. Por el contrario, cuando los políticos de oposición califican a las manifestaciones como “cultura del tumulto” o se refieren a los

2 El 9 de marzo de 2007 en los parqueaderos del hotel Hilton en Quito.

manifestantes como “resentidos sociales”, y en los casos más extremos como “vándalos asalariados”, lo que hacen es expresar la misma negación (vía descalificación irreflexiva) del otro como sujeto histórico, por considerar que su conducta no concuerda con las prácticas aceptadas e interiorizadas por la corrección política y el orden vigente.

La indignación moral, como toma de conciencia de un estado de injusticia social, inequidades y exclusiones, es un poderoso motor de movilización, porque no hay mayor motivación para la acción que el dolor propio. La indignación moral es una expresión de dignidad y, al mismo tiempo, un estado emocional legítimo que, sin embargo, puede acarrear en sí misma una trampa, que consiste en creer que la búsqueda de una transformación histórica autoriza a sus protagonistas a soslayar cualquier marco legal que se oponga en su camino.

La corrección política, en cambio, como impulso conservador y práctica apegada a mantener el orden vigente, se alimenta de falsos dilemas como el que sostiene que ninguna propuesta de cambio es válida si no sigue la ruta trazada por la institucionalidad y el canon establecidos, por más que estos hayan demostrado su fracaso y caducidad. La corrección política, tomada como referente por los medios de comunicación para dar cuenta de los procesos sociales, políticos y económicos del país, conduce inevitablemente al extravío.

A la luz de los últimos acontecimientos políticos en el Ecuador, resulta evidente que el presidente Rafael Correa, desde su época de candidato, alcanza la cresta de esa ola de indignación moral, capitaliza a su favor el descontento generalizado con la clase política tradicional y construye un discurso basado en los derechos de las mayorías, la equidad de oportunidades, la defensa de la soberanía nacional y, sobre todo, en la ruptura con los políticos tradicionales y las instituciones caducas, entre las cuales ubica, como ningún mandatario lo ha hecho antes, a los grandes medios de comunicación.

Con una oposición política debilitada ante un gobierno con fuerte respaldo popular, los grandes medios se olvidan de indagar las causas por las cuales la ciudadanía mira con agrado y apoya, al margen de cualquier consideración legal, la destitución de 57 diputados por oponerse al proyecto oficial de reforma política, la iniciativa de rebajar las tasas de interés de los préstamos de la banca privada, la propuesta de no explotar el petróleo de la Amazonia a cambio de una compensación internacional, entre otros actos de gobierno. En lugar de ello, los medios optan por ocupar el espacio dejado por la oposición política, con un discurso crítico a los procedimientos gubernamentales, y favorable al mantenimiento del orden vigente y el cuidado de la corrección política.

El trazado de la cancha parece completarse con la querrela que inicia el presidente Correa en contra del diario *La Hora* por dos titulares: “Vandalismo oficial” (9 de marzo de 2007) y “Correa asaltó Junta Bancaria” (16 de abril de 2007), lo que provoca el rechazo de la Asociación Ecuatoriana de Editores de Periódicos (AEDEP) y de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), que convocan al espíritu de cuerpo para defender al rotativo quiteño.

Al margen de cualquier debate sobre la validez jurídica, la oportunidad política, el respeto a la libertad de prensa, y otras consideraciones respecto de este caso puntual, el rol de oposición que asumen los grandes medios de comunicación ecuatorianos impide que estos indaguen acerca del verdadero sujeto histórico involucrado en el momento político del país, y eso provoca su discurso extraviado y melodramático, como lo veremos más adelante.

En el Ecuador, las movilizaciones populares que derrocan a tres presidentes en la última década –Bucaram (1997), Mahuad (2000) y Gutiérrez (2005)– se conciben y desarrollan más desde una dimensión ética de la política –en la que están involucrados los ideales democráticos– y menos desde una dimensión socioeconómica –en la que está involucrada la lucha por la sobrevivencia–. Los mandatarios

defenestrados no son cuestionados por su falta de planificación del desarrollo del país, sino por la corrupción y el cinismo en sus prácticas de gobierno. Entonces, la indignación moral se aloja en la dimensión ética de la política, pero se origina en la dimensión socioeconómica. Sin embargo, los medios de comunicación no escarban en esos orígenes y en esas relaciones.

Al respecto, es preciso decir que el periodismo no se limita –no debe limitarse– a un simple registro de los hechos, sino que en la base de las preocupaciones de quienes ejercemos este oficio debe estar la de ayudar a construir el significado histórico de lo que ocurre, y ese significado depende mucho de a quién reconozcan los medios como sujeto histórico y qué lugar le otorguen en sus relatos.

Las páginas siguientes son un esfuerzo por responder varias preguntas:

1. ¿A quién reconocen los grandes medios ecuatorianos como sujeto histórico, en una época de gran debate e intensidad política como la que vive el Ecuador?
2. ¿Cómo se construye el sentido de los relatos periodísticos, cuando los medios asumen el rol de oposición ante el debilitamiento de los partidos tradicionales?
3. ¿Cuáles son las principales narrativas, oficialistas y opositoras, surgidas de esta confrontación y de qué manera configuran el posible debate posterior?

Para ello, vamos registrar los hechos políticos, a nuestro juicio, más significativos desde el inicio del gobierno del presidente Rafael Correa y el significado que los principales medios de comunicación ecuatorianos construyen al respecto, con el fin de plantear una interpretación de las motivaciones de uno y otro, así como las características históricas de esta confrontación. Acudiremos a

conceptos de otras áreas, como la dramaturgia o la historia, que nos proveen de conceptos fuertes a la vez que refrescantes y nos ayudan a construir un pensamiento crítico sobre el periodismo, mediante una narrativa que combina el relato periodístico y las reflexiones conceptuales.

Lo que sigue es la crónica de la confrontación entre un poder político con discurso radical y seductor y un poder mediático desprestigiado y sin más argumentos que un cúmulo de emociones exacerbadas, que le dan a esta historia un notable tono dramático.

1. El melodrama

1.1. La estructura dramática de la confrontación

La confrontación entre poder político y poder mediático en el Ecuador contemporáneo puede leerse desde diversos ángulos, en otras palabras, alienta diversos modelos de interpretación. Uno de ellos es su estructura dramática, porque si hacemos abstracción de las posiciones ideológicas, en el fondo lo que queda es un drama en el que confluyen, en primer lugar, los elementos del melodrama y, en segundo, los de la tragedia. A veces van juntos, pero en ningún caso desaparece la atmósfera dramática.

Lo esencial de un drama es el conflicto entre los personajes y, por añadidura, el conflicto de los personajes consigo mismos. Preguntémosnos ¿Cuál es la relación conflictiva entre los personajes de este drama? El antagonismo exacerbado. El poder mediático y el poder político no tienen posibilidad de reconciliación. Se presentan prácticamente como enemigos naturales dentro de una lucha en la cual la sobrevivencia del uno se basa en la eliminación o, por lo menos, la negación del otro.

Tenemos entonces el principal elemento melodramático. La fuerza que mueve a los personajes del melodrama es moral.

Todo se justifica en nombre de un gran ideal. En el melodrama tradicional, el sufrimiento de la víctima sirve para ganarse al espectador y mostrarle lo que es moralmente correcto y deseable, no solo para él sino para todo el mundo. En ese sentido, nuestros dos personajes, poder político y mediático, son melodramáticos. Cada uno se sitúa como víctima del otro.

El presidente Correa se coloca el escudo de la dignidad y la espada de la justicia y emprende una cruzada épica contra las legiones bárbaras de los medios de comunicación. Los centinelas de los medios de comunicación dan la alarma y levantan la barricada de la libertad de expresión para defender el castillo inexpugnable de la democracia, y se autoproclaman sus defensores absolutos dispuestos a repeler el ataque con todas las armas a su alcance. Redoble de tambores y toques de trompeta.

No obstante, para que el drama se desarrolle, los personajes necesitan evolucionar, y el factor de evolución son las circunstancias que los rodean. Esas circunstancias hacen, por ejemplo, que el culpable se arrepienta y que los espectadores entiendan a qué se debe su cambio de actitud. La diferencia en este caso es que, tanto el poder político como el mediático, reciben cada día cientos de estímulos del contexto y las circunstancias que los rodean, pero no evolucionan.

Entonces, los dos poderes confrontados encarnan a los personajes característicos del melodrama: los buenos contra los malos (curiosamente, ambos reivindican para sí la condición de salvadores de la patria); los divisionistas del país contra los conciliadores (en el discurso de cada uno, es el otro quien genera la discordia); los renovadores contra los dogmáticos (el poder político acusa al mediático de ser el sostén del *statu quo*, mientras el mediático acusa al político de promover un dogma socialista anacrónico); y serían infinitas las relaciones de oposición entre los dos personajes de este drama.

No hay tregua ni la mínima posibilidad de un armisticio. Cuando los personajes actúan movidos por los más altos ideales, no pueden mostrar debilidad. El conflicto se prolonga hasta el infinito, porque si algo caracteriza al melodrama es la imposibilidad de encontrar salida. El melodrama se consume en sí mismo y se ahoga en su propio mar de lágrimas o de sangre. En este caso, de violencia informativa de parte y parte.

En menos de un año, la población ecuatoriana ofrece cuatro muestras innegables de voluntad de cambio. Primera, el paso a segunda vuelta del candidato Rafael Correa en las elecciones del 15 de octubre de 2006. Segunda, el triunfo de Correa en la segunda vuelta el 26 de noviembre del mismo año. Tercera, el triunfo del Sí en la Consulta Popular del 15 de abril de 2007, que faculta al gobierno a convocar a una Asamblea Constituyente. Cuarta, el triunfo de los candidatos oficialistas que logran mayoría absoluta en la Asamblea el 30 de septiembre de 2007. En los dos últimos casos, con un resultado electoral aplastante³.

Esa voluntad de cambio no es accidental, sino el resultado de la acumulación de frustraciones históricas de la población respecto de los partidos tradicionales, sumado al trabajo político de los movimientos sociales que llevan décadas construyendo la noción de un país de inequidades al que hay que cambiar. Entonces, los electores de Correa y su movimiento no actúan por novelería, sino por una genuina aspiración política y, como toda aspiración, puede albergar el triunfo o el fracaso, pero esa es otra historia.

Sin embargo, nada de eso provoca la evolución de uno de los personajes en contienda, los medios de comunicación tradicionales. Imposibilitados de percibir las señales del ambiente, los estímulos del contexto, y convencidos de que son

³ El Sí triunfó en la Consulta con el 81% de los votos válidos, mientras que el movimiento oficialista alcanzó 80 de las 130 curules en la Asamblea Constituyente de Montecristi.

los únicos exponentes del pensamiento crítico, estos medios continúan blindados a toda posibilidad de interpretar esa voluntad de cambio -no importa si para bien o para mal- expresada en las urnas y continúan hablando de autoritarismo oficial y de un Ecuador dividido.

Los medios no son los únicos que aportan para este ambiente melodramático. El presidente Correa también asume desde el inicio una posición absolutista y emocional. “Si el país no acepta mi propuesta de reforma política mediante una Asamblea Constituyente, con gusto me iré a mi casa para que sigan gobernando los mismos de siempre”, dice de manera similar en repetidas ocasiones. Lo que equivale a decir, si el país no entiende que yo soy el único capaz de sacarlo de la crisis, bien merecido tiene seguir sumido en el caos.

Después anuncia que pondrá su cargo a disposición de los asambleístas, pese a que esto significa poner su cabeza en riesgo ante la eventualidad de que los destinos de la Asamblea queden en manos de la oposición, aunque el desarrollo de los acontecimientos políticos demuestra que los partidos tradicionales se debilitan por causa de sus propios errores y ya no son capaces de sacar provecho de tamaño desplante. Entonces, lo que al principio parece un exceso de histrionismo del mandatario se torna en jugada maestra después de las elecciones de asambleístas (como lo veremos más adelante), aunque mantiene la tensión melodramática que, a la larga, resulta ser la base de su relación emocional con el pueblo.

1.2. “Gordita horrorosa” vs “salvaje reductora de cabezas”

El 27 de junio de 2007, durante una rueda de prensa, la periodista Sandra Ochoa, del diario *El Universo*, intenta obtener una declaración del presidente Correa respecto de la

política petrolera. Previamente, el mandatario había indicado que no quería referirse a ese tema mientras no tomara algunas decisiones. La periodista, sin embargo, insiste por varias ocasiones y, ante la negativa del presidente, exclama: “¿Entonces, qué quiere que le pregunte?” Correa pierde la compostura y comenta: “¡Esta gordita horrorosa!”

Entonces todo pasa a segundo lugar. La política petrolera, la renegociación de la deuda externa, la propuesta de conservación del Yasuní, los migrantes... Nada de eso es tan importante como el agravio a la periodista. Esta investigación contabiliza, durante las siguientes dos semanas, cerca de 50 titulares (noticiosos y de opinión) en los medios escritos que aluden al calificativo presidencial y defienden a la periodista cuencana. Cosa parecida hacen los noticieros y programas de televisión.

Francisco Martínez Semanate, un lector del diario *El Comercio*, lo dice de manera más clara en una carta enviada a ese diario el 15 de julio de 2007, con el título “De la Gordita y otros demonios”, de la cual citamos un fragmento:

“No sé si solo es mi percepción. Pero ya estoy harto y aburrido de la confrontación diaria entre el Presidente de la República y los medios. Por un lado un señor que no mide sus palabras y las consecuencias de las mismas y por el otro lado, unos medios que sobredimensionan y le ponen todo el color a las palabras del primero, o lo que es peor le dan una trascendencia que no tiene. En este dime que te diré, propio de un mercado público, el único perjudicado es el público, que tiene que soportar tan absurda cantaleta...”

El grueso del poder mediático en el Ecuador se rasga las vestiduras y se declara defensor de todos los gorditos que en el mundo han sido, sin recapacitar en que son sus propios mensajes los que denigran todos los días a los gordos, los feos,

los cholos, los gays y todos los que no cuadran con la estética ni el comportamiento dominantes, como lo veremos en seguida.

En su exceso de corrección política, la revista *Vistazo* publica un perfil de la periodista bajo el titular “Una gordita de temple”, sin reparar en que con ello sitúa la valoración profesional y personal de la periodista en el mismo campo morfológico que el presidente, con la única diferencia que Correa lo hace en un momento de ofuscamiento e irreflexión, mientras que los periodistas que dice defender a su colega lo hacen de manera consciente y premeditada. El énfasis de la revista, más que destacar los méritos de la persona, acentúa y profundiza la mirada en sus libras de más.

En su concepción más simple, la doble moral consiste en sostener públicamente una posición y actuar de modo contrario en privado. La de los medios no solo es doble, sino múltiple moral porque, al embarcarse en el melodrama de los gorditos ofendidos, se olvidan de evaluar con serenidad la validez o no de las respuestas de Correa en los asuntos de interés público, no se hacen la menor autocrítica y dan muestras de esquizofrenia al defender la voluptuosidad y al mismo tiempo llenar las páginas y las pantallas con artículos y programas destinados a convencer a la gente de que el camino a la felicidad depende de saber escoger entre la dieta, el gimnasio y la liposucción.

Decíamos que en el melodrama los personajes no solo tienen conflicto con otros personajes sino consigo mismos. La víctima melodramática no reconoce en sí misma el impulso masoquista que la anima. El macho castigador no admite su debilidad para enfrentar la vida. El arrogante no admite sus errores. En el caso de los medios de comunicación, el mayor conflicto consigo mismos consiste en la ausencia de autocrítica. No son capaces de procesar la serie de mensajes que les envía la sociedad en reclamo de un proceder más ético y profesional. No admiten sus

errores y, en su lugar, los endosan con soberbia a su enemigo, con lo cual prolongan el conflicto hasta el infinito.

Los medios no dejan pasar una oportunidad para multiplicar el efecto de que existen amenazas contra la libertad de expresión. Tomemos al azar una edición del diario *El Comercio*. Sale la del 27 de mayo de 2007. Del tema que nos interesa, trae nueve titulares, distribuidos en sus diversas secciones, todos los cuales aluden directa o indirectamente a la defensa del poder mediático frente al poder político: “La señal de RCTV saldrá hoy del aire en Venezuela”, “La semana de la prensa”, “El poder debe apoyar a la pluralidad”, “Correa cuestionó a la prensa y afirmó que le falta autocrítica”, “La prensa en Afganistán está a punto de ser amordazada”, “¿Cómo se cumple al libertad de expresión?”, “El caso RCTV profundiza la división”, “Nadie aquí se atreve a defender a RCTV”, “Seré mediocre”.

Todos contribuyen a construir una atmósfera de amenaza contra la libertad de expresión en el Ecuador y el mundo. Pero ninguno hace mención de la necesidad de replantear los procesos periodísticos, ninguno alude a las malas prácticas y la manipulación de la información en los medios, peor a la posibilidad de aceptar alguna de las críticas de las que son objeto desde que las audiencias perdieron la confianza en ellos.

En esa misma edición vienen ocho titulares que aluden a la belleza física, a la necesidad de mantenerse en forma, cuidar la piel, consumir alimentos sanos, y montarse en el estilo de vida *new age* como condición para estar a tono con la tendencia dominante en la estética y en el estilo de vida. La mayoría constan en la revista *Familia*⁴: “Rostro perfecto” “Test: ¿eres atractivo/a?”, “Miss Universo, México es el anfitrión”, “Piel: bella y volcánica”, “Armonía con piedras”, “Ritmo para el alma”, “El pan de las abejas”, “Bioresonancia para detectar enfermedades”.

4 Circula los domingos con *El Comercio*

Además, hay 11 anuncios publicitarios sobre trucos para mantener la belleza, que terminan de configurar el mensaje de que en este mundo no caben ni gorditos ni glotones.

¿Por qué entonces ponen el grito en el cielo un mes después cuando el presidente Correa alude a la gordura de una periodista? ¿Acaso los medios de comunicación no destierran todos los días a los gorditos de este mundo como lo demuestra la edición mencionada? ¿No será que en los medios germinan las mayores demostraciones de intolerancia y exclusión, pero no son capaces de admitirlo? El personaje melodramático cree que todo lo malo en su vida es culpa de otros, como lo veremos en las líneas que siguen.

Una mujer de rostro cadavérico, pómulos salientes, ralos cabellos negros vestida a la usanza indígena, sostiene con su mano huesuda una cabeza diminuta. A prudente distancia, dos fulanos la miran aterrorizados mientras la mujer exclama “La idea es hacer tzantza a la libertad de expresión”. Chamorro, el caricaturista de la revista *Vanguardia*⁵, se ocupa de otorgarle rasgos indígenas y lentes a esta figura para identificarla con la entonces Secretaria de Comunicación, Mónica Chuji, quien también ejerce, desde su cargo, una dura crítica a los medios de comunicación.

La intención es evidente, identificar a la comunicadora indígena como una depredadora de los altos valores de la libertad de expresión, deseosa de acudir a prácticas violentas y arcaicas con el fin de atentar contra los periodistas. No obstante, el caricaturista comete varios errores. Mónica Chuji pertenece al pueblo kichwa de Sarayacu, por lo tanto no tiene vinculación histórica con la práctica de la reducción de cabezas que sí fue una costumbre ancestral, pero del pueblo shuar, y que hace decenios dejó de serlo. Entonces hay doble error,

5 Ver. *Vanguardia* No. 88, del 29 de mayo al 4 de junio de 2007

desconocimiento étnico y desconocimiento histórico. Pero además racismo. Salvaje reductora de cabezas es el mensaje de fondo.

¿Acaso no hay ahí igual o mayor violencia e irrespeto contra una indígena por parte de un medio -cuyo *target* es la clase media intelectual- que la alusión al exceso de peso de una periodista mestiza por parte de un mandatario -igualmente mestizo y gordo-? Hasta donde ha profundizado esta investigación, no existen muestras de solidaridad por parte de los medios de comunicación con la indígena Chuji como las que sí existen contra la mestiza Ochoa. Los medios no se conmueven, por lo tanto no evolucionan, y el melodrama se prolonga hasta el infinito.

En su columna dominical llamada “Apuntes del editor”, Hernán Ramos, editor general de *El Comercio*, escribe bajo el titular “Una redacción por dentro” una defensa apasionada de los medios de comunicación. Citamos lo más destacado:

“La prensa es cuestionada por el poder. ¿El poder sabe lo que critica?”

Y más adelante:

“Hoy la prensa es lo ‘in’. Nadie se exonera de hablar, con o sin autoridad, sobre lo que hacen los medios. Se analiza, se critica; hoy manda la voz del experto que, por ejemplo, jamás pisó una redacción ni sabe lo que es trabajar y producir en tiempo corto bajo alta presión. Por eso echo sal en la herida y trazo la pauta para que se mire como es la cosa por dentro, donde las papas queman...”⁶

6 Ver. Ramos, Hernán, “Una redacción por dentro” (análisis), *El Comercio*, 3 de junio de 2007, p. 2

La prensa critica pero no quiere que se la critique y para ello se vale de un argumento manido, según el cual, nadie que no haya pisado una sala de redacción tiene la autoridad de criticar a los periodistas. Bajo esa reflexión, un futbolista podría pedir a los periodistas deportivos que se callen, puesto que no han pisado una cancha mundialista con estadio lleno en su contra, o los médicos podrían decirles que no indaguen sobre sus prácticas si nunca han tomado un bisturí en sus manos, o los policías dirían que los periodistas que investigan los casos de abuso de la fuerza no saben de lo que hablan si nunca se han enfrentado con un delincuente armado... “Donde las papas queman...” ¿Acaso solo queman en las salas de redacción?

1.3. Palacio, Ortiz, Vera o la inmolación pública del periodista

Cuando el conflicto no logra una salida aparece una figura común a la mayoría de las historias dramáticas de la humanidad: el mártir, convencido de que su sacrificio salvará al resto de su pueblo o de su clase. El hombre o mujer que recibe los latigazos del verdugo, el desesperado militante que se inmoló en la plaza pública, la doncella que salta dentro de la boca del volcán para aplacar la ira de los dioses son algunas de las variantes del mártir, quizá una de las figuras históricas más respetables cuando está avalada por la autenticidad, pero deplorable cuando surge por impostura.

Entre los periodistas, muchos juegan a ese papel. Hacerse despedazar en público por el representante del poder político con el fin de lograr una sanción moral al ofensor por parte de las audiencias y ellos alcanzar la consagración del mártir restaurador de la dignidad. Emilio Palacio, Jorge Ortiz y Carlos Vera son quizá los ejemplos más visibles de aspirantes al altar de los periodistas inmolados y, de ellos, el caso de Emilio Palacio, editor de opinión del diario *El Universo*, es el más histriónico e inútil. Palacio va en busca del martirio y consigue que el presidente Correa lo eche

a la calle, pero en ningún caso logra la sanción moral contra el mandatario ni se convierte en salvador de su gremio y tampoco restaura la dignidad ni la credibilidad de los medios tan venida a menos. Revisemos solo una parte del incidente que provocó en Carondelet.

Emilio Palacio: Buenos días, señor Presidente. La verdad es que discutir estos temas con usted es bien difícil ¿por qué? le voy a explicar por qué: este tema de la libertad de prensa ya lo conversé con usted en una ocasión, no se si se acuerda, en la fundación El Universo, donde tuvo la gentileza de concurrir y yo me hice una idea, quizás equivocada, de que usted es una persona que tiene muy poco tiempo vinculado a los medios. Le escuché en una entrevista que le hizo, me parece que era Fernando Aguayo, que dijo usted que antes había tenido una vida cómoda y que ahora se ha visto obligado a intervenir para salvar a la patria. Entonces yo entendí que usted, claro, ha estado en una vida académica...

Rafael Correa: Mire, yo nunca utilizo esos términos.

EP: ¡Está en Youtube! ¡Está grabado en Youtube!

RC: Por favor, vean si yo dije que me veo obligado a intervenir para salvar a la patria.

EP: ¡Ah, eso puede ser!

RC: Y chicos (dirigiéndose a los asistentes, estudiantes de un colegio de Quito) le escriben a los diarios para ver si mintió Emilio Palacio o mintió el Presidente. Méntanse a Youtube y ustedes confirmen si yo alguna vez he usado la categoría salvador de la patria. Eso es lo que más detesto, pero Emilio está asegurando que yo lo dije. Ustedes busquen y denuncien a la prensa quién mintió, por favor.

EP: ¿Sabe qué?, a lo mejor no dijo salvar a la patria. Yo me refería a lo otro.

RC: ¡Ahhh!

EP: Sí, yo no tengo problemas en corregir un error. No era el punto, lo que me refería era a lo de la vida cómoda, eso sí dijo.

RC: Tampoco. Tranquila, seguramente, nunca he tenido una vida cómoda.

En esta primera parte, Emilio Palacio, más que preguntar y generar interés sobre algún asunto de interés público, como se supone que es la función de un periodista, busca la confrontación directa con el presidente de la República en la propia sede del gobierno, lo que evidencia que fue dispuesto a exasperar el ambiente y pescar un rol protagónico para sí mismo como mártir del gremio periodístico. Después se dedica a una larga y tediosa referencia respecto del papel de la prensa en el período democrático, hasta lanzar su segundo puyazo, como veremos a continuación.

EP: Por ejemplo, usted el otro día dijo que no habíamos hablado de la ley de la AGD, ¿no es verdad? ¿usted cómo se enteró de la Ley de la AGD?

RC: Pero todas las connotaciones, ya le voy a hacer una pregunta.

EP: No, no, contésteme ¿cómo se enteró de la ley de la AGD?

RC: Siga, siga, no me levante la voz...

EP: No, no, usted me interrumpió, yo también tengo derecho a replicarle.

RC: Y yo tengo el derecho a no contestarle.

EP: ¡Ah, está bien! Dígame eso, no le quiero contestar, dígame eso ¿usted se enteró por la prensa...?

RC: No me va a impresionar con esas cosas, siga, siga nomás.

EP: No, yo no lo quiero impresionar, mire que yo no soy mediático como usted, yo me equivoco, no soy bueno en los shows. El tema es que... (voces de la gente invitada) Perdón, ¿la barra tiene derecho a intervenir?, pregunto. Si es así, usen el derecho a interrumpirme, o abuchéenme, griten y digan que no están de acuerdo. Chicos, yo no tengo problemas, yo no me voy a resentir.

(El moderador interviene para aclarar el sentido de la reunión)

EP: Déjeme hablar, ya pues, no me aclare. El Presidente tiene bastante autoridad para aclararme, no me interrumpa y déjeme hablar con el Presidente (Emilio Palacio grita y ofende verbalmente a moderador, Marco Pérez) No sea malcriado, no sea malcriado, déjeme hablar con el Presidente.

RC: Acaban de coartar tu libertad de expresión, Marco (al moderador)

El tono exasperado de Palacio contrasta con el tono sereno de Correa. El invitado insolentado en casa del anfitrión y, al no lograr que el mandatario se altere, es el periodista el que pierde la cabeza y exige que el Presidente le responda.

EP: ¿Usted lo dijo? ¿Alguna vez usted escribió algo diciendo que la ley de la AGD era un atraco?

RC: No le grite al presidente, Emilio, cálmese...

EP: Ya, no le grito. Conteste mi pregunta.

RC: Para empezar, Emilio, yo estaba haciendo mi PHD en Estados Unidos para no escribir tanta tontería como ciertos periodistas escriben.

EP: ¿Cuándo volvió lo hizo?

RC: ¡Pero por supuesto!, si me he pasado siete años de mi vida...

EP: ¿Dónde?, dígame el nombre del artículo:

RC: Ecuador alternativo, vaya vea...

EP: ¿Año? ¿Qué año, qué número?

El periodista encara al presidente y exige respuestas con vehemencia, como cuando un vecino reclama a otro vecino por algún asunto doméstico que se les salió de las manos y olvida el respeto a la primera autoridad del país.

RC: Emilio, está quedando recontra mal. ¡Cálmese! Si tiene la razón no se altere así.

EP: Déjeme quedar mal que a usted le queda bien.

RC: Por supuesto, estamos subiendo bastantes puntos en el raiting. Usted está demostrando precisamente lo que estamos diciendo de la prensa.

EP: A mi no me hace problema, pero ¿sabe qué? déjeme hablar, Presidente, déjeme hablar, yo no he terminado todavía, usted interrumpe a cada rato...

RC: Siga, siga...

Y Palacio vuelve a hablar sobre el papel de la prensa contra unas supuestas mafias sin precisar a cuáles se refiere. Ahora es el presidente quien pregunta.

RC: ¡Ah! ¿Entonces qué hago? la próxima vez...

EP: Ya le voy a decir lo que tiene que hacer, después se lo digo, déjeme terminar. ¿Usted sabe cuántos jueces tiene “Cle Cle” en Guayaquil, le han informado eso? No, tampoco me va a contestar...

RC: ¿Ahora me va a decir que no lucho contra esas mafias?

EP: No, no, yo no digo eso, le pregunto si usted sabe...

RC: Cuando usted estaba escribiendo en su diario, como Presidente de la Asociación de Estudiantes de la Universidad Católica, éramos abaleados por el Gobierno de Febres-Cordero. Pero no me gusta contar esas cosas porque no me siento mejor ni peor que nadie.

EP: No, no, discúlpeme, no, no, ¿Sabe qué? contra Febres-Cordero yo también salí, si quiere algún día le cuento y lo que me pasó y no me pasó...

RC: Pero rapidito, Emilio, que todos tienen que intervenir...

EP: Entonces no me interrumpa, pues ¡sí pues! si me interrumpe, ¡tengo que alargarme! (...) Señores estudiantes, el Presidente dijo que no debemos permitirle a la prensa que mienta. Estoy de acuerdo, estamos de acuerdo ¿no es verdad? ¡Viva! Ahora ¿debemos permitirle al presidente que mienta? ¡Tampoco!...

El periodista hace mención al juicio que el Presidente inició contra el diario *La Hora* y contra el *Banco Pichincha*, pero se extralimita y nombra a la familia del mandatario.

EP: ... y me imagino que la plata también va a ser para sus hijos, ya tiene los cuatro millones del *Banco del Pichincha*, ya tiene los cuatro que le va a sacar a *La Hora*...

RC: Emilio, ¡Ahí nomás! Cuidado con mi familia, Emilio. Primero, no tengo cuatro hijos sino tres. En eso está más perdido que pijama en luna de miel...

EP: No, cuatro millones. ¡Usted dijo, pues!

RC: Se me está exagerando compañero. Cuidado, que yo soy democrático...

EP: ¿Y qué me va a hacer? ¿Y qué me va a hacer?

RC: Bueno, al menos retirarle de la mesa porque yo sí se hacer respetar mi autoridad y dignidad, señor.

EP: ¡Retíreme, retíreme! ¡Cuando quiera me retira!

RC: Siga, pero otra de estas...

EP: ¡Dígame y me retiro!

RC: Con mi familia no se meta, señor, porque ahí va a tener que agradecer que soy Presidente de la República.

El periodista vuelve a mencionar el papel de los medios. El moderador interviene: "Emilio, Emilio, tenemos otros invitados y esto no..."

RC: Bueno, creo que aquí sobran las palabras, Marco. Creo que los jóvenes sobre todo se han dado clara cuenta de la calidad de nuestra clase periodística, al menos de ciertos miembros, incluso ni siquiera manejan bien el castellano...

Correa hace una larga mención de lo que él considera errores de la prensa en temas que atañen a su gestión gubernamental. Pero Palacio continúa empeñado en su inmolación pública.

EP: (sin micrófono) ¿Las universidades no tienen derecho o la obligación de denunciarlo cuando hay un atraco?

RC: No me interrumpa. Una más, Emilio, y voy a tener que hacerlo retirar.

EP: ¡Usted también me interrumpió!

RC: Sáquenlo a este señor, no puedo... Discúlpame Carlos, pero no puedo aguantar majaderías.

Entonces afloran los elementos de la tragedia, porque el personaje trágico busca la trascendencia y la inmortalidad y nunca puede aspirar a menos, es decir, aspira a todo, pero a cambio de todo. El pensamiento religioso, por ejemplo, es trágico porque ofrece la gloria en el cielo pero a cambio del padecimiento en la tierra. El poder político en el Ecuador contemporáneo es trágico porque se propone el fin superior de transformar al país, pero a cambio de su propio desgaste y erosión en esa lucha.

A partir del episodio narrado, el periodista Carlos Vera, uno de los más experimentados en la televisión ecuatoriana, se refiere en repetidas ocasiones al presidente Correa como el “El déspota de Carondelet”, en un evidente esfuerzo por tomar la posta a Emilio Palacio. El poder mediático es doblemente trágico porque se declara defensor de la libertad y la democracia, pero a cambio

se somete y procura someter a la sociedad al inmovilismo y a la tibieza de la corrección política.

2. La emoción

2.1. La ceguera del ofuscamiento extremo

Si hay un rasgo que caracteriza la relación entre los actores del drama político en el Ecuador actual -el gobierno y sus seguidores, los viejos partidos políticos, y los medios de comunicación tradicionales- es la relación emocional entre ellos. El presidente se conecta con sus seguidores sobre la base de un discurso emocional de una inminente revolución social; los seguidores se adhieren a su proyecto y reniegan de los partidos tradicionales sobre la base de su indignación moral, es decir sobre una emoción exacerbada; los medios de comunicación cuestionan al presidente y a sus seguidores en función del orgullo herido, del resentimiento por haber sido señalados como parte de una institucionalidad caduca y desprestigiada.

Sin embargo, los grandes medios exhiben uno de los estados más conflictivos de la emoción: la relación de odio-amor, esa cúspide de las contradicciones que linda con la esquizofrenia, porque no encuentra salida que no sea una violenta explosión o una lenta extinción. Al parecer, los medios optan por la primera, es decir, son violentamente emocionales a la hora de relacionarse con un personaje como Rafael Correa y el fenómeno social que lo envuelve.

Aclaremos, cuando el actual presidente aparece como un candidato con muchas posibilidades, los grandes medios, especialmente de televisión, lo eluden hasta donde pueden, pero después se disputan la posibilidad de tenerlo en sus pantallas como entrevistado porque su presencia hace subir el *rating*. Se desesperan cuando Correa acude a una estación

de la competencia y envían a todo un equipo a recogerlo a la salida y llevarlo a su propio estudio a fin de que nada lo saque de su ruta. Después, cuando el ya presidente Correa arremete contra esos canales a los que acusa de defender el estatu quo, los periodistas lo acusan de injusto y mal agradecido con quienes le ofrecieron pantalla. Lo que no dicen es que se la ofrecieron en función de su propio y coyuntural interés de mejorar su sintonía.

Esa emoción extrema que rige el comportamiento de los grandes medios de comunicación anula toda posibilidad de ejercer uno de los valores del buen periodismo, como es la investigación rigurosa. La disputa entre el poder político y mediático en el Ecuador ha puesto en evidencia, como en ningún otro momento, la ausencia de este componente esencial. Los medios y los periodistas no han podido ofrecer en todo este tiempo un solo dato que obedezca a una investigación y que ayude a poner al descubierto algún acto de corrupción del gobierno. En su lugar apelan al escándalo, exhiben videos clandestinos, confrontan con los entrevistados en términos personales, acusan de prepotencia y abuso de poder, pero no ofrecen una sola prueba de ello basada en alguna investigación confiable.

El famoso periodista argentino Jorge Lanata es uno de los damnificados de esta falta de investigación. En consideración de que las prácticas periodísticas en el Ecuador necesitan mejorar urgentemente, la organización Fundamedios invita a Lanata a ofrecer conferencias en el Ecuador y realizar una entrevista al presidente Correa.

La idea resulta sumamente atractiva, pues se supone que Lanata –al poseer una mirada externa y menos prejuiciada– está en posibilidades de hacer una entrevista más cuestionadora y mejor fundamentada. Pero los datos que le ofrecen –que el Ecuador es un país dividido, que no hay libertad de expresión, y otros–

hacen que Lanata parezca un principiante frente al mandatario, quien resuelve todas las preguntas con una sonrisa, para decepción tanto de quienes quieren ver un cuestionamiento serio al presidente como de los que esperan una lección de buen periodismo.

Lanata se va del Ecuador sin poder ayudar al público a comprender qué pasó con los involucrados en un supuesto negociado de bonos de la deuda externa; qué más se puede esperar de la propuesta gubernamental de no explotar petróleo en el Parque Nacional Yasuní a cambio de compensaciones internacionales; qué hay detrás de la legalización de la venta de aletas de tiburón, y otros temas que los medios ecuatorianos abordan solo desde la emoción y no desde la investigación, como veremos a continuación.

2.2. “Pativideos” o el show del espionaje político

En una habitación del hotel República, al norte de Quito, se reúnen cinco hombres a conversar. Ellos son: Ricardo Patiño, ministro de Economía del Ecuador; Héctor Egúez, asesor del ministro; Carlos Abadi y Alan Dayan, funcionarios de la firma estadounidense Abadi & Company, cuyo negocio es la renegociación de bonos de la deuda externa de los países pobres; y el ex ministro de Economía del Ecuador, Armando Rodas, quien actúa como enlace entre el ministro y los empresarios y ha dedicado varias semanas a coordinar la cita.

Probablemente nada de lo que se dice en esa reunión del 12 de febrero de 2007 hubiera salido a la luz pública si no fuera porque, tres meses después, Patiño despide a uno de sus asesores, Quinto Pazmiño, por sospechar que éste participa en actos de corrupción. Lo que no calcula el ministro es que Pazmiño tiene un video de la reunión en el hotel y que está dispuesto a difundirlo como venganza y así dar inicio a uno de

los escándalos políticos y mediáticos más pintorescos de los últimos años en el Ecuador.

Pazmiño no entrega el video a alguna autoridad de control estatal –Congreso Nacional, Tribunal Constitucional, Secretaría Nacional Anticorrupción- ni particular –Comisión Cívica de Control de la Corrupción, Participación Ciudadana- como se podría esperar. Consciente de la tensión y el fuego cruzado entre el gobierno y los grandes medios de comunicación, el asesor desempleado lleva su arma vengadora a *Teleamazonas*, cuyo presentador estrella, Jorge Ortiz, no duda en difundirlo como un trofeo de guerra, el 21 de mayo de 2007, sin ofrecer al público la certeza de su autenticidad ni confrontar su contenido con la versión de los involucrados.

La emoción domina al periodista; no puede hacer la pausa necesaria para recabar más información de contexto; no toma las precauciones que lo salvarían en caso de tratarse de un documento forjado; no está dispuesto –al igual que el ex asesor– a desaprovechar la oportunidad de tomar venganza y suelta al aire lo que desde entonces se conoce como los “pativideos”, en alusión al famoso escándalo de los “vladivideos”, que significaron la caída del presidente peruano Alberto Fujimori a finales de 2000.

No se sabe con certeza cuál es la propuesta de los empresarios al ministro. Ni los medios de comunicación ni las autoridades de control ayudan a que los ecuatorianos se formen un juicio cabal acerca de si el funcionario comete un acto de corrupción ni qué efecto real tiene esa conversación en las decisiones relacionada con la deuda. La emoción exacerbada con la que la prensa trata el tema impide tener versiones creíbles. Periodistas y autoridades le deben esa explicación al país.

Cuando la emoción tiende a mil, la investigación tiende a cero, y los ecuatorianos tenemos que aceptar como válida la

explicación del ministro, quien asegura que en esa reunión los empresarios le piden que provoque incertidumbre en los mercados internacionales mediante el anuncio de que no pagará 135 millones de dólares correspondientes a los llamados Bonos Global 2030 (cuyo plazo termina el 15 de febrero de 2008), con lo cual las empresas aseguradoras ganarían al elevar el precio de sus pólizas, y el Ecuador se ahorraría 150 millones, eso sí, sin que nadie se entere.

Al igual que los medios, los partidos tradicionales de oposición (PSC, PRIAN, UDC), en lugar de reunir suficientes pruebas y argumentos legales que les permitan poner contra la pared al ministro y obligarlo a responder por su procedimiento sospechoso, solo atizan el escándalo. Esperan que un video los redima y mejore su imagen, que el espionaje político alcance validez histórica y prestigio moral, que las imágenes llenen el vacío conceptual que ellos exhiben y que, a la larga, contribuye a que el caso pase al olvido como un show mediático más, que Patiño quede como héroe, que los funcionarios de Abadi & Company sigan en sus trotes por el mundo negociando las deudas de los países pobres. En suma, que nadie rinda cuentas por nada.

Estamos frente a dos prácticas perversas: el espionaje político y el escándalo mediático. Las dos se necesitan y se alimentan mutuamente. En las próximas semanas, los ecuatorianos miran, como si se tratara de un *reality show*, una serie de videos y grabaciones clandestinas de encuentros y conversaciones entre ministros, diputados, jueces y empresarios. Los canales de televisión celebran la llegada de cada nuevo video a sus estudios y lo transmiten sin realizar investigación alguna sobre su origen.

Para rematar, el presidente Rafael Correa inicia, el 9 de julio de 2007, un juicio contra 12 diputados a quienes acusa de intentar chantajearlo al exigirle prebendas y cargos burocráticos

a cambio de sus votos para aprobar la Ley de Justicia Financiera, con la cual el gobierno pretende disminuir las ganancias de los banqueros ecuatorianos. La prueba no podía ser otra que una grabación clandestina entre un diputado y un funcionario gubernamental disfrazado de policía, para estar a tono con la tendencia.

Mientras el espionaje político y el escándalo mediático alcanzan su clímax, el gobierno continúa su discurso seductor basado en la equidad social, la soberanía nacional, y la necesidad de una profunda reforma política en el Ecuador. Los medios, por su parte, ponen toda su retórica al servicio de un mensaje según el cual el presidente Correa ha dividido al país y gobierna con métodos autoritarios influenciado por su amistad con el presidente venezolano Hugo Chávez.

Sin embargo, la Consulta Popular del 15 de abril de 2007, convocada por el gobierno para preguntar a la población si está de acuerdo con que se instale una Asamblea Constituyente con plenos poderes para reformar el marco jurídico del Estado y redactar una nueva Constitución, arroja un resultado del 81,7 por ciento a favor del Sí, lo cual demuestra que los medios de comunicación difunden un falso divisionismo, y eso les resta credibilidad.

Entonces acuden al escándalo. Ese mismo 15 de abril, el diario *Hoy* trae en su portada un titular destinado, más que a informar sobre la coyuntura política y el proceso electoral, a debilitar la imagen de Correa mediante un recurso bajo. El titular dice: "Padre de Correa estuvo preso por narcotráfico" y ocupa un espacio dominante en comparación con una tímida columna editorial con el titular: "Crucial jornada democrática". En la página 2A se desarrolla la noticia de un hecho ocurrido hace 40 años, en el que, efectivamente, Rafael Correa Icaza, padre del mandatario, permaneció tres años en una prisión de los Estados Unidos por llevar ilegalmente droga a ese país.

El presidente Correa ratifica la versión del diario y aclara que en esa época su padre, acosado por la pobreza, accedió a llevar la droga, lo cual fue un error que ya pagó con prisión. El diario no vuelve a ocuparse después del tema ni a ofrecer información de contexto, con lo cual demuestra que la única intención de ese titular es el escándalo. De otra manera no se entiende que lo haya publicado un domingo, durante una jornada electoral y en el lugar más destacado de la portada.

Tenemos entonces que dos sectores están demasiado cerca de todos estos acontecimientos y tienen muchos intereses comprometidos, como para eludir su responsabilidad: la banca y los medios de comunicación, los cuales exhiben bajísimos niveles de credibilidad y respeto entre la población. La banca arrastra la vergüenza histórica de haberse beneficiado de la crisis de 1999, y los medios de comunicación la de estar vinculados a grupos económicos liderados por banqueros, lo cual es cierto en unos casos, pero no en la totalidad.

Desde el inicio de su gestión, el presidente Correa pone en evidencia esta peligrosa relación entre medios y poder económico, pero no hace diferencias entre los que son y los que no son, y eso genera críticas en su contra. En adelante, los medios tradicionales se dedican a restaurar su honor ofendido, pero lo hacen desde la emoción y se olvidan de profundizar en otros temas de interés público.

En marzo de 2007, la Comisión de Control Cívico de la Corrupción (CCCC) cumple 10 años de funcionamiento, pero en su informe reporta que apenas el 10 por ciento de los casos que ha investigado ha seguido un proceso legal. Poco después, en mayo del mismo año, el gobierno crea una Comisión de la Verdad para investigar los crímenes de Estado durante el gobierno de León Febres Cordero (1984-1988). Se crea la Comisión Especial para la Investigación del Salvataje Bancario. La diplomacia

ecuatoriana logra que Colombia se comprometa a no fumar las plantaciones de coca en la frontera entre ambos países, pues eso causa daños a la salud humana.

Nada de eso ocupa tanto espacio en los medios de comunicación como los “pativideos” o la confrontación del presidente con la prensa, que el propio mandatario se encarga de exasperar cuando califica al trabajo de algunos periodistas de “miseria humana”, después parafrasea al ex primer ministro británico Tony Blair, quien alguna vez se refirió a los periodistas como “bestias salvajes” y desata el mayor dramatismo mediático que se recuerde en el Ecuador.

El 18 de mayo, el presidente Rafael Correa envía al Congreso Nacional el proyecto de la Ley de Justicia Financiera, cuyo objetivo es poner límites a las ganancias de la banca privada por el dinero que presta a sus clientes, cuyos intereses pueden llegar hasta el 70 por ciento. Para entonces, los diputados de oposición aceleran un juicio político al ministro Patiño por el caso de los “pativideos”. El 13 de julio, día señalado para la comparecencia de Patiño, este no acude bajo el argumento de que no está obligado a rendir cuentas a una institución desprestigiada como el Congreso.

En su lugar, sus partidarios organizan un mitin en las afueras del recinto legislativo y ovacionan a un ministro que le sigue debiendo explicaciones al país por tratar en privado asuntos de interés público. Pero los medios no logran capitalizar el sentido de ese problema ético y, en su lugar, se dejan poner contra las cuerdas por la opinión ciudadana y tratan de defenderse lo mejor que pueden. La única explicación a la vista es que no tienen la autoridad moral para juzgar un acto de corrupción, como veremos a continuación.

Mientras el Congreso censura a Patiño en rebeldía, la Asociación de Bancos Privados del Ecuador (ABPE) realiza una campaña mediática en contra de la Ley de Justicia Financiera. El

presidente de esa entidad, César Robalino, visita a cualquier hora las oficinas de los diputados. El 18 de julio, el Congreso aprueba un texto que deja intactas las ganancias de la banca.

A la fecha de cierre de este informe, la banca privada mantiene todos sus privilegios y las tasas de interés alcanzan niveles de usura. La abierta oposición de la prensa frente al gobierno solo beneficia a los banqueros y nadie sabe a quién reclamar. Lo único cierto es que en este país, si una persona solicita un préstamo de 20.000 dólares para comprar una casa, al cabo de 10 años paga 16.000 más solo en intereses. No es casualidad que en 2006 la banca privada reporte utilidades de aproximadamente 250 millones de dólares y que el país alcance un índice del 70 por ciento de pobreza. Tampoco es casualidad que de eso ningún medio haga escándalo.

Esta falta de trabajo investigativo en el periodismo ecuatoriano hace que la confrontación entre el poder mediático y el político no se realice sobre la base de la argumentación, sino de la emotividad y el resentimiento.

El poder político siempre ha tocado las fibras emocionales de la gente para establecer un vínculo de igualdad y de comunión de intereses, aunque muchas veces solo sea un efecto, una ilusión. Un presidente o un ministro acudiendo a la seducción emocional para difundir su discurso no debería sorprender a nadie y menos a los periodistas, quienes se supone que están sobre aviso de este recurso y tienen la función de neutralizarlo con argumentos menos emocionales y más racionales.

Veamos algunos fragmentos de la entrevista realizada por Jorge Ortiz, el *anchorman* de Teleamazonas, al entonces ministro de economía, Ricardo Patiño, el 12 de junio de 2007, donde la pausa y la argumentación del entrevistador desaparecen mientras su ofuscación y resentimiento alcanzan la cima.

Ante una insinuación del periodista Ortiz respecto de los videos, el ministro Patiño comienza el ataque y asume el rol de entrevistador:

Ricardo Patiño: Usted está desinformado, como en el proyecto Carrizal-Chone, no sabe lo que dice (...) está mal informado, señor, mal informado, nervioso, presentador oficial, de todo... Yo por eso, con la sonrisa que tengo le vengo a decir en su cara que usted es el autor intelectual de esto, que usted es el presentador oficial de los Egasvideos...

Jorge Ortiz (con risa nerviosa): Ja, ja, ja...

RP: Que el señor Egas... ¡Sonríase!...

JO: No me sonrío, me río a carcajadas...

RP: Así como el señor Egas es dueño de este canal, es dueño del Banco Pichincha y están organizando una campaña fenomenal en contra del gobierno, de la cual usted es, lastimosamente, el artífice material porque, si tienen otro video, lo he dicho, sáquenlo. Todo lo que tengan que sacar, que yo no he mandado a grabar.

JO: Ya lo dije, en cuanto lo tengamos. Esa fue la posición oficial anunciada anoche por *Teleamazonas*. En cuanto tengamos otro Pativideo, porque parece que en su cuarto, con sus órdenes, sus asesores han filmado varios...

RP: Jorgito...

JO: Dígame, ministrito...

RP: Lo que le tengo que decir es que (eso) hace daño. Primero a usted porque le resta credibilidad...

JO: ¿Y a usted no?

Hasta aquí, el cruce apasionado de acusaciones –no de preguntas y respuestas como ocurre en una entrevista– arroja una primera lectura. El periodista no puede rebatir la acusación del ministro de que se encuentra desinformado. De haberlo estado, habría respondido con datos y no con un impotente “ja, ja, ja...”, como en discusión callejera.

Ortiz guarda silencio ante la afirmación del ministro de que el canal (*Teleamazonas*) para el cual trabaja pertenece a un banquero (Fidel Egas) y de que existe una campaña mediática contra el gobierno. Se limita a especular con que pronto sacarán al aire nuevos videos, algo que equivale a decir: ya verán todos de lo que somos capaces.

Cuando el ministro usa un modismo muy ecuatoriano, que consiste en pronunciar los nombres con diminutivos –“Jorgito...”– el periodista saca su resentimiento y, en su intento por ironizar, responde: “Dígame, ministrito...”, y deja un tufo a insolencia en el ambiente, porque resulta evidente que el uso del diminutivo responde a una consciente intención de minimizar al otro.

Después viene un ocioso alegato sobre la popularidad del presidente Correa –el cual omitimos por ser un tema que no viene al caso– y el derrame de bilis continúa de parte y parte:

JO: ¿La deuda externa, qué tiene que ver en la conversación suya con el presidente del Congreso...? (se refiere a otro video de la misma saga de escándalos)

RP: Esa conversación no la he grabado, la grabó el señor Pazmiño ...

JO: Que era su asesor...

RP: Era...pero no olvide que el señor Pazmiño tiene una relación muy cercana con ustedes...

JO: Lo he visto una sola vez en la vida... el otro día que lo entrevisté...

RP: Es suficiente pues, para usted, para qué necesitan tanto...

JO: Para una entrevista, y con cámaras a la vista, y no a escondidas como en su cuarto...

RP: Para encontrar a los corruptos hay que hacerlo a escondidas...

JO: ¿Y ya los ha encontrado?

RP: Ya encontramos a los primeros. Encontramos a Abadi y encontramos la información que el señor Rodas dijo... Esa información no nos la iba a dar por escrito. Como no nos la iba a dar... No se preocupe, que la banca va a tener que pagar algunas cositas que ha hecho mal. Tengo ya la información de cuántos millones de dólares -tengo que confirmar todavía- de cuántos millones de dólares tenía el notario (José) Cabrera⁷ en la banca ecuatoriana, en algunos banquitos, (los cuales) cuando alguien común y corriente va a depositar algo de plata le piden mil explicaciones. Y el señor Cabrera, el famoso notario Cabrera, tenía cientos de millones de dólares aupados por algunos segmentos de la banca y nunca le preguntaron, mire señor Cabrera, ¿usted cobra tanto por dar las certificaciones de un título de propiedad? No, no, no se preocuparon. Estaban más preocupados por tener depósitos. Yo me pregunto y le pregunto a usted, que es tan acucioso, tan cuestionador, por qué no cuestiona también a la banca. Por qué no les pregunta a los

⁷ El fallecido notario José Cabrera, autor del delito de captación ilegal de dinero, conocido como sistema piramidal.

señores de la banca sobre el caso Cabrera o ¿no se preguntan cuántos presos hay por el caso Cabrera?...

JO: ¿Y cuántos presos hay por el caso Abadi? Pero le contesto...

RP: Contésteme qué pasó con esos depósitos millonarios en la banca, ¿usted se ha preocupado de investigar eso, tan acucioso que es?

JO: ¿Ha visto que en *Teleamazonas* presentamos hasta una serie sobre el caso Cabrera?

RP (casi gritando): Escondiendo a la banca, diga ¡dígalo con claridad! Escondiendo a la banca y sacando al policía que fue a hacer el asalto y al señor Cabrera y a algún miembro de la Corte, pero ¡escondiendo a la banca siempre! Porque, como ustedes son propiedad de la banca, tienen que esconder a la banca, ¡desenmáscárense! Nosotros somos abiertos, francos y claros, ustedes ¡desenmáscárense!

JO: Abiertos, francos y claros poniendo cámaras ocultas en un cuarto y grabando a la gente y usted saliendo a decir que para desenmascarar.... Nadie les cree ese cuento...

RP: La mayor parte de los ecuatorianos nos creen y vea usted todas las encuestas...

JO: Eso no significa que tengan razón...

RP: Y pregunte por su credibilidad...

JO: Seguramente está por debajo de la suya...

RP: Por los suelos...

JO: Sí, debe estar por los suelos. Sin embargo el público...

RP: Por la cantidad de mentiras que dice todo el día...

El periodista no puede evitar pasar de cuestionador a cuestionado, quizá la posición más desesperante, porque evidencia la falta de preparación en el tema o, lo que es peor, la existencia de otras motivaciones, ajenas al interés periodístico.

Después, no puede rebatir la acusación –por segunda vez– del ministro, de que existe una vinculación de intereses entre el medio de comunicación y la banca privada y, en su lugar, hábilmente opta por el contraataque, como si la vinculación de un medio con la banca fuera algo previsible y normal, algo de lo que se puede pasar sin dar explicaciones, en lugar de un atentado a la ética periodística.

Finalmente, admite que su credibilidad está por los suelos. No entiende el significado y el valor del concepto credibilidad. Solo así se explica que se declare consciente de que ese capital periodístico se encuentre por los suelos y él no se conmueva en lo más mínimo y, más bien, haga alarde de ello frente al país.

Un periodista que admite públicamente que su credibilidad está por los suelos difícilmente debería seguir ejerciendo su oficio, a menos que su presencia en las pantallas se sostenga por su vinculación al poder económico. Al menos eso queda a la vista en el siguiente fragmento de la entrevista, cuando Ortiz toma abiertamente posición a favor de la banca privada

JO: La Asociación de Bancos Privados lo que está diciendo es que quiere que se bajen las tasas de interés y las comisiones, pero no por imposiciones sino por diálogo. De acuerdo, este es un problema de la banca -no me interrumpa- aquí estamos...

RP: Pero usted interrumpe siempre que hace preguntas. Yo también lo voy a interrumpir. Le pregunto ¿cuántos años han dialogado y no han bajado las tasas de interés?...

JO: (nervioso) Yo no trabajo con la banca...

RP: (sorprendido): ¿No trabaja con la banca?

JO: No trabajo con la banca...

RP: Pero si usted es empleado del señor Egas...

JO: (más nervioso): Pero en *Teleamazonas*, no en el banco...

RP: (irónico) Aaah, no están relacionados lo uno con lo otro, aaah ya...

JO: No están relacionados lo uno con lo otro, insisto. Y en segundo lugar, lo que está usted haciendo es tratando de distorsionar lo que ustedes hicieron, chueco, mal, ilegal, violando la ley, poniendo cámaras en su cuarto para grabar a la gente...

RP: A los corruptos, y ojalá encuentre uno de estos días a un banquero corrupto para también ponerlo aquí en su canal, que no me han de sacar seguramente...

Ortiz pierde completamente el libreto. No logra que su entrevistado lo respete. La falta de seguridad en lo que dice le resta confianza en sí mismo. Sonríe nervioso y –desesperado y avergonzado por quedar expuesto públicamente– opta por la sumisión. Baja la vista y acepta el castigo. Veamos:

RP: Estoy seguro que usted, cuando me vaya, hablará pestes de mí...

JO: Ni una palabra...

RP: Semanas enteras...

JO: Ni una palabra...

El resto ya es el colofón de un episodio en el que una autoridad, que debería rendir cuentas respecto de un encuentro sospechoso con negociantes de la deuda, sale victoriosa de un encuentro en el que juega de visitante, porque asume una posición agresiva sabiendo que el periodista no tiene más argumento que su resentimiento, sus prejuicios y su obediencia a un sector socialmente cuestionado como la banca privada.

2.3. La Constituyente y el dominio del correísmo

El 30 de septiembre de 2007, el Movimiento País, del presidente Correa, logra 80 de 130 representantes a la Constituyente. Solo entonces se pone en evidencia el efecto político de sus reiterados anuncios de que pondrá su cargo a disposición de la Constituyente. Al constituirse en el primer poder del Estado en ponerse a disposición de la máxima autoridad en esos momentos, empuja moralmente al Congreso a hacer lo mismo, como demostración de dignidad y coherencia. Y eso es lo que espera la ciudadanía.

La jugada de Correa consiste en que, en realidad, los asambleístas no aceptarán que su líder se vaya a su casa, pero sí lo harán si el Congreso se pone a sus órdenes.

Como el Congreso no lo hace y sus miembros se quedan aferrados a sus cargos, el prestigio de esta institución desciende aún más, con lo cual la resolución de disolver el Congreso anunciada por los asambleístas oficialistas pasará como un acto de justicia y no como un acto de prepotencia, como se esfuerzan en demostrar los medios de comunicación, que para entonces comparten con los diputados y los partidos tradicionales el mismo descenso en la credibilidad del público.

Aturdidos por el resultado de las elecciones, la mayoría de los canales de televisión le vuelven la espalda a la realidad. La noche del 30 de septiembre, *Gamavisión* se dedica a transmitir un concurso de baile; *Teleamazonas* programa una película de violencia; *Ecuavisa*, una película parecida y solo reacciona cuando canales de menor impacto se llevan el rating, y eso es imperdonable en televisión. Los mismos canales que aprovecharon la imagen de Correa candidato para que les subiera el *rating*, ahora vuelven la vista al Correa ganador de la Constituyente para retener a sus televidentes.

La Asamblea Constituyente está a punto de iniciar su trabajo en Montecristi, la tierra de Eloy Alfaro, precisamente uno de los grandes reformadores del país. La relación emocional del presidente con sus electores hace que estos vean complacidos las iniciativas de los asambleístas oficialistas. El romance parece que va para largo y los que le apuestan al proyecto político en el poder no tienen la menor duda respecto de la validez de las propuestas y los procedimientos de los ganadores. Nadie los asiste ni les ofrece pistas para desarrollar un pensamiento crítico y la descarga emocional que sueltan los medios de comunicación tradicionales está muy lejos de servirles de apoyo.

Falta aquello que los teóricos de la comunicación llamar mediación, es decir, la intervención inteligente entre los hechos y sus significados. Los medios y los periodistas han perdido su capacidad de mediación. No hay lectura crítica de los acontecimientos. La revista *Vanguardia* saca en la portada los rostros de Jorge Ortiz y Carlos Vera con un titular que dice "La opinión que Correa no controla"⁸, lo cual los habilita como mártires de su gremio, sobrevivientes de la inmolación pública que buscaron por varios meses, héroes devaluados desde que dejaron de aportarle al país un mejor conocimiento de sus procesos político y sociales.

8 Ver. *Vanguardia* No. 110 del 30 de octubre al 5 de noviembre de 2007

Los asambleístas partidarios del gobierno anuncian que los canales de televisión comerciales tendrán un tiempo medido para realizar la cobertura de las sesiones de la Asamblea y, en su lugar, la información oficial solo será transmitida por el canal estatal en proceso de formación. Una postura evidentemente contraria a la pluralidad de visiones que son necesarias para abordar un proceso complejo y trascendente. Un argumento suficientemente válido para la tesis de los medios de comunicación de que se encuentran ante un gobierno autoritario. Sin embargo, Carlos Vera, uno de los íconos de la televisión ecuatoriana, no procesa el mensaje y, como la mayoría, acude al discurso emocional. Para él, esa decisión se debe a que los asambleístas de mayoría “no saben un carajo de producción en televisión”, con lo cual reduce el debate a un asunto de producción, de saber o no los procedimientos técnicos, y se olvida del tema de fondo, el derecho a la información que, antes que de los medios, es de los ciudadanos.

El periodismo ecuatoriano llegará a cubrir la Asamblea Constituyente sin haber superado sus carencias conceptuales – no saber distinguir el sujeto histórico en los momentos de mayor intensidad política– como de sus errores de oficio –privilegiar la emoción en lugar de ejercer la investigación–, y así, precedidos de un creciente deterioro de su prestigio social, los periodistas se disponen a instalarse en Montecristi a dar cuenta de la enésima refundación de la patria, quizá en el escenario más complicado de la política, la vigencia de una propuesta y de un pensamiento oficial que tiende a lo hegemónico, el correísmo, con 80 de los 130 asambleístas. Algo demasiado grande como para confiarle su relato a unos medios de comunicación predispuestos al melodrama y al berrinche.

Quito, 15 de noviembre de 2007

Comunicación y política: el surgimiento del periodismo público en el Ecuador Caso El Telégrafo¹

Abril, 2009

Introducción

El Ecuador cuenta desde 2008 con tres medios de comunicación estatales: diario *El Telégrafo*, *Ecuador TV* y *Radio Pública del Ecuador*, un hecho inédito en la historia del periodismo ecuatoriano y un punto de quiebre en una cultura informativa tradicionalmente dominada por los medios privados como principales constructores del discurso y el debate públicos.

Cada uno de estos medios tiene una historia particular,² pero todos

1 Este trabajo se realizó con el apoyo del Fondo de Investigaciones de la Universidad Andina Simón Bolívar-Sede Ecuador. Modo de citar el documento original: Abad, Gustavo, *Comunicación y política: el surgimiento del periodismo público en el Ecuador. Caso El Telégrafo*, Informe de Investigación, Universidad Andina Simón Bolívar-Sede Ecuador, Quito, 2009

2 Diario *El Telégrafo* fue fundado en 1884 y en su última etapa fue propiedad del banquero Fernando Aspiazú. En 2002 pasó a manos del Estado mediante una

tienen en común que su apareamiento en la esfera mediática ecuatoriana, como exponentes de lo que en adelante llamaremos periodismo público, ocurre en un momento de enorme tensión política entre el gobierno del presidente Rafael Correa, del movimiento Alianza País (posteriormente Movimiento País) con un discurso revolucionario de izquierda, y las fuerzas políticas y económicas tradicionales, alineadas en su mayoría con la derecha empresarial y con una marcada influencia en la agenda de los medios privados.

Esto significa que en el Ecuador de inicios del siglo XXI no solo está en disputa el modo de reproducción objetiva del mundo social –función del campo político– sino también su representación simbólica –función del campo mediático–³ más aún cuando el poder político identifica, tanto a los partidos políticos como a los medios de comunicación tradicionales, como parte del pasado que propone dejar atrás y provoca un alineamiento de la mayoría de medios privados en contra de la propuesta gubernamental en casi todos los frentes.⁴

El periodismo es más que la búsqueda y difusión de información; es una narración de la realidad orientada a la búsqueda del significado histórico de los acontecimientos y su incidencia política, social y cultural. En gran medida, lo que dicen los medios y los periodistas determina la comprensión que tiene una colectividad de su propio

incautación realizada por la Agencia de Garantía de Depósitos (AGD) y el 17 de marzo de 2008 se reinauguró como medio público. Por su parte, *Radio Pública del Ecuador*, inaugurada el 27 de agosto de 2008, tiene como antecedente la desaparecida *Radio Nacional del Ecuador*, de escasa trascendencia en la historia del periodismo público en este país. El único medio que se inicia desde cero es *Ecuador TV*, inaugurado el 17 de abril de 2008.

3 Una interpretación basada en la teoría de los campos desarrollada por el sociólogo francés Pierre Bourdieu. Ver. Gutiérrez, Alicia, *Pierre Bourdieu: las prácticas sociales*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1994.

4 Rafael Correa llega al poder el 15 de enero de 2007 y uno de los rasgos más notables de su discurso es la confrontación con dos clases de instituciones a las que considera en crisis: los partidos políticos y los medios de comunicación tradicionales. Establece así una suerte de relación emocional con el grueso de la población, que mira en ello la expresión de su propia insatisfacción respecto de estas instituciones.

devenir histórico. Ya sea como agente de información o como guía de interpretación, el periodismo apunta a los asuntos de interés común de una sociedad. ¿Dónde radica el problema entonces? En que existen suficientes señales de que el grueso de los medios ecuatorianos, que se sostienen en una estructura y unos capitales privados, no siempre responde al interés común o, por lo menos, lo hacen de manera sesgada a favor de los intereses particulares.⁵

Entonces cobra sentido la dicotomía entre medios públicos y medios privados, bajo el supuesto de que los primeros, al contar con recursos estatales y/o autogestionados, están libres de las presiones del capital privado. No obstante, su dependencia inicial de los recursos estatales los pone peligrosamente a merced de las injerencias del poder político y de los intereses coyunturales de los gobiernos de turno. Precisamente, este último es uno de los principales argumentos con los que los sectores opuestos a la existencia de medios públicos cuestionan su legitimidad, pese a que hasta ahora son los medios privados los que más han mostrado una dependencia palpable respecto del poder económico empresarial.

El Ecuador tiene la oportunidad histórica de comprobar la viabilidad de esta nueva era periodística mediante un escrutinio público de la labor de los medios estatales. Esta investigación aspira a aportar con los resultados de una observación y un estudio sistemáticos respecto

5 Aunque son múltiples los casos de vinculación entre estos dos sectores, los más visibles involucran al grupo Isaías, responsable de la quiebra de Filanbanco, en 1998, poseedor de los canales *Gamavisión* (después *GamaTV*), *TC Televisión* y *Cable Noticias*, incautados el 8 de julio de 2008 por la Agencia de Garantía de Depósitos (AGD), junto con 196 empresas más, que después llegaron a cerca de 300, con el fin de recuperar 661 millones de dólares malversados por los banqueros. También existe el denominado grupo Pichincha, del banquero Fidel Egas, dueño del Banco Pichincha, de la tarjeta de crédito Diners, del canal *Telemazonas* y de la empresa Dinediciones, la cual edita las revistas *Mundo Diners*, *SoHo*, *Gestión* y *Fucsia*. Al respecto, la nueva Constitución Política, aprobada en referéndum del 28 de septiembre de 2008, establece que: “No permite el oligopolio o monopolio directo o indirecto de la propiedad de los medios del uso de las frecuencias, de acuerdo con la ley.” (Artículo 2, Literal C).

de la estructura institucional, los procedimientos periodísticos y la recepción social de los mensajes producidos por los estos medios. Todo esto, dentro de un proceso histórico que rebasa el ámbito de lo comunicacional y se inserta ampliamente en el de lo político, puesto que el reconocimiento del lugar desde el cual se emite un mensaje ya expresa por sí mismo una posición política, de la cual no está exenta la práctica periodística.

Los relatos periodísticos dan cuenta de diversos acontecimientos, construyen sentidos e inciden de una u otra manera en la comprensión de la realidad social. No obstante, en los últimos años esta actividad ha perdido terreno en la valoración y legitimación social por causa, entre otras cosas, de la crisis de varios postulados de la doctrina periodística moderna, como son los sentidos de objetividad y neutralidad, que demuestran su incompatibilidad, tanto con los imperativos económicos de las empresas mediáticas, como con las necesidades y demandas informativas de los sectores sociales. Todo ello incide también en una crisis de representación, cuyo efecto más visible en el Ecuador es la rebelión de las audiencias,⁶ que buscan nuevos canales de expresión por fuera de los tradicionales.

Por todo ello, el apareamiento de los medios estatales en la actual coyuntura ecuatoriana abre grandes expectativas respecto de la construcción de una nueva agenda mediática, basada en la observación de las demandas de los sectores sociales y las respuestas del poder político. Una nueva agenda que, además de garantizar el acceso y la circulación de información, busque también la participación activa del público, y materialice de alguna manera la fuerza productiva de la comunicación, que consiste, entre otras cosas, en la búsqueda de respuestas colectivas a problemas colectivos.

⁶ En un trabajo anterior, abordé esta temática desde la perspectiva de dos tipos de institucionalidad en crisis: los partidos políticos y los medios de comunicación tradicionales. Ver: Abad, Gustavo, *El periodismo olvidado: las instituciones mediáticas ante la rebelión de las audiencias*, Quito, UASB, 2006.

Una aclaración necesaria. Por ser la iniciativa más consolidada y con la que tengo mayor cercanía debido a mi participación como columnista, primero, y como editor regional, después, en este trabajo me concentraré en el caso del diario *El Telégrafo*, primer diario público del Ecuador.⁷ Pretendo con ello ofrecer una lectura conceptual de este proceso que cumplió un año el 17 de marzo de 2009, así como un testimonio acerca de mi participación en la construcción de un medio de estas características. Propongo entonces que se lea este trabajo como un ensayo periodístico.

Por ello, a lo largo de esta indagación trataré de responder a las siguientes preguntas fundamentales:

1. ¿Bajo qué imperativos sociales, históricos y políticos surge el periodismo público en el Ecuador?
2. ¿Cuáles son los principales valores y debilidades de *El Telégrafo*, como medio estatal, en su proceso de consolidación y legitimación dentro del debate público?
3. ¿Qué prácticas periodísticas adopta este medio y cómo se reflejan en sus productos y en su recepción social?

Estas preguntas generan a la vez otras preguntas subsidiarias, respecto de los medios estatales en específico:

- ¿Defiende el interés público antes que el gubernamental?
- ¿Ejerce pedagogía ciudadana en deberes y derechos?
- ¿Hace visibles otras formas de vida?

⁷ Algunas de las ideas que aquí expongo ya tuvieron una aproximación en la columna que mantengo en el diario. No obstante, para este trabajo tienen utilidad como inicio o complemento de una reflexión mayor.

Una indagación con sentido crítico acerca de estos aspectos nos ayudará a saber si el Estado aprovecha o desperdicia una oportunidad histórica. Una evaluación que mida la mayor o menor empatía que estos medios logren con las audiencias, así como la importancia de los temas que consigan incluir en la agenda y el debate públicos.

1. *El Telégrafo*: un año de periodismo público

Diario *El Telégrafo* cumplió el 17 de marzo de 2009 un año de circulación como medio público. Antes de ello, tuvo que dejar atrás una historia de 124 años no libres de peripecias.⁸ Durante este primer año, que representa una nueva época, ha estado en la mira de varios medios privados, desde donde se han hecho diversas críticas. Aquí aparece uno de los temas de mayor debate ¿Cuáles son los parámetros de evaluación de los medios públicos? La tendencia dominante es aplicar a estos los mismos criterios con los

8 *El Telégrafo* fue fundado en 1884 por Juan Murillo, hijo del encargado de la primera imprenta de Guayaquil. El diario nació como una publicación abiertamente liberal y hasta 1920 participó activamente en las contiendas electorales a favor de uno u otro candidato presidencial. El segundo propietario del periódico, José Abel Castillo, diversificó sus negocios y en 1920 fundó la Caja de Ahorro y Crédito La Previsora. Bajo su liderazgo, el diario rechazó la masacre de obreros en Guayaquil en 1922. Santiago Castillo, hijo de José Abel, asumió paulatinamente el manejo del diario desde la década del 40. Fue una figura prominente de la sociedad guayaquileña que participó en importantes instituciones de esa ciudad e incluso estuvo vinculado a una misión diplomática mientras ejercía la dirección del periódico. Luego del triunfo de la Revolución Cubana, *El Telégrafo* adoptó una posición anticomunista y en décadas siguientes marcó distancia de los movimientos obreros para privilegiar una relación con el sector empresarial y la banca. En las tres últimas décadas del siglo XX, *El Telégrafo* tuvo como directores a figuras cercanas a la clase política: Eduardo Arosemena Gómez lo dirigió entre 1969 y 1985. Eduardo fue hermano de Otto Arosemena Gómez, presidente del Ecuador de 1966 a 1968. Roberto Hanze Salem fue el director del periódico entre 1987 y 1996. Hanze había sido subsecretario de Industrias en el gobierno de León Febres Cordero (1984-1988). El banquero y empresario guayaquileño Fernando Aspiazú, accionista mayoritario del Banco del Progreso, adquirió *El Telégrafo* en 1996. Seis años después, la AGD asumió las acciones de Aspiazú en el periódico, luego de la quiebra del que fue uno de los bancos más importantes del país.

que se piensan y se evalúan los privados. Un modo de apreciación, a mi juicio, erróneo, puesto que el sistema de valores por los que se rigen los medios privados ha dado muestras irrefutables de caducidad, lo que se expresa en el nivel de credibilidad de la ciudadanía otorga a estos medios.⁹

Entonces, la evaluación que hacen algunos medios privados respecto de los públicos resulta, por lo menos, dudosa.

Un ejemplo de esto es el comentario de la revista *Vanguardia*¹⁰ en su edición N° 131, bajo el título “El diario que mató su historia”. Allí, el autor anónimo del artículo (en periodismo cualquier tipo de opinión o análisis pierde legitimidad si no cuenta con una firma que avale su autoría, a menos que se trate del editorial del medio) se lamenta por no encontrar en el diario la aplicación de ninguna receta de mercadeo de gran vigencia en los medios privados, como una portada y un diseño vendedores.

“...una tapa gráfica que aparentemente no necesita vender ni un titular y un diario en el cual priman el blanco y el negro: *El Telégrafo* rompió todos los esquemas de lo que significa un rediseño. No los rompió para innovar. Los rompió porque ahora que se sustenta en el dinero del Estado, no necesita respetar las reglas mínimas del mercado...”, señala el mencionado comentario.

9 Un informe de la encuestadora Informe Confidencial, del 28 de marzo de 2009, acerca de la confianza en los medios de comunicación en Quito y Guayaquil, arroja los siguientes resultados. En Quito, el 24 por ciento dijo confiar mucho; el 31 por ciento, algo; el 30 por ciento, poco; y el 15 asegura confiar nada en los medios. En Guayaquil, el 24 por ciento dijo confiar mucho; el 34 por ciento, algo; el 32 por ciento, poco; y el 10 por ciento, nada. Es decir, solo una de cada cuatro personas tiene una alta valoración de los medios como entidades creíbles. En cambio, sumadas las escalas más bajas de credibilidad, como son “poco” y “nada”, alcanzan el 45 por ciento en Quito y el 42 por ciento en Guayaquil.

10 La revista *Vanguardia* pertenece a empresarios ligados también a otros medios de comunicación. Es uno de los medios más críticos al gobierno y reacio a la existencia de medios públicos.

Entonces se crea un falso dilema, que consiste en creer que un medio estatal debe sumarse y allanarse, sin más propuesta, a los imperativos del mercado. ¿Son esos los únicos parámetros de evaluación de un proyecto histórico? Ciertamente es que la presentación cuenta y que este diario podría mejorar, por ejemplo, en la calidad de su impresión,¹¹ para captar anunciantes, pues un medio público no puede negarse a la publicidad comercial. Sin embargo, su valor y su atractivo hay que buscarlos en otros aspectos, como los nuevos enfoques y narrativas de lo social o las nuevas voces y rostros que este medio pueda hacer visibles. El proyecto de un medio público es una alternativa frente a la sospecha y la desconfianza que los medios privados han logrado sembrar respecto de sí mismos en la mayoría de la población, que no se esconde con el diseño ni con los efectos ni con la pirotecnia del mercado.

En este caso, la revista *Vanguardia*, como expresión de la posición mayoritaria de los medios privados respecto de los públicos, no toma en cuenta algo que ya se viene advirtiendo hace muchos años en el análisis de los medios: las condiciones de producción. Un medio no puede ser evaluado solo por los mensajes que produce, sino también por las condiciones en las que se construyen esos mensajes, es decir, por todo el proceso de significación previo a la puesta en escena de la información.

En la elaboración de un producto mediático entran en juego las condiciones materiales, el nivel de preparación de los reporteros, las relaciones laborales, los procedimientos institucionales, entre otras variables que, en el caso de *El Telégrafo*, no son procesos terminados sino, todo lo contrario, de reciente formación.

¹¹ *El Telégrafo* cuenta con una rotativa con casi 50 años de funcionamiento, es decir, muy por arriba de su vida útil. Esta limitante técnica impide una mejor calidad en la impresión. Actualmente, está aprobada la compra de una nueva rotativa para introducir cambios no solo en la calidad de la impresión, sino en el diseño. Una nueva rotativa permitirá también hacer una segunda edición para recoger noticias de última hora, lo cual es imposible con la actual.

Curiosamente, la herencia del antiguo diario, en lugar de ser un aporte, ha sido un problema. El antiguo diario pasó a manos del Estado cuando estaba en plena decadencia, sin estructura administrativa, sin dirección editorial, sin propuesta en el tema que era su principal negocio, el periodismo. La tarea del nuevo ha sido comenzar de cero en lo periodístico, pero lleva a costas el lastre heredado del anterior en temas administrativos, técnicos y logísticos.

1.1. El primer paso, ser un medio distinto

El Telégrafo surge como un diario renovado y público, pero basa su producción en una infraestructura obsoleta heredada del antiguo periódico guayaquileño, que no le permite una puesta en escena sofisticada, como lo señala la revista *Vanguardia*. En ese sentido, durante este año de vigencia el diario ha convivido en medio de dos fuerzas antagónicas: por un lado, un proyecto editorial basado en el concepto de periodismo público y, por otro, un contexto de trabajo anclado en la era del antiguo medio privado. Dos fuerzas cuyo resultado es un diario que, además de proponer un nuevo concepto periodístico, tiene que resolver día a día el reto de hacerse real.

Sin embargo, existe una tercera fuerza que entra en juego y que, en mi concepto, resulta determinante a la hora de evaluar este período de despegue de *El Telégrafo* como medio público: la cultura periodística construida por décadas en los medios privados, de los cuales proviene la mayoría de periodistas que trabajan actualmente en el medio público. Una cultura periodística que tarda en adaptarse a las exigencias de un proyecto que tiene como base conceptual el manejo de la información como bien público y del periodismo como una práctica de servicio ciudadano. Ese es otro de los ejes de reflexión que iremos planteando a lo largo de este informe, especialmente cuando hagamos referencia al sentido del juego desarrollado por los periodistas y sus prácticas en los medios privados.

Ahora, si desde algunos medios privados se construye un juicio descalificador respecto de los públicos, veamos ahora cuál es la autoevaluación que se hacen, desde el interior, los involucrados en este proyecto. El siguiente diálogo con Rubén Montoya, director de *El Telégrafo*, nos permite entender mejor esa suerte de contrapunto que se ha establecido entre una corriente periodística que pretende constituirse como alternativa, y la matriz cultural dominante en cuanto al ejercicio del periodismo en el Ecuador.

Montoya comienza con una aclaración: “autoevaluarse es peligroso y suele ser injusto. Prefiero que lo hagan otros, los otros”, con lo cual deja planteado un primer nivel de auto-reconocimiento como distinto. Y pide tomar en cuenta que:

“*El Telégrafo*, el primer diario público, no es un diario remozado, relanzado, mejorado o empeorado. Es un nuevo diario. Cualquier evaluación que se haga de este primer año debe partir de eso. En todos los órdenes, este proyecto partió casi de cero. En lo editorial, sin duda alguna. Ser públicos era y es para nosotros fijarnos en el interés colectivo –no en ‘las mayorías’, puesto que ‘la mayoría’ es apenas la suma de decenas de ‘minorías’– y reflejar un país que no estuvo jamás en la agenda permanente de los medios: el país diverso, plural, marginado, lúdico y trabajador que es Ecuador”.

En efecto, como proyecto editorial, *El Telégrafo* propone una agenda diferente. Si tomamos como referencia los titulares de apertura en las portadas durante una semana escogida al azar, por ejemplo, la del lunes 2 al domingo 8 de marzo de 2009, resulta evidente que la preocupación está centrada en temas de interés social.¹² Veamos los titulares en primera línea seguidos de un breve comentario:

¹² Tomamos las portadas por tratarse de la parte más visible, de la puesta en escena de la información. En prensa escrita se entiende que la portada es la carta de presentación y en ella se pone en evidencia la orientación informativa de su contenido.

Lunes 2: “Cuarenta mil disputas por resolver detecta Senagua”

Se refiere a la recuperación del rol de Estado en el manejo del agua como un recurso estratégico, algo que no se había puesto en debate antes, puesto que el enfoque periodístico tradicional respecto del agua ha variado entre el ecologista y el paisajista.

Martes 3: “La promoción electoral costará US\$ 53 millones”

Una de las decisiones editoriales de *El Telégrafo*, durante el período de campaña electoral para las elecciones del 26 de abril de 2009, fue dar prioridad a la información relacionada con el proceso electoral y no con el proselitismo de las diversas tiendas políticas. De esta manera, se privilegió la información de servicio ciudadano y se dejó de lado los discursos y reyertas entre candidatos.

Miércoles 4: “La propaganda electoral se pasará por 534 medios”

En la misma línea, la información se concentra en las regulaciones a las que se someten tanto los movimientos y partidos políticos como los medios de comunicación respecto de la propaganda electoral. Este es el primer proceso electoral en el Ecuador con reglas claras y mecanismos de control y a eso el diario le ofrece espacio privilegiado.

Jueves 5: “Crisis mundial promueve asociación entre mineras”

Uno de los temas de mayor interés en el último año ha sido el debate entre los promotores y los detractores de la actividad minera en el Ecuador. El diario realiza informes periódicos acerca de la situación de las empresas mineras y sus procedimientos de trabajo con el fin de abonar más a la comprensión de este delicado tema.

Viernes 6: “La atención médica está en su máxima capacidad”

Las enfermedades invernales, el inicio del calendario escolar y la falta de organización dificultan el acceso de la población a los servicios de salud, especialmente en la región Costa. Un informe sobre este tema deja ver las falencias institucionales a la hora de responder ante situaciones calamitosas.

Sábado 7: “La Fiscalía actuará en delitos de ajusticiamiento”

El fenómeno de la justicia por mano propia y sus posibles soluciones es uno de los temas de mayor interés periodístico. Aquí, la política editorial es apuntar a las medidas legales al respecto y no a la espectacularidad de los casos de ajusticiamiento a supuestos delincuentes. Los procedimientos legales para denunciar estos casos y la educación ciudadana al respecto son los ejes de la información.

Domingo 8: “Mujeres ganan espacio en la política”

Una evaluación de los avances logrados por las mujeres en la última década en diversos aspectos, desde el desarrollo profesional hasta la participación política y cultural. Hacer visibles diversas formas y propuestas de vida es una de las premisas del diario público.

En suma, la prioridad informativa de este medio, en el período analizado, se la llevan: los recursos naturales como tema de interés público; la vigilancia ciudadana de los procesos políticos, la responsabilidad social de los medios de comunicación; el debate respecto del manejo de los recursos naturales; las demandas sociales de los sectores en emergencia; el control de la violencia; y la diversidad cultural.

La diferencia con el grueso de los medios privados resulta

evidente, puesto que en ninguno de los casos los titulares apelan al escándalo ni al espectáculo para vender. El medio público no solo debe ser distinto, sino abonar a una cultura y a un consumo distinto de los mensajes mediáticos. Ese proceso no se limita al discurso y la voluntad, sino que se construye mediante la práctica diaria de información de servicio público.

Veamos los titulares de apertura de *El Comercio*¹³ en esa misma semana

Lunes 2: “El OCP se alista para reanudar el bombeo”

Martes 3: “Ecuador retoma la minería”

Miércoles 4: “La Banca flexibiliza los requisitos para el hipotecario”

Jueves 5: “Larrea declara por su cita con Reyes”

Viernes 6: “El Central bajó al 2% el encaje bancario”

Sábado 7: “El banano, a buen precio”

Domingo 8: “Los nexos con las FARC se indagan” (con foto del presidente Correa de espaldas mirando hacia la Plaza Grande desde el balcón de Carondelet)

Salta a la vista que la prioridad la tienen los temas económicos (lunes, viernes y sábado), le siguen dos de interés económico-social (martes y miércoles), y dos sobre el conflicto fronterizo con Colombia (jueves y domingo) Respecto de este último tema, la mayoría de los medios privados ha concentrado sus esfuerzos en demostrar una supuesta complicidad del gobierno ecuatoriano

¹³ *El Comercio* de Quito, de propiedad de la familia Mantilla, de línea conservadora, fundado en 1906.

con la guerrilla colombiana de las FARC, a raíz del bombardeo del ejército colombiano a un campamento rebelde en la zona ecuatoriana de Angostura.¹⁴

La prioridad en la mayoría de medios privados, durante el año posterior a ese incidente, ha sido sacar a la luz cualquier indicio que pudiera reforzar esa tesis comprometedora para el poder político. Se han publicado informes, testimonios, documentos, casi siempre incompletos, pero suficientes para elaborar conjeturas al respecto. Poco o nada se dice respecto del peligro de regionalización del conflicto colombiano ni de las reparaciones que el Gobierno del Ecuador exige a su similar de Colombia por la invasión a su territorio.

Siguiendo esta línea, *El Universo*¹⁵ también prioriza la búsqueda de supuestos vínculos del gobierno, no solo con las FARC, sino con el narcotráfico, como consta en sus titulares de apertura del jueves 5: “Chauvin listo para traslado; Larrea declaró en reserva”, y del sábado 7: “Silva asegura que Larrea atendía los pedidos de Reyes”.

El Telégrafo pasa por una primera condición, la de ser distinto. En palabras de su director: “Intentamos ser distintos, no por el prurito de serlo, sino porque entendemos que lo público (lo colectivo, lo mayoritario) fue secuestrado y vaciado tal como se hizo con la institucionalidad. No sé si lo hemos logrado, pero el solo hecho de instalar en la cotidianeidad la idea de que la información es un derecho, y una obligación del Estado el proveerlo eficazmente, ya es un primer avance. Y también creo que para un análisis correcto debe tomarse en cuenta que procesos similares llevan décadas (¡décadas!) sin concretarse plenamente en Chile, Argentina, Colombia, Perú... Los enemigos conceptuales de

¹⁴ El 1 de marzo de 2008, que causó la muerte de 25 personas, entre ellas, el número 2 de las FARC, Luis Edgar Devia, alias Raúl Reyes.

¹⁵ *El Universo* de Guayaquil, de propiedad de la familia Pérez, de línea conservadora, fundado en 1921.

un proceso así son múltiples y, en nuestro caso, han sido más beligerantes dada la posición política del Gobierno que tomó la medida. Su contencioso (el del presidente Correa) con los medios privados exacerbó la discusión y la batalla hasta límites insospechados. Se nos ha atacado por el solo hecho de existir”.

1.2. La dimensión política del proyecto

El surgimiento de los medios públicos en el Ecuador es uno de los escenarios donde se pone con mayor evidencia la relación entre comunicación y política, que pretendemos dilucidar en este trabajo. Y parece que ese debate va para largo. Mejor, porque mientras más se ventilen las ideas más claras las posiciones. La mía es que la relación histórica y natural entre política y comunicación ha mutado en un enfrentamiento instrumental entre el poder político y el poder mediático y que, en medio de semejante gresca, la primera damnificada es la información como bien público o, lo que es lo mismo, los asuntos públicos en su dimensión simbólica.

No sé si lo ha hecho bien o mal, si ha medido o no el efecto de sus palabras, pero es indudable que el estilo confrontador del presidente Correa le ha permitido posicionar en la gente una actitud de alerta, un creciente espíritu crítico respecto de la calidad de la información, monopolizada por los medios privados durante décadas.¹⁶ En ese sentido, el representante del poder político ha provocado más debate de lo que el conjunto de los medios ha estado dispuesto. Más que lo que la misma academia ha logrado por causa de su excesiva autoreferencialidad. Por cierto, las formas y los mecanismos que ha utilizado el Presidente son materia de otra discusión.

¹⁶Periodistas como Emilio Palacio (*El Universo*), Carlos Vera (*Ecuavisa*, canal del que se separó recientemente) y Jorge Ortiz (*Teleamazonas*) son las caras más visibles de un periodismo de oposición que representa a los medios privados y han sostenido agrias disputas con el representante del poder político en el Ecuador.

Volviendo a nuestro tema, el enfrentamiento entre los poderes político y mediático en el Ecuador pasa también por la incorporación de la información como objeto de debate y escrutinio públicos, una demanda social a la que, curiosamente, se oponen los que, se supone, deberían estar más dispuestos, los medios de comunicación con abrumadora mayoría en manos privadas. La privatización del espacio público no se limita solo a la restricción del ingreso del ciudadano común a los llamados espacios regenerados, ni al aprovechamiento de la obra pública en negocios particulares, sino al uso de la información y su significado en beneficio del interés privado.

De ahí surge uno de los grandes equívocos de este debate, que consiste en regar la idea de que el poder político está en contra de la prensa crítica e independiente, como sostienen la Sociedad Interamericana de Prensa y sus medios afiliados.¹⁷ Le sigue otra gran distorsión, según la cual, la libertad de expresión es un derecho solo de los medios y sus dueños, sin importar lo que pase con la libertad de expresión y, sobre todo, con el derecho a la información de toda la sociedad. ¿A qué llaman prensa crítica? La actitud crítica no consiste en dictaminar lo que está bien o mal, sino en proponer un modelo de interpretación coherente y creíble de la realidad.

¿Qué prensa quiere Correa?, se pregunta la revista *Vanguardia*.¹⁸ ¿Qué importa la prensa que quiera Correa?, digo yo para situar la reflexión en otro campo. ¿Qué prensa estamos construyendo los periodistas, académicos y otros intelectuales con mayor o menor

17 En el informe de la última reunión de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) del 13 al 16 de marzo en Asunción (Paraguay) esta organización afirma, respecto del Gobierno del Ecuador, que: "continúa amenazando e insultando sistemáticamente a la prensa y a los periodistas" y que el presidente Correa "en su programa de radio y televisión de los sábados, describe un escenario según el cual el causante de casi todos los males del país es el periodismo". Los medios ecuatorianos se hicieron eco y se autodefinieron como prensa crítica e independiente.

18 Ver *Vanguardia*, edición 182 del 30 de marzo al 5 de abril de 2009.

participación en los medios?, sería la pregunta más procedente. ¿Estamos preservando o despedazando un bien público? Una manera de respondernos sería indagar dónde reside la censura y dónde se atenta más contra el derecho a la información, si en las esferas estatales o en los medios privados.

Un informe del Observatorio de Medios de la Universidad de las Américas, firmado por el investigador Fernando Checa,¹⁹ señala que las mayores amenazas al trabajo de los periodistas de medios escritos, radio y televisión no provienen del poder político, sino de factores internos y externos relacionados con los propios medios. Según ese informe, el 38 por ciento de 120 periodistas consultados afirma haber tenido que “sacrificar principios profesionales por temor a perder su trabajo”. La misma investigación señala también que el 44 por ciento de los periodistas se autocensura por presión de los dueños y directores, y que el 78 por ciento asegura que la mayor amenaza a su trabajo proviene de grupos de poder.

Detrás del falso dilema de una prensa crítica amenazada se oculta el secuestro de una enorme porción del espacio público, el de la información. Si hablamos de un acoso al trabajo periodístico en el Ecuador, ese acoso va por dentro de los medios tradicionales.

Entonces entra en juego otra de las premisas que orientan este trabajo, y es la comprensión de que el proyecto de periodismo público tiene una base fuertemente periodística, pero se inserta ampliamente en una dimensión histórica y política. Al respecto, Montoya prefiere ser cauto. Para él, este proyecto: “es, ante

¹⁹ Ver. Checa, Fernando, *De cómo viven y piensan la libertad de expresión y de prensa los periodistas ecuatorianos*, informe del Laboratorio de Medios de la Universidad de las Américas. Para una información más detallada, véase el informe que con el mismo título se encuentra en la sección “Investigaciones realizadas”, en www4.uamericas.edu.ec/labmedios, y en la revista *Ecuador Debate* # 75, CAAP, Quito, enero de 2009, pp. 117 - 129.

todo, periodístico. No es nuestra tarea cambiar la historia, sino reflejarla –en su compleja dimensión– lo más fielmente posible. Y si acaso cambiáramos la historia (es un supuesto) entonces no podríamos hacerlo sino a través de la utilización honesta de las herramientas de nuestro oficio. Creemos firmemente que ejercer sin fisuras el periodismo es nuestra contribución a un proceso irreversible de cambio social. Si lo viéramos desde la otra arista –desde el rol histórico, incluso el de rescate de un derecho– entonces correríamos el riesgo de utilizar al oficio en provecho de ‘El proceso’. Eso sería incorrecto. Si uno hace bien su tarea –la nuestra es el periodismo– aporta más y mejor. A la sociedad más que a un proyecto”.

Hacer bien el trabajo periodístico parece un objetivo simple y una práctica sencilla. Pero no lo es. Mejor dicho, no todo lo que se considera periodismo lo es. En el Ecuador, la cultura informativa generada por los medios privados ha impuesto asociaciones equívocas. Existe una fuerte tendencia en los periodistas a asociar escándalo con información, declaración con noticia, especulación con primicia, ajuste de cuentas con investigación, instantaneidad con eficiencia, entre otras. El reto del periodismo público, en un inicio, parece estar, no tanto en cambiar esas prácticas, sino en reducirlas al máximo. Esa tarea, por sí misma, copa gran parte del esfuerzo de despegue del proyecto.

Los periodistas tienden a seguir caminos previsibles y, en esa medida, sumarse a la corriente impuesta por la mayoría. Un hecho es noticia porque otros dicen que lo es. El periodista sigue una noticia no tanto porque considere que esta es importante, sino por el temor a quedarse solo, por miedo al aislamiento, como señala la investigadora alemana Elisabeth Noelle-Neumann,²⁰ al referirse a los procesos de construcción de la opinión pública. Según Noelle-Neumann, la gente le tiene más miedo a la soledad que al error en masa.

20 Ver Noelle-Neumann, Elisabeth, *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*, Paidós, Buenos Aires, 1995

1.3. La herencia de una cultura de medios privados

En abril de 2008, cuando la Asamblea Constituyente aprobó el mandato de eliminación del trabajo tercerizado²¹, los asambleístas lo celebraron con aplausos. Pero lo curioso era que entre los reporteros de los diversos medios que cubrían la Asamblea muchos también aplaudían a rabiar, porque sentían que, directa o indirectamente, esa decisión los beneficiaba.

Los reporteros se despojaban por un momento de la supuesta asepsia y neutralidad que las teorías positivistas de la información les han endilgado por mucho tiempo y se asumían como lo que son, trabajadores de prensa, con problemas laborales, angustias económicas y aspiraciones salariales, como la mayoría de ecuatorianos.

En medio de la pugna entre el poder político y el poder mediático, casi nadie se detiene a pensar en la situación de los reporteros, esos soldados rasos de la información, muchos de los cuales viven en permanente conflicto ético entre la obligación de guardar coherencia con las políticas laborales e informativas del medio en el que trabajan y el impulso de desertión motivado por esas mismas políticas.

Gabriel García Márquez decía que se inició en el periodismo como editorialista político pero que, poco a poco, fue escalando posiciones hasta acceder a la máxima jerarquía de reportero raso. Evidentemente, el escritor colombiano expresaba su visión idealizada del reportero como dueño de lo que informa, como

21 La Asamblea Constituyente se instaló en Montecristi entre diciembre de 2007 y julio de 2008 para redactar una nueva Constitución Política. El mandato 008, de abril de 2008, elimina la modalidad de empleo tercerizado, que consistía en que las empresas no empleaban directamente a sus empleados, sino mediante una tercera empresa, con lo cual evadían sus obligaciones laborales como los aportes a la seguridad social, seguros por riesgos en el trabajo, vacaciones, horas extras, entre otras.

responsable directo de la valoración que los medios hacen de los hechos, como un autorizado narrador de la realidad.

En los medios ecuatorianos ocurre todo lo contrario, pues al reportero le han asignado el último lugar en importancia dentro de la cadena de producción. Por eso es el que más trabaja pero el que menos gana, el que da la cara en la calle y aguanta las reprimendas cuando la gente piensa que su medio ha retorcido el significado de los hechos, el que tiene que escribir pese a que la carga de trabajo le ha quitado el alimento de la lectura, el que tiene que transmitir en vivo aunque muchas veces no entienda lo que pasa, el que se autocensura para sobrevivir o exagera para ganar puntos.

Aunque asoma como la cara visible de las distorsiones informativas –lo cual no siempre es cierto, por lo menos no siempre con intención–, el reportero vive además una relación de odio-amor con su empleador, con el responsable de su situación precaria. Si no, preguntémosnos ¿Quiénes hicieron que el prestigio social de esta profesión descendiera tanto en los últimos años? Los que mezclaron el periodismo con los negocios.

Es común ver todos los días a muchos trabajadores de prensa guardarse sus credenciales en los bolsillos o esconder sus micrófonos al ingresar a algún foro donde se discuten problemas que rozan de alguna manera el papel de los medios. ¿Quiénes les endosaron ese sentimiento de culpa, merecido en unos casos pero injusto en otros?

El gran reto del periodismo público no está solo en proponer una nueva manera de ejercer el oficio, sino evitar los vicios heredados de una cultura periodística proveniente de los medios privados. En el Ecuador, las facultades de comunicación no forman periodistas, es decir, no ofrecen a sus alumnos las destrezas técnicas ni las bases conceptuales del oficio en su

especificidad. Las facultades de comunicación entregan al mundo laboral unos egresados con un acumulado de conocimientos dispersos respecto de la comunicación, pero con una enorme deficiencia en cuanto al manejo de herramientas periodísticas. Lo usual es que los periodistas se formen en la práctica diaria del oficio, de la mano de otros que en su momento hicieron lo mismo. El resultado, un sector profesional con enormes deficiencias conceptuales y mínima capacidad de autocrítica. *El Telégrafo* tiene que lidiar con esa situación. En palabras de su director:

“Los vicios heredados del oficio privado son muchos y algunos de vieja data. El más severo de todos es la ausencia de rigor, la inconsciencia frente a la envergadura de nuestra tarea (el papel aguanta todo, piensan unos; lo que se publica es sagrado, replican otros, los menos). Hay una ligereza espantosa para manejar ese aspecto ‘sagrado’ del oficio: la certeza de los datos. Existe, por ello y como ejemplo, una tendencia general a dar por hecho un anuncio, un rumor, una opinión. Se confirma poco y se supone mucho. Junto a ello, una enfermedad devastadora: la opinionitis. El periodista, en general, cree que sabe mucho y que su opinión es la verdad, lo cual contamina un aspecto esencial en este trabajo: libertad de pensamiento. El periodismo es un modo distinto de pensar, no de escribir, no de opinar, no de presentar, sino de pensar. Y finalmente la autocensura, un mal heredado de medios que hicieron del periodismo exclusivamente un negocio. Acostumbrados, supongo yo, a que hay cosas que no se hacen -cubren- dicen, y menos en contra de los que pagan la factura, los auspiciantes. Algunos actuaban como si estuviera sobreentendido que tampoco acá se podrá informar sobre ellos. Eso pasó al principio, ya no. En el debe, luchamos permanentemente con la ausencia de rigor, nuestra principal herencia-deuda”.

En este punto, el reto de un medio público ya resulta agobiante. No solo se trata de hacer un periodismo distinto, de evitar caer

en los mismos errores que los privados, sino también de plantear un nuevo sentido del juego. En el Ecuador, el punto de quiebre se ha dado y la entrada en vigor de una nueva Constitución²² obliga a enfilar las reflexiones y las propuestas de acuerdo con el espíritu de la Carta Magna, que ya no es un ideal en disputa sino un cuerpo normativo que rige a esta sociedad y que busca su plenitud con el conjunto de leyes y reglamentos en proceso.

1.4. El sentido del juego

El debate que se produce dentro de esta nueva estructura del Estado abarca toda la gama de lo público y, por supuesto, ahí se incluye también el discurso público, ese territorio inestable donde los diversos actores sociales se disputan el control de los significados, y donde confluyen los poderes político y mediático ya sea como detractores o complementarios.

El poder político construye un discurso para imponer un modo de organizar y dirigir una sociedad, es decir, un modo de hacer. El poder mediático lo hace para imponer un modo de ver e interpretar, es decir, un modo de pensar. Entre los dos se legitiman o se impugnan según los intereses en juego.

Por eso es necesario volver la mirada hacia las condiciones de producción del discurso público en los medios de comunicación, puesto que su materia prima es la información y esta es un bien común en manos de unos trabajadores de prensa que producen bajo unas condiciones y unos imperativos de los que casi nadie se ocupa, ni siquiera los periodistas, pero inciden en la elaboración final de la información.

²²La Nueva Constitución se aprobó el 26 de julio de 2008 y entró en vigencia el 20 de octubre del mismo año. Introduce cambios en lo referente a la comunicación, entre los cuales destaca que el Estado “facilitará la creación y fortalecimiento de medios de comunicación públicos, privados y comunitarios” (Art. 17 numeral 2) así como la prohibición de que los grupos financieros tengan “participación en el control del capital, la inversión o el patrimonio de los medios de comunicación social” (Art. 312)

El pensamiento crítico respecto del periodismo muchas veces se limita a destacar la condición de las empresas mediáticas como entes ligados al capital privado y a la maximización de las ganancias. Nada más cierto que eso, pero hay que recordar que tal condición genera unas conductas laborales, y esas conductas, unos acuerdos y tensiones internas, y todo eso se manifiesta en una cultura periodística, es decir, en un modo de hacer y decir, cuyo resultado es lo que reciben los consumidores de medios.

Los periodistas desarrollan lo que Pierre Bourdieu llama un *habitus*,²³ que es la manera cómo las personas interiorizan sus condiciones de vida y, en función de ello, desarrollan un modo de actuar, un sentido del juego, y el sentido del juego periodístico muchas veces consiste en salir a la calle y regresar con algo que, aunque no califique como importante, sí lo haga como publicable, de lo contrario, alguien puede perder su empleo.

Por ello, una manera de aterrizar el espíritu de la nueva Constitución en lo referente al periodismo sería mediante una normativa que se ocupe de las condiciones de producción y la situación laboral de los trabajadores de prensa, que va desde los salarios bajos, jornadas promedio de 12 horas diarias, escasas oportunidades de formación, hasta normas disciplinarias que los obligan a vigilarse entre compañeros.

Existen periodistas de medios privados que estudian a escondidas de sus empleadores, porque la política administrativa, donde mandan los gerentes y no los periodistas, dice que el tiempo que estos emplean en estudiar disminuye su tiempo productivo. Es cierta también la crisis existencial de reporteros designados a fuentes permanentes como el Congreso Nacional (posterior Asamblea Nacional), la Presidencia de la República, las cortes y tribunales, donde agonizan procesando boletines y, después de diez años de hacer lo mismo, quedan imposibilitados de abrirse a otras áreas de producción intelectual.

23 Gutiérrez, Alicia, Op. cit.

Por ello, no basta con pensar y analizar solamente los discursos mediáticos, sino también las circunstancias de quienes los producen. Esta es una oportunidad para los trabajadores de prensa de plantear otras maneras de encarar su labor, otras condiciones de producción y con ello algo más grande, otro sentido del juego. Esto no solo significa una estrategia de sobrevivencia, sino una forma de relacionarse con las fuentes, una manera de mirar al poder, una manera de asumir la independencia. El sentido del juego es el andamio sobre el cual descansa la cultura periodística. En este caso, un medio público ¿cómo resuelve en la práctica el tema de la independencia respecto del poder político y la relación con las fuentes oficiales? La respuesta de Montoya es una apelación a ese nuevo sentido del juego que planteamos anteriormente.

“Jugándosela cotidianamente. No hay receta para esto, ni otra salida. Al menos yo no la veo. Hago de cuenta que (las presiones) no existen. Las oigo y paso. Uno acepta las presiones que quiere. Si no las quiere las rebota, las ignora, las desprecia o le causan gracia. Nadie nos obliga. Nadie nos censura (y no pueden considerarse censura las directrices del cuerpo mayor del diario, su Directorio).²⁴ Este proyecto ha gozado de una autonomía enorme, increíble diría. Impensable en un medio privado. Pero nadie nos la regaló. Hemos luchado por ella día a día, principalmente contra las fuentes que creen que este es el diario del Gobierno. Por mala fe o por ignorancia, estas no entienden que jamás un Gobierno podrá tener un diario. Los gobiernos pueden tener gacetas (como un colegio profesional, por ejemplo) pero ellas son órganos, legítimos por supuesto, de difusión de la propaganda gubernamental. Son solo eso, jamás un diario. Un diario, por esencia, está fuera del control

²⁴ El Directorio de *El Telégrafo* está integrado por: Melania Mora, Olga Aguilar, Janine Zambrano, Octavio Villacreces y César Monge, todos nombrados por la Agencia de Garantía de Depósitos (AGD), en su condición de accionista mayoritario a la fecha de constitución de ese directorio.

del interesado. Un ejemplo de lo que afirmo es *El Ciudadano*.²⁵ Propaganda pura, y legítima, pero ni rastro de periodismo”.

Este medio público nace con un estigma, un prejuicio arraigado, según el cual un medio financiado con recursos estatales necesariamente debe trabajar alineado a la política del gobierno de turno. La confusión existe y más de un funcionario se ha sentido con el derecho a llamar al diario a pedir que se publique tal o cual información, con el único argumento de que resulta de interés para el gobierno.

El testimonio de Rubén Montoya es más claro al respecto: “Cuando este proyecto se inició lo presentamos al Gabinete itinerante (y no pierdo de vista que la decisión fue de este Gobierno, del presidente Rafael Correa, y que sin su apoyo permanente y su convicción no seríamos, como proyecto, ni papel mojado). Fue en Gualaceo, en abril del 2008 me parece. Lo hicimos para que conozcan su perfil editorial y dejar marcada la cancha, si se me permite la informalidad. Al finalizar les dije, a los 50 ministros, subsecretarios, gerentes, directores y asesores allí reunidos bajo la dirección del Presidente: ‘*El Telégrafo* es y debe ser un diario del Estado, no del Gobierno. Su agenda es colectiva, no privada. Pero si el Gobierno de turno (empezando por este) no entiende su rol histórico en la consolidación del proceso, nos hará un gran daño. Ustedes pueden ser nuestros aliados... o nuestros enemigos. No les vamos a pedir ninguna prebenda, ninguna exclusiva, ningún trato preferencial, pero pueden estar seguros de algo: tampoco se los daremos. Vamos a publicar hechos, no anuncios; avances y logros, no expresiones de deseos. Ustedes son fuentes vitales de la información, no dueños de la verdad. Pero sin ustedes no lo lograremos; sin su comprensión de lo que debemos hacer, de lo que es nuestro oficio mediador entre el poder y los otros, no lo lograremos. Ustedes antes de ser

²⁵ Publicación de la Presidencia de la República con información completamente oficialista.

ministros son ciudadanos, y espero que junto a ello, patriotas. Decidan si quieren ser una ayuda inestimable para nosotros, o una piedra en el zapato'. Huelga decir que no todos se sintieron cómodos. Hemos sufrido sus embates en este año. Se quejan permanentemente en los gabinetes y los burós: al parecer quieren un trato amplio, preferencial, sin filtros. Pueden seguirlo haciendo, y sentarse. Cuando reclaman con razón, reconocemos el error (con dolor, en mi caso) y lo enmendamos. Así ha sucedido media docena de veces. Hay ministros y fuentes oficiales que entienden nuestra labor; la mayoría aún no. Cuando el reclamo es fruto del engrعيمiento del poder (y así lo dicho) tomamos nota de la desmesura y la archivamos como parte del bagaje. Piadoso silencio”.

Eso, como declaración de principios. En los hechos, esta investigación sí encuentra un caso de desbalance informativo en una entrevista al presidente-candidato Correa publicada el 10 de marzo de 2009,²⁶ en el contexto de una serie de entrevistas a todos los candidatos presidenciales para las elecciones del 26 de abril de 2009. El diario le dedica dos páginas, cuando al resto de candidatos dedica solo una. Cabe aclarar que, por esas mismas fechas, el 8 y 9 de marzo, diario *El Comercio* publicó también una extensa entrevista a Correa, en dos entregas, sin que por ello se pueda decir que ese medio haya sucumbido a algún tipo de presión por parte del poder político.

Queda pendiente la pregunta: ¿Se reproduce en este medio la misma dependencia que tienen los medios privados con el poder económico? En palabras de su director: “No se reproduce la dependencia que existe en (algunos, quizás muchos) medios privados con sus auspiciantes (y el poder siempre lo ha auspiciado, generosamente por lo demás). Hemos gozado, insisto, de una importante autonomía, y hemos sido ayudados

²⁶ Ver “*El rival a vencer somos nosotros mismos*”, entrevista, *El Telégrafo*, 10 de marzo de 2009

por varios agentes del Gobierno para que, por ejemplo, en la distribución de la propaganda gubernamental, no se cometa la injusticia de dejarnos fuera del reparto. No buscamos prebendas ni beneficios: queremos y exigimos un trato igual frente a los medios privados de igual envergadura que el nuestro. Pero tenemos una espada de Damocles: aún dependemos de las aprobaciones de varios funcionarios para manejar nuestras finanzas. Mientras no exista una normativa de medios públicos, que incluya el absoluto respeto a su autonomía editorial y garantice la sobrevivencia económica, el peligro es latente. Cualquier medio público puede ser víctima de las mismas presiones que agobian a los medios privados”.

¿Cómo hacer visible esa independencia en el proceso mismo de construcción de la información? Recuperando las prácticas del buen oficio. Un ejemplo ilustrativo de ello es el denominado caso Chauvín, que se origina en la presunta participación de un ex colaborador del gobierno de Correa en una red de narcotráfico. Este caso fue usado por los medios privados que, como ya se ha dicho, ejercen rol de la oposición, como una oportunidad para construir un acontecimiento, al cual denominaron un caso de narcopolítica, cuando ni siquiera se había investigado la relación de los acusados con las esferas del poder político y, menos aún, que este se encuentre infiltrado de narcotraficantes. Un caso aislado, al que los medios privados trataron de manera escandalosa, como veremos a continuación.

1.5. La noticia y el escándalo

En su edición del 8 de febrero de 2009 el diario *El Comercio* publica un reportaje titulado “Los coqueteos con el poder ahora pasan factura a la Aldhu”. Más que el contenido del texto, lo que llama la atención es el elemento gráfico, que consiste en colocar en pequeños cuadritos 15 rostros de personas relacionadas, unas con las FARC, otras con el narcotráfico, y

las restantes con los derechos humanos. El diseño incluye una serie de flechas que conectan unos rostros con otros como señal de una supuesta complicidad, pese a que las investigaciones no han concluido. El diario cita como fuente a la Policía Antinarcóticos, pero la intención es reforzar la tesis de que existen vínculos entre el gobierno del Ecuador, las FARC, ciertas organizaciones de derechos humanos y las redes del narcotráfico. Independientemente de lo que concluyan las investigaciones sobre este caso, al margen de si estas personas son responsables o no de aquello que se les acusa, el diario ya hizo escarnio público.

Al respecto, uno de los libros que mejor revela los vicios del periodismo no es un texto periodístico ni, mucho menos, académico. Uno de los mejores relatos acerca de las perversiones que se cometen en este oficio atraviesa varios capítulos de una novela llamada *La hoguera de las vanidades*, de Tom Wolfe. Esto, solo como dato comedido para quienes se interesen en el tema después de leer este trabajo.

Allí, el periodista y escritor estadounidense describe una práctica que tiene lugar todos los días y, en mayor o menor medida, en todos los medios de comunicación. Se trata de la construcción del acontecimiento, ese artificio que, en su expresión menos agresiva, consiste en adaptar los hechos para que calcen en el formato del medio y, en su expresión más irresponsable, en ponerle nombre a lo que no existe. Dicho de otra manera, en convertir las especulaciones y los prejuicios en noticias.

En la novela de Wolfe (surgida en gran parte de su experiencia periodística), un fotógrafo llega al extremo de narrar un chiste a un grupo de sospechosos de un delito horrible, para que estos se rían y él, rápidamente, capturar la imagen, que saldrá publicada al día siguiente bajo el título “Y además se ríen...”. Cierto, a

muchos también puede causar risa, no el cinismo, sino el ingenio motivado por la desesperación de construir un acontecimiento y venderlo como noticia.

Lo que no causa risa, porque solo tiene cinismo pero carece de ingenio, es la manera cómo algunos medios en el Ecuador construyen acontecimientos donde solo hay una suma de cabos sueltos, de pistas para investigar, de preguntas por resolver y, sin embargo, esos medios ya han emitido un dictamen que no les corresponde.

Además del caso señalado en *El Comercio*, está la manera cómo el canal *Teleamazonas*²⁷ subtitula las noticias relacionadas con la presunta participación del ex funcionario gubernamental, José Ignacio Chauvin, en una red de narcotráfico. Usa un letrero en la parte baja de la pantalla con la palabra “narcopolítica”. De fondo, aparecen las banderas verdes del Movimiento PAIS para reforzar el mensaje de complicidad. Ni siquiera ha concluido la primera fase de las investigaciones, pero ya los presentadores estrella de ese canal se refieren a ello como un caso de “narcopolítica”, una palabra que no se puede usar a la ligera por respeto a un proceso judicial que reclama una investigación rigurosa.

Me pregunto si estos presentadores conocen la diferencia entre un hecho y un caso o si entienden el alcance de la palabra ensamblada “narcopolítica”. Periodísticamente, un hecho es algo que altera un estado de cosas (por ejemplo, la entrega de un ex funcionario a la justicia) y un caso es el evento más representativo de una cadena de acontecimientos similares, relacionados entre sí como parte de una corriente mayor (por ejemplo, la comprobación final de que ese ex funcionario participaba, al igual que otros, en el delito del que se le acusa).

²⁷ En los tres noticieros diarios de ese canal se repitió varias veces esa imagen. Los presentadores Bernardo Abad y Jorge Ortiz se han referido al tema como un caso de narcopolítica.

La detención de Chauvín es apenas un hecho dentro de un presunto caso de narcotráfico.

En este mismo tema, vemos cómo cada cierto tiempo algunos medios ecuatorianos se entregan a actos de fe con los que sacralizan lo que antes satanizaban. Recordemos que en marzo de 2008 convirtieron en fetiche las computadoras de un guerrillero muerto al que siempre habían calificado como carente de toda credibilidad.²⁸ No hay en ello una intención de servicio público, sino una obsesiva búsqueda de escándalo.

Se olvidan de que la información es un acto permanente de mediación, y la mediación no es otra cosa que la intervención inteligente entre los hechos y sus significados. Los hechos que podrían involucrar a Chauvín con el narcotráfico son difusos y es tarea de las autoridades llevar las investigaciones hasta el final; después, establecer si tienen o no relación con las estructuras del poder político, y si hubo participación de otros altos funcionarios en ello. Es decir, si estiramos al máximo los conceptos, lo que podría estar en el horizonte es un “caso Chauvín”, pero queda mucho por investigar para poder hablar de un caso de “narcopolítica”.

La diferencia en el tratamiento de este tema entre unos medios privados, como *El Comercio* y *Teleamazonas*, con el de un medio público, radica en que este último evita la especulación. *El Telégrafo* cubre con todo el detalle posible el proceso legal. En ese sentido, no pide a las autoridades un tratamiento especial por tratarse de un medio estatal, ni busca informantes secretos que, como ya se sabe, siempre son parte involucrada en este tipo de procesos donde varios poderes se ponen en juego. El medio público realiza investigación propia para obtener datos

²⁸Las computadoras del guerrillero conocido como Raúl Reyes, fallecido el 1 de marzo de 2008 como consecuencia del ataque del ejército colombiano a la base subversiva en el sector de Angostura, en territorio ecuatoriano.

orientadores sobre un tema con enormes intereses políticos de fondo. Los periodistas están para dar cuenta de los actos de la justicia, no para ejecutarlos por ella; están para recabar la información, relacionar los hechos con su respectivo contexto, no para suponer lo que fue o lo que pudo ser. Las fuentes no oficiales relacionadas con este caso sirven a los reporteros del diario público como proveedoras de insumos para entender el peso de cada información, de cada fecha, de cada nombre involucrado. Pero de ninguna manera para dictaminar la culpabilidad o no de una persona.

2. Conclusiones

Pese a llevar apenas un año de circulación como medio público, *El Telégrafo* ha logrado proponer una agenda distinta y se ha constituido en una especie de áter ego de los medios privados tradicionales. No obstante, es un medio en etapa inicial, que tiene todavía por delante la tarea de consolidar una cultura de periodismo de servicio público. No ha superado, por ejemplo, la imagen de diario guayaquileño, cuando su función es ser un diario nacional. Como sabemos, Quito y Guayaquil constituyen la bipolaridad política, comercial y cultural que rige a la sociedad ecuatoriana, y esas tensiones macro se reproducen en el diario público, especialmente en los enfoques y las prioridades informativas. Las principales decisiones se toman en Guayaquil, pese a que en Quito está el centro del debate político y administrativo. El equilibrio regional todavía es un tema pendiente en *El Telégrafo*. La posibilidad de que este diario construya una escuela de periodismo público depende de cuánto logre consolidar su proceso de despegue y crecimiento. El trabajo de formar audiencias todavía es una tarea distante para el diario y no se encuentra en el horizonte inmediato.

En cuanto al producto periodístico mismo, destaca su sección “Opinión y Debate”, la cual ha incorporado nuevas voces

críticas que estaban relegadas en los medios privados. Jóvenes académicos, activistas, artistas, dirigentes sociales, tienen cabida en esta sección, que ha desplazado a las viejas y acartonadas páginas de opinión de los medios tradicionales. Existe un también destacable elemento narrativo que se despliega en las secciones “Retrato” y “Crónica”. La primera cuenta la vida de la gente común con sus historias fuera de lo común. La segunda es la recuperación de un género proscrito de otros medios bajo el argumento de que “la gente ya no lee”, pero recuperado por el diario, cuya intención es convertirse en un diario para lectores. La sección “Diversidad” refleja precisamente eso, los diversos modos de vida, mientras que “Zona Ciudadana” construye pedagogía ciudadana en deberes y en derechos. Por mencionar solo algunas de las más representativas.

Sin embargo, persisten las deficiencias en la parte informativa, representada por la sección “Actualidad”, donde el diario no ha podido todavía construir escuela periodística propia, debido a la cultura de trabajo heredada de los medios privados, que no ha podido ser desmontada en beneficio de este proyecto. En suma, *El Telégrafo* se construye todos los días bajo la táctica de superar en cada jornada por lo menos uno de tantos vicios rezagados del periodismo tradicional.

Quito, 28 de abril de 2009

Reporteros: cultura periodística, censura y autocensura¹

Junio, 2010

1. Aproximación teórico-metodológica

La doble mirada

Concebir y desarrollar una investigación sobre la cultura periodística, censura y autocensura en el Ecuador es una tarea compleja, especialmente si quien lo hace es periodista e investigador de la comunicación a la vez. La condición simultánea de periodista e investigador resulta ventajosa en términos generales, pero esa misma circunstancia genera una preocupación adicional, que es encontrar la manera de provechar lo mejor de las prácticas periodísticas y de los procedimientos académicos. Dicho de otro modo, en saber potenciar

¹ Este trabajo se realizó en el marco del proyecto Promoción y Fortalecimiento de la Libertad de Expresión, Libertad de Prensa y Derecho a la Comunicación en el Ecuador, ejecutado por el Programa de Estudios de la Comunicación de FLACSO-Ecuador con el auspicio de la Embajada de Holanda en el Ecuador. Modo de citar el documento original: Abad, Gustavo, *Reporteros: cultura periodística, censura y autocensura*, Informe de Investigación, Flacso-Ecuador, Quito, 2010

los aportes pero también en sortear los prejuicios vigentes en ambos sectores.²

No hay que olvidar que el objetivo final de este trabajo es construir un modelo interpretativo de la realidad, pero también una narrativa apropiada,³ que expongan con claridad desde qué lugar y desde qué experiencia –laboral e intelectual– nos proponemos dar cuenta de una realidad. Eso implica, entre otras cosas, consignar qué procesos, qué fuentes y qué insumos nos sirven de base para construir un relato confiable acerca de esa realidad.

Los periodistas trabajan con esquemas informativos y los investigadores lo hacen con modelos interpretativos. Sobra decir entonces que el resultado de cada uno se expresa en narrativas diferentes. La de los periodistas tiende a privilegiar lo factual, mientras que la de los investigadores se orienta más hacia lo conceptual, sin que esto signifique un esencialismo excluyente de parte y parte, sino más bien dos maneras distintas de organizar y difundir el conocimiento, pero igualmente válidas. La doble mirada consiste en aprovechar lo más significativo de ambos procedimientos y construir una narrativa que capitalice esos cruces, los haga visibles y, sobre todo, los ponga a dialogar entre sí.

De qué hablamos cuando hablamos de cultura periodística

Comencemos por aclarar qué entendemos por cultura periodística. No vamos a diseccionar los infinitos significados antropológicos del

2 Resulta ineludible esta aclaración de entrada, puesto que este trabajo refleja en gran medida una apuesta personal del autor de fortalecer tanto un método de investigación como una narrativa, que permitan poner en diálogo dos ámbitos de circulación de las ideas, como son el periodismo y la academia, que todavía viven de espaldas entre sí.

3 Entendemos por narrativas las diversas maneras de organizar un discurso a partir del reconocimiento de las condiciones en que se produce y de la intención con que se produce. El mundo contemporáneo está atravesado por una infinidad de narrativas, cada una de las cuales delata, en mayor o menor medida, un lugar social, político, cultural, desde el cual se habla, es decir, un lugar de enunciación.

concepto cultura, porque no es este el espacio ni el objetivo de este trabajo. Vamos, más bien, a situarnos en una perspectiva teórica que nos permita visualizar las estructuras de poder y su relación con los procesos ideológicos de comunicación y viceversa. En este caso, una perspectiva que tiene como marco de referencia la economía política de la comunicación, cuyo objetivo, en términos generales, es indagar y explicar de qué manera los poderes políticos y económicos se articulan con los espacios informacionales y culturales para determinar las formas de la vida democrática.⁴

Históricamente, los diversos modos de organización social se sustentan, más que en otros, en tres pilares fundamentales: la política, la economía y la cultura. En el contexto de los estados liberales modernos, los medios de comunicación son considerados instituciones fundamentales de la política y la cultura, (los otros son el parlamento y los partidos políticos) en tanto contribuyen a la deliberación racional acerca de los asuntos públicos.⁵ Si recordamos que la ideología liberal es precisamente la expresión racional e ilustrada del capitalismo, los medios de comunicación ocupan un lugar en esa base cultural que sostiene unas relaciones de poder dentro de ese modo específico de organización social.

De esta manera, los medios constituyen espacios culturales donde se generan actitudes, pensamientos, respuestas, discursos, prácticas,

4 Entre los diversos aportes del sociólogo belga Armand Mattelart está un panorama del proceso de formación de lo que se conoce como la tradición latinoamericana de los estudios de comunicación, donde se plantan las bases de la economía política de la comunicación. Otros investigadores, como César Bolaño, desarrollan líneas de investigación desde estos presupuestos. Ver: Mattelart, Armand, Prólogo (en Bolaño, César, Guillermo Mastrini y Francisco Sierra, *Economía política, comunicación y conocimiento: una perspectiva crítica latinoamericana*, La Crujía, Buenos Aires, 2005

5 Un recorrido minucioso acerca de la constitución del pensamiento liberal lo ofrece el filósofo alemán Jürgen Habermas, exponente clásico de la teoría sobre la esfera pública. Ver: Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Editorial Gustavo Gilli, Barcelona, 1994

etc., en función de las relaciones políticas y económicas dominantes y en función del lugar que ocupan ellos mismos en esa trama elaborada por los grupos de poder. En otras palabras, las luchas económicas y políticas también se llevan a cabo en el campo ideológico y cultural de la comunicación. Entonces cobra sentido el concepto de cultura periodística, como la principal categoría de análisis en torno a la cual indagar qué lugar ocupan, cómo actúan, cómo piensan, cómo producen, cómo se manifiestan, etcétera, los diversos actores que participan de ella, especialmente, los periodistas.

Así, la noción de cultura ligada a las prácticas periodísticas se puede resumir en tres aspectos fundamentales:

1. Un modo de hacer y producir (el régimen de propiedad y control)
2. Un modo de pensar y actuar (las condiciones y las exigencias bajo las cuales trabajan los periodistas)
3. Un modo de decir y narrar (los discursos y las prioridades informativas)

En conjunto, estos tres filones de análisis nos permitirán entender cómo se posicionan, cómo trabajan y cómo narran la realidad la mayoría de medios y periodistas ecuatorianos. Dar cuenta, en definitiva, de la cultura periodística en este país.

Para ello, buscaremos respuestas a las siguientes preguntas:

1. ¿Qué fuerzas imponen su marca en la cultura periodística ecuatoriana y qué lugar ocupan los trabajadores de prensa en ese complejo entramado de intereses y posiciones que son los medios?
2. ¿Tienen los medios ecuatorianos proyectos periodísticos claros -más allá de los presupuestos generales de la doctrina liberal y

de los manuales de estilo- que permitan a los reporteros discernir entre censura y autocensura?

3. ¿Qué procesos de negociación, qué estrategias de sobrevivencia, adoptan los reporteros con las instancias de dirección en situaciones que impliquen censura o afecten su libertad de expresión y su derecho al trabajo?
4. ¿Cómo entienden y cómo asumen los periodistas la responsabilidad social de esta actividad y de qué manera lo expresan en sus conductas profesionales, sus procesos investigativos y sus relatos acerca de la conflictividad social?

Una máxima que guía el trabajo periodístico dice que no hay que saber todo sino observar todo para saber hacer las preguntas correctas. En la investigación académica las preguntas correctas no se logran sin un proceso de reflexión teórica. Lo que sigue es un esfuerzo por lograr respuestas basadas tanto en observaciones y registros empíricos como en análisis y reflexiones teóricas.

Observación, vivencia y testimonio

Los hechos no hablan por sí solos, sino a través de los conceptos que les aplicamos y mediante los relatos que hacemos de ellos.⁶ Es decir, a un objeto real le corresponde un objeto construido. Esos conceptos y esos relatos tienen diversas texturas, profundidades, intenciones y, sobre todo, diversas relaciones entre el narrador y el objeto de su narración. No es lo mismo un investigador de la comunicación hablando de periodismo que un periodista hablando de su propia manera de entender este oficio. La distancia conceptual del investigador y la experiencia diaria del periodista, generalmente, van por caminos separados. Sin embargo, en algún punto tienen que

6 El sociólogo francés Pierre Bourdieu plantea como premisa del investigador la búsqueda del punto de encuentro entre la reflexión teórica y la constatación empírica en todos los niveles. Ver: Gutiérrez, Alicia, *Pierre Bourdieu: las prácticas sociales*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1995

darse la mano, tienen que encontrarse para producir un conocimiento nuevo. Esa es, precisamente, la apuesta de este trabajo.

Uno de los elementos en que se sustenta mayormente esta investigación es el testimonio de periodistas activos, vinculados a los medios de diversas maneras. Aquí el primer problema a resolver: ¿Cómo construir una muestra representativa de periodistas capaces de ofrecer un testimonio enriquecedor? En principio, la pretensión de una muestra es el balance, el equilibrio, la simetría entre los componentes del campo en estudio. En el campo escogido –medios y periodistas ecuatorianos– la pregunta evidente es: ¿En torno a qué debemos buscar el balance? Aparecen algunos criterios válidos: el régimen de propiedad del medio en el que trabajan (público, privado, comunitario...); el tipo de medio (radio, prensa, televisión, multimedia...); la trayectoria del periodista (años en el oficio); el perfil profesional del periodista (editor, reportero, investigador, crítico...)

Como en el Ecuador la cultura periodística se ha construido exclusivamente en los medios privados (95 por ciento), buscar un balance cuantitativo entre estos y los medios públicos, estatales y comunitarios (cinco por ciento) resulta forzado, puesto que la trayectoria y el impacto social de los primeros respecto de los segundos no tiene punto de comparación.⁷ También resulta forzado buscar un equilibrio cuantitativo por tipo de medios (radio, prensa, televisión, multimedia) debido a las diferencias técnicas, de procedimientos, de lenguajes y de impacto social entre ellos. Por tanto, lo más apropiado es buscar un balance cualitativo a partir de las características de los periodistas por su trayectoria y perfil profesional, independientemente del sector laboral y el tipo de medio en que trabajan.

De acuerdo con ello, buscamos los testimonios de: editores, investigadores y reporteros experimentados (ligados a temas políticos

⁷ Según el análisis realizado por la Comisión Ocasional de Comunicación de la Asamblea Nacional respecto de la redistribución de frecuencias que plantea el Proyecto de Ley de Comunicación.

y sociales); editores y reporteros en consolidación (igualmente ligados a temas políticos y sociales); cronistas experimentados (con manejo de géneros narrativos); y críticos de medios (académicos y periodistas) principalmente. Por supuesto, se tomó en cuenta que, en lo posible, el conjunto reflejara unos principios de proporcionalidad, diversidad de pensamiento y, sobre todo, capacidad de análisis y autocrítica, acordes con las características de una investigación cualitativa, donde la búsqueda no está tanto en el dato cuantitativo como en los elementos que faciliten la observación, la descripción y la interpretación de los comportamientos sociales en determinado contexto.

Es importante anotar que este estudio se produce en uno de los momentos de mayor tensión entre el poder político y el poder mediático en el Ecuador por el debate respecto de la Ley de Comunicación, entre la segunda mitad de 2009 y la primera de 2010. Entre el discurso radical del gobierno y la defensa corporativa de las empresas de medios han bloqueado un debate profundo acerca del periodista como sujeto social. El discurso dominante de los medios, según el cual todos los periodistas están unidos por la defensa de la libertad de expresión, ha impedido ver que en este sector existe una diversidad de pensamiento y de posiciones más allá de lo que muestra el discurso corporativo.

Todo indica que, en este debate específico, vivimos un momento de reafirmación de una racionalidad institucional que anula la diversidad individual de parte y parte. Un poder político que privilegia el corporativismo estatal (ministerios, secretarías, consejos, comisiones...) antes que la organización social (movimientos, colectivos, grupos...) y, a la par, un sector mediático que privilegia el discurso empresarial (libertad de expresión, independencia de los medios, objetividad de la información...) por sobre el pensamiento crítico (responsabilidad social, otros procedimientos informativos, capacitación...). Ambas posturas impiden hacer visible la condición de los periodistas como sujetos sociales y del periodismo como

una actividad intelectual de intervención social, cultural y política, que no puede estar exenta de una valoración social tanto de sus procedimientos como de sus resultados.

Verbalizar la experiencia

En principio, el testimonio es un relato personal y podría quedarse en el nivel anecdótico si no tuviera, al mismo tiempo, la capacidad de revelar las vivencias más representativas de una colectividad. Esa doble condición, individual y colectiva, otorga al testimonio un profundo significado histórico, social, cultural y político, es decir, las mismas preocupaciones que están en la base de la actividad periodística.

En ese sentido y, de acuerdo con el planteamiento de John Beverley, el testimonio también puede ser entendido como una “narración de urgencia”,⁸ en la que el protagonista dice algo que atrae una mirada política de los demás respecto de su experiencia, especialmente si detrás de esa experiencia subyace un estado de injusticia social. De esta manera, el testimonio tiene un efecto comunicacional y político, porque es una voz que interpela no solo al interlocutor, al lector o a cualquier destinatario final de su relato, sino al sistema mismo y al modo de organización social que sostienen y reproducen esa situación.

En el caso de un estudio sobre la cultura periodística, censura y autocensura en el Ecuador, el testimonio resulta fundamental, porque concentra las vivencias, las reflexiones, las contradicciones, los fracasos, las angustias y las aspiraciones de quienes ejercen este oficio en medio de unas condiciones que casi nunca han sido motivo de debate público. Al mismo tiempo, permite sacar a flote las tensiones internas y externas en medio de las cuales se produce el

8 Beverley, John, “Anatomía del testimonio” (en *Del Lazarillo al Sandinismo: estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*, Minneapolis, 1996)

relato periodístico y que se pueden resumir con lo que el investigador Patrick Champagne denomina la “doble dependencia”,⁹ es decir, los conflictos entre los valores éticos del periodismo y los compromisos económicos y políticos de la empresa periodística como tal.

No obstante, la producción de los mensajes informativos es un proceso mucho más complejo. Ahí también entran en juego aspectos como la formación intelectual y la competencia profesional de los periodistas, su mayor o menor cercanía con determinada corriente política, su identificación con determinado sector social, la satisfacción o incumplimiento de sus derechos laborales, entre otros. El recurso más expedito para registrar esta complejidad social es el testimonio de la gente directamente involucrada, como son los reporteros y otros trabajadores de prensa.

Por ello, este informe sobre cultura periodística en el Ecuador implica un esfuerzo narrativo por articular un acumulado de testimonios con un conjunto de reflexiones que nos permitan leer diversos hechos significativos en torno a la relación entre comunicación, cultura y política. Por la misma razón, hemos escogido una narrativa que llamaremos ensayo periodístico¹⁰ por ser la que permite, mejor que otras, recoger y aprovechar los aportes de la práctica periodística y de la reflexión teórica que, a la larga, no son otra cosa que dos maneras distintas de verbalizar la experiencia.

9 Champagne, Patrick, “La doble dependencia. Algunas observaciones entre los campos político, económico y periodístico” (en Gauthier, Giles, André Gosselin y Jean Mouchon, comp., *Comunicación y política*, Gedisa, Barcelona, 1998)

10 El texto periodístico tiene la pretensión de reflejar la realidad mediante el registro, la contrastación y la narración de hechos. El texto ensayístico procura, en cambio, poner a dialogar diversas visiones y elaboraciones conceptuales sobre un determinado estado de cosas sin perder el asidero en lo real. Entonces, el ensayo periodístico ofrece la posibilidad de construir un relato con eminente vocación interpretativa, pero sin renunciar a una base empírica, en este caso, a un registro de los principales indicios de la cultura periodística ecuatoriana.

2. Rasgos principales de la cultura periodística ecuatoriana

2.1 Propiedad y control

Ya hemos dicho que los medios de comunicación ocupan un lugar en la extensa base cultural que sostiene las relaciones económicas y políticas de poder. En otras palabras, la reproducción objetiva de la sociedad (campo de la política y la economía) se complementa o se confronta con la reproducción simbólica (campo de la comunicación y la cultura) según el momento histórico. En ambos campos se producen desigualdades y tensiones entre los que tienen el control y los que aspiran a tenerlo¹¹. En los medios se expresan esas tensiones entre los ideales democráticos del periodismo y los compromisos políticos y económicos de la empresa periodística; entre las conductas individuales de los trabajadores de prensa y las demandas productivas de la corporación a la que pertenecen.

En el caso ecuatoriano, dominado por una mayoría de medios privados, la propiedad y el control es uno de los rasgos determinantes de la cultura periodística. Las relaciones de poder internas, las asimetrías de fuerza entre instancias gerenciales e instancias periodísticas, la mayor o menor capacidad de los trabajadores de prensa para incidir en las agendas informativas y en las políticas empresariales, los derechos colectivos de los periodistas como sujetos sociales, entre otras cosas, obedecen a la modalidad de propiedad y control privado.

De esta manera, el sector periodístico ecuatoriano adquiere un perfil cuyos rasgos más visibles son, entre otros, la debilidad

¹¹ Uno de los temas centrales de la teoría sociológica de Bourdieu es precisamente la teoría de los campos, concebidos como espacios en disputa y cuya estructura refleja el resultado de la correlación de fuerzas de quienes intervienen en él. Los que monopolizan el control ejercen estrategias de conservación en contra de las estrategias de subversión de quienes lo impugnan. Ver: Bourdieu, Pierre, *Sociología y Cultura*, Grijalbo, México, 1990

organizativa de los trabajadores de prensa, la carencia de procesos de formación de periodistas, la poca capacidad de intervención de las organizaciones gremiales, y la falta de claridad en los procesos de profesionalización, como veremos a continuación.

Breve perfil del sector periodístico

Aunque no hay una entidad que lleve datos exactos, las cifras aproximadas señalan que en el Ecuador funcionan alrededor de mil medios de comunicación, entre radio, prensa y televisión. No hay registro certero de los medios digitales que también ofrecen información periodística. También funcionan aproximadamente 15 agencias de noticias internacionales y 15 corresponsalías de medios extranjeros en Quito.¹²

El Consejo Nacional de Telecomunicaciones (Conatel) registra 849 radios y 84 canales de televisión abierta. Esa entidad no registra los canales por cable. En cuanto a los impresos, la Asociación Ecuatoriana de Editores de Periódicos (AEDEP) registra alrededor de 20 socios entre diarios y revistas, aunque se calcula que los medios impresos de carácter masivo (no entran en este grupo los órganos de comunicación institucionales ni gremiales) bordean los 100 en todo el país, entre diarios y revistas.

De este conjunto, alrededor del 95 por ciento es de propiedad privada. El cinco por ciento restante se divide entre públicos y comunitarios. Como ya se ha dicho, la cultura periodística en este país es producto exclusivo de las prácticas cultivadas en los medios privados. No hay huellas visibles de medios con otro régimen de propiedad que hayan tenido un gran protagonismo o hayan dejado una huella notoria en la construcción del debate y el discurso público en el Ecuador. El apareamiento de medios

¹²Según referencia del Directorio de la Comunicación (6ta. edición), editado por la Asociación de Prensa Extranjera en el Ecuador, que ofrece datos sobre aproximadamente 500 medios, incluidas las corresponsalías provinciales de los medios nacionales de radio, prensa y televisión.

públicos es un hecho reciente, cuyo proceso de consolidación es incierto, especialmente por la ausencia de una normativa que logre blindar a estos medios de las injerencias del poder político.¹³

No existen datos exactos del número de periodistas activos, incluidos reporteros gráficos o fotoperiodistas. La Unión Nacional de Periodistas (UNP) registra aproximadamente 1.700 socios en todo el país, de los cuales 650 están en Pichincha. Por su parte, el Colegio de Periodistas de Pichincha (CPP) registra 900 socios en esta provincia. La entidad que cobija a los colegios de periodistas es la Federación Nacional de Periodistas (FENAPE).

Sin embargo no todos los periodistas y trabajadores de prensa están agremiados. Tampoco existen datos de cuántos trabajan en la modalidad conocida como *free lance*, que tiene una notable vigencia en este sector. Según datos del CPP, apenas un 10 por ciento de sus 900 afiliados en Pichincha ejerce el periodismo en medios masivos. El resto trabaja en relaciones públicas, comunicación corporativa, publicidad, comunicación para el desarrollo, proyectos y asesorías, y un número muy reducido en docencia e investigación de la comunicación. En el caso de la UNP, se calcula que no más de un 30 por ciento de sus 1.700 socios en el país trabaja en medios. El resto también se dedica a actividades como las descritas arriba.

Destrezas de sobrevivencia versus procesos de formación

La formación de periodistas y otros trabajadores de prensa tiene diversas vertientes. En primer lugar, las facultades de comunicación, donde predomina una formación generalista y muy poco cercana a la práctica periodística real. En segundo

¹³En estricto sentido, los medios públicos son tres: *El Telégrafo*, *ECTV* y *Radio Pública*. No entran en este grupo los canales incautados como *TCTelevisión*, *GamaTV* o *Cable Noticias*. Tampoco los órganos de propaganda oficial como *El Ciudadano*. La injerencia del poder político en estos medios ha sido motivo de un amplio debate en los últimos dos años.

lugar, los propios medios, donde los graduados o egresados de comunicación adquieren, sobre la marcha, unas destrezas de sobrevivencia y se olvidan de la reflexión y la autocrítica sobre su trabajo. En tercer lugar, están los profesionales formados en otras áreas de las ciencias sociales (Historia, Letras, Sociología...) cuya vocación periodística los motiva a aprender, con mayor o menor suerte, los fundamentos del oficio en los propios medios y, generalmente, obtienen mejores resultados que los que provienen de la comunicación.

Una de las características del sector es la ausencia de procesos de formación y capacitación para los trabajadores de prensa. No existen en el Ecuador programas académicos de cuarto nivel que ofrezcan una formación específica en periodismo o que hagan énfasis en algún aspecto de esta actividad. Tampoco las empresas dueñas de medios tienen entre sus prioridades el mejoramiento del nivel profesional de sus reporteros. En el mejor de los casos, son los periodistas con más años quienes ejercen de instructores de los nuevos, lo cual impide romper la autoreferencialidad en este campo. Salvo contadas excepciones,¹⁴ los denominados “referentes” del periodismo ecuatoriano no exhiben aportes significativos y, en su gran mayoría, detentan una autoridad reducida a ciertas salas de redacción y algunos estudios de radio y televisión. No han creado una escuela periodística, no han diseñado programas de formación, no han sistematizado una línea de investigación, tampoco son exponentes de alguna narrativa periodística en particular. En otras palabras, difícilmente pueden exhibir algún cuerpo sistemático de conocimientos –libros, ensayos, cátedras– que aporten a la formación de las nuevas generaciones.¹⁵

14 El periodista Juan Carlos Calderón presentó el 24 de junio de 2010 la Escuela Permanente de Periodismo de Investigación (EPPi), en convenio con el Centro Internacional de Estudios de Periodismo y Comunicación para América Latina (CIESPAL).

15 En el contexto de la confrontación entre el poder político y el poder mediático en el Ecuador, una de las respuestas de las empresas de medios ha sido una

Durante el seminario-taller *Periodismo y Responsabilidad Social*, organizado por el Programa de Comunicación de la FLACSO, el 21 de octubre de 2009, los aproximadamente 60 participantes expresaron que una de sus necesidades urgentes es el acceso a estudios de cuarto nivel sobre periodismo, puesto que la oferta de las empresas mediáticas no solo es limitada en ese aspecto, sino que, en la mayoría de casos, existe una fuerte oposición a que los periodistas accedan a procesos de capacitación, por considerar que eso disminuye su tiempo productivo. Existen casos de periodistas que estudian sin el conocimiento de sus jefes.¹⁶

En gran medida, esto se debe a que en los medios predomina un discurso que privilegia los hechos antes que las reflexiones. Ese desprecio por la reflexión está regado por todo el sector periodístico. Incluso periodistas ganadores de premios nacionales por su trabajo se reivindican como “periodistas de hechos y no de conceptos”, y desconocen el valor de la crítica por considerar que esta proviene de “intelectuales que nunca han pisado una sala de redacción”. La vocación factual es una marca del periodismo ecuatoriano. La contextualización, el efecto social, el trasfondo histórico de los hechos quedan en segundo plano. Los periodistas, en su mayoría, no logran producir relatos de mayor profundidad que el de la noticia coyuntural, como lo veremos más adelante, cuando nos referiremos a la crisis del narrador y la pérdida del sujeto histórico.

El primer mensaje que recibe un periodista joven cuando ingresa a un medio es que se olvide de lo que aprendió en

cadena de homenajes a los denominados “referentes” del periodismo nacional, como Carlos Vera, Alfonso Espinosa de los Monteros, Emilio Palacio, Jorge Ortiz, quienes solo pueden exhibir una acumulación de años en los medios. Ver: Abad, Gustavo, “¿Referentes de qué?” (análisis), *El Telégrafo*, 21 de septiembre 2008.

¹⁶ En respuesta a una importante demanda social, el Programa de Estudios de Comunicación de la FLACSO-Ecuador dará inicio, en marzo de 2011, al Diplomado Superior en Periodismo y Responsabilidad Social, dirigido, de manera prioritaria, a periodistas activos en medios de comunicación y a otros profesionales vinculados con la información y el periodismo.

la universidad, porque en la práctica eso resulta un estorbo. “Para trabajar en la sección Política de un diario no te sirven la teoría política, ni la historia del Ecuador, ni las corrientes de pensamiento, sino la lista de teléfonos de todos los diputados para entrevistarlos y verificar que la grabadora tenga pilas”, repetía constantemente una periodista a los estudiantes de una universidad privada, donde trabajaba – mejor dicho, hacía daño– como docente.¹⁷

Organizaciones gremiales: reorientarse o desaparecer

Las organizaciones que aglutinan y representan, al menos en la normativa, a los periodistas son la Unión Nacional de Periodistas (UNP) y los colegios profesionales (con presencia en 18 provincias del país) como el Colegio de Periodistas de Pichincha (CPP) con sede en Quito. El marco normativo de estas organizaciones está en la Ley de Ejercicio Profesional del Periodista¹⁸ y el Código de Ética Periodística.¹⁹ Sin embargo, en la práctica, ninguna de ellas ha podido intervenir legalmente en asuntos laborales o conflictos entre los periodistas y sus empleadores, y tampoco pueden exhibir acciones concretas destinadas a mejorar las condiciones laborales de los periodistas, como salarios dignos, estabilidad laboral, beneficios sociales, respeto a la libertad de expresión, entre otras.

Aparte de su escasa capacidad de intervención, estas organizaciones han restringido su trabajo a la defensa de los periodistas graduados de las facultades de comunicación,

17 Una tendencia de las universidades ecuatorianas es contratar periodistas destacados para que ejerzan como docentes. Sin embargo, no todos estos periodistas han desarrollado un método pedagógico ni han sistematizado sus conocimientos de manera que puedan ser transmitidos de manera ordenada. Como resultado, muchos agotan su discurso en la segunda o tercera sesión de clases y el resto del curso se convierte en un largo y penoso anecdotario personal.

18 Publicada en el Registro Oficial del 30 de septiembre de 1975, durante la dictadura militar comandada por el general Guillermo Rodríguez Lara.

19 Promulgado en el Registro Oficial N° 120, del 4 de febrero de 1980

en contra de los que provienen de otras áreas de las ciencias sociales. Esto les ha impedido plantear líneas de trabajo en defensa de los trabajadores de prensa en general. Se han limitado a promover cursos, seminarios, talleres, mesas redondas, y otras actividades de actualización profesional, pero nada en cuanto a derechos laborales y garantías para el ejercicio profesional. Así, la base organizativa e institucional de los periodistas es todavía débil.

Hay quienes están dispuestos a replantear la misión institucional de estas organizaciones. Entre ellos, René Espín, presidente del CPP. “Las organizaciones de este tipo deben marcar una gran diferencia entre lo que es una organización gremial y una sociedad de profesionales, porque son dos conceptos distintos. Cuando hablamos de gremio, hablamos de personas especializadas a través del oficio. El oficio, como tal, tiene un proceso de perfeccionamiento y aprendizaje, pero que no necesariamente lleva a la construcción de teorías, conceptos, métodos o herramientas. Ahí está la diferencia entre un aprendizaje desde la teoría y los conceptos y un aprendizaje desde la experiencia y la práctica”.

Por ello, Espín cree que su organización debe reorientarse y actuar como una sociedad de profesionales, cuya misión sería la construcción de conocimiento. El CPP no es un referente ni una voz significativa en el debate sobre la comunicación. Tampoco es un interlocutor con suficiente peso frente a las empresas periodísticas, la academia, el Estado y la sociedad en general. “Una organización de profesionales supondría contar con los elementos para desarrollar el capital social e intelectual de la comunicación en el país. Por ejemplo, deberíamos proponer, evaluar, incluso cuestionar los pénsus de estudios universitarios”. De lo contrario, cree Espín, organizaciones como el CPP están encaminadas a desaparecer.

El dilema irresuelto de la profesionalización

Aunque los socios del CPP aportan una cuota mensual, eso apenas alcanza para salir de apuros en los gastos administrativos. En la práctica, la supervivencia de la institución es el resultado del voluntariado. La institución terminó de perder el poco peso que le quedaba con el fallo de la Corte Constitucional de marzo de 2008,²⁰ que elimina la obligación de los periodistas y otros profesionales de pertenecer a un gremio o colegio profesional para ejercer el periodismo informativo, como consta en la Ley de Ejercicio Profesional del Periodista. No obstante, lo que hizo la Corte fue ratificar lo que ya ocurría en la práctica, que nadie respetaba esa ley.

Con ello, se debilitó aún más la base institucional que podría haber sostenido los procesos de profesionalización, ausentes en los medios. Por ello, la reorientación de las organizaciones periodísticas también implica entender de otra manera el concepto de profesionalización, que hasta ahora se ha usado como sinónimo de titulación, pero no es lo mismo.

La posesión de un título universitario en comunicación no garantiza, por sí sola, la idoneidad de su dueño para ejercer el periodismo. La profesionalización significa un proceso de formación continua, de adquisición de conocimientos, métodos y herramientas –conceptuales e instrumentales– que habiliten a los periodistas como narradores confiables de la realidad y de la complejidad social, independientemente del título académico.

Así, en el transcurso de esta investigación y, a partir de los testimonios obtenidos, se ha podido identificar cuatro grandes falencias entre los periodistas ecuatorianos.

²⁰ El 13 de Octubre del 2007, el Ejecutivo presentó una demanda ante el entonces Tribunal Constitucional para anular la obligatoriedad de la agremiación o colegiatura que se exige a varias profesiones, entre estas la de periodista.

1. Legislación: no conocen el marco normativo de su actividad, sus alcances y sus límites.
2. Ética: en ningún medio ecuatoriano se debate acerca del concepto de responsabilidad social, lo cual se expresa en la confusión frecuente entre información, opinión y activismo político.
3. Historia política y económica: editores y reporteros tienen muchas dificultades para situar los hechos en perspectiva histórica por su desconocimiento de los procesos de formación de las sociedades contemporáneas.
4. Lenguaje: los medios y los periodistas han descuidado su principal herramienta, como es el lenguaje, y no han podido renovar sus narrativas ni ensayar otros relatos de lo social.

El efecto directo de esta situación para los periodistas y trabajadores de prensa es que se incrementa su situación de vulnerabilidad frente a las arbitrariedades de las empresas. El periodista se vuelve un sujeto prescindible, que puede ser reemplazado en cualquier momento por otro que llene fácilmente las pobres exigencias profesionales de los medios. Por ello, el despido, la censura, los abusos cometidos contra los periodistas por sus empleadores no tienen la mínima repercusión social. En los tres últimos años, decenas de periodistas y otros trabajadores de prensa perdieron sus puestos de trabajo en *El Comercio* y *El Universo*, los dos principales diarios de Quito y Guayaquil respectivamente, sin que alguna instancia legal ni organización social asumiera su defensa.

En noviembre de 2009, murió Fernanda Gómez, una joven periodista, a causa de un derrame cerebral. Ella estuvo varios meses sin trabajo y, entre los periodistas, son conocidas las dificultades económicas y anímicas que pasan los colegas

desempleados. Según sus amigos más cercanos, no tenía seguro de enfermedad ni de muerte y tampoco su paso por los diversos medios en los que trabajó le había dejado ingresos suficientes como para soportar un período de desempleo. Un grupo de compañeros organizó una peña para ayudar a su familia en los gastos del funeral.

2.2 Prácticas y condiciones de producción

Uno de los aspectos más llamativos del periodismo es que quienes lo ejercen son objeto de dos representaciones sociales marcadamente contradictorias. Por un lado está un imaginario que ubica al periodista como un tenaz investigador, un lúcido analista y un valiente defensor de la democracia y la libertad de expresión. Un tipo que se las juega, según la versión idealizada. Por otro lado, el periodista también es concebido como un escritor superficial, un profesional del escándalo y, muchas veces, como un arribista que aprovecha su posición para ascender socialmente. Un tipo poco confiable para muchos críticos de esta actividad.

Los periodistas no son ni lo uno ni lo otro. Mejor dicho, no resultan más contradictorios que otros profesionales a quienes también se puede mirar con la misma ambivalencia como, por ejemplo, los médicos (defensores de la vida, para unos, pero también usureros de la salud, para otros), los policías (garantes de la seguridad, en unos casos, pero también violadores de los derechos humanos, según cómo apliquen la fuerza), o los académicos (constructores de conocimiento, en términos generales, pero también intelectuales intrascendentes, cuando se quedan enclaustrados) entre otros. Al igual que la mayoría de profesionales de cualquier área, los periodistas y otros trabajadores de prensa están inmersos en una red de tensiones que repercuten en la calidad de su trabajo. La diferencia es que el suyo es más visible que otros porque se expresa en un

producto simbólico de consumo masivo, como es la información mediatizada.

Entonces, es necesario entender que la complejidad del campo de los medios y la información hace que los periodistas desarrollen lo que el mismo Bourdieu llama un *habitus*,²¹ que es el resultado de un proceso de interiorización de las condiciones externas de vida, que se revierte en la disposición a actuar de una determinada manera más que de otras.

El proyecto de Ley de Comunicación que se debate en la Asamblea Nacional es muy escueto y no rebasa el nivel declarativo en lo relacionado con las condiciones laborales de los trabajadores de prensa.²² Por ello, en lugar de un punto de llegada, esta ley podría ser un punto de partida para replantear las condiciones de producción y la situación laboral de este sector.

El periodista constituye una suerte de proletario intelectual, a quien las empresas de medios explotan, no tanto su fuerza física como a los clásicos trabajadores industriales, sino especialmente su fuerza mental, su espíritu y su psiquis. Entre los testimonios recogidos para este informe, varios se refieren a la salud mental de los periodistas como un asunto de salud pública del que nadie se ocupa.

En abril de 2008, la Asamblea Constituyente aprobó el Mandato 008 que elimina la modalidad de trabajo tercerizado²³. Pocos días después de la decisión tomada por la Asamblea Constituyente,

21 Bourdieu, Pierre, Op. Cit.

22 En el proyecto para primer debate, los artículos 23, 24, 25 y 26 se referían de modo escueto a este tema. Al cierre de esta investigación, 15 de junio de 2010, el proyecto no había llegado a segundo y definitivo debate.

23 Esto obliga a las empresas a integrar a todos los trabajadores a sus nóminas y respetar sus derechos laborales, como afiliación al seguro social, vacaciones pagadas, décimo tercero y décimo cuarto sueldos, entre otros.

los dueños de la fábrica “Pinto” llamaron a los medios para que fueran testigos de cómo esa decisión afectaba el empleo y la estabilidad laboral. Frente a las cámaras despidieron a decenas de trabajadores y anunciaron que trasladarían sus negocios a otros países que les ofrecieran mayores “garantías para la generación de empleo”. El periodista Roberto Aguilar, quien tenía a su cargo una columna de opinión llamada “Ecuadorianos”, en el diario *El Comercio*, escribió un artículo titulado “Creadores de empleo”,²⁴ en el que criticaba el doble discurso de los empresarios, que se basan en el credo neoliberal de la flexibilidad laboral para el desarrollo del capital, pero no para beneficio de los trabajadores.

“Según esta religión, las empresas tienen que ser ‘flexibles’, palabra que despierta sólo asociaciones positivas. Flexible significa elástico, maleable, amoldable y por tanto ágil, dinámico, resistente. Cosa curiosa: la única circunstancia en la cual los empresarios reivindican la flexibilidad es cuando despiden trabajadores, nunca cuando los contratan. La suya es una elasticidad que sólo se encoge. Más que flexibles, son retráctiles.”, decía parte del texto. Aguilar fue despedido al día siguiente, sin que hasta ahora, dos años después, haya recibido una explicación válida en términos periodísticos, según su testimonio ofrecido para este informe.

Si bien nunca le dieron una explicación satisfactoria, queda claro que todo se debió a que el periodista transgredió el sentido del juego vigente en ese medio. Aunque ningún directivo o editor había dado la orden explícita de no criticar a los empresarios, la coyuntura política dictaba el sentido del juego y decía que eso era peligroso. Entonces el periodista hizo algo que todos sabían que no se podía hacer sin sufrir las consecuencias. Dijo

24 Ver: Aguilar, Roberto, “Creadores de empleo”, (Opinión) *El Comercio*, 19 de abril de 2008. El artículo se publicó en la versión impresa pero ha sido imposible ubicarlo en la versión en línea.

algo con lo que todos estaban de acuerdo, pero que resultaba “inconveniente” decirlo, aunque en periodismo no existe esa categoría. El sentido del juego no es racional ni explícito. Es algo que se sabe o no se sabe. Es una disposición intuitiva a actuar de una manera y no de otra, sin que medie un proceso reflexivo previo. Todo indica que Aguilar transgredió el sentido del juego y, como consecuencia, fue despedido y el periodismo ecuatoriano perdió a un exponente del pensamiento crítico.

“Yo fui expulsado de un periódico por expresar una opinión, que simplemente fue catalogada como ‘inconveniente’. Durante quince días exigí que me expusieran argumentos editoriales para su decisión: ¿estaba mintiendo, falseando la verdad, exagerando? No hubo argumento periodístico para descalificar mi artículo, sino la palabra ‘inconveniente’. Entonces hay que entender que era ‘inconveniente’ para las relaciones comerciales y políticas de Guadalupe Mantilla. Este rato soy un disidente y con problemas laborales. Me he pasado 25 años de mi vida en el periodismo. Comencé en el 84 y no sé hacer otra cosa...”

Aunque lo suyo fue, en principio, un despido y no una decisión personal de renunciar, este periodista tomó después la decisión de no regresar a un medio, algo que en este mismo informe desarrollaremos más adelante como la disidencia de los medios ecuatorianos, un problema del que nadie se hace eco, pero que afecta la existencia del pensamiento crítico en el periodismo.

Las fronteras borrosas entre censura y autocensura

En el transcurso de esta investigación, hubo cinco periodistas que, ante nuestro pedido de que ofrecieran su testimonio, lo pensaron mucho y luego decidieron no hacerlo. Uno de ellos, editor de larga trayectoria, postergó indefinidamente la cita, hasta que resultó evidente que su intención era agotar por cansancio la posibilidad de la entrevista sin negarse explícitamente.

Posteriormente, dos de ellos accedieron a hablar sobre el tema bajo la condición de que sus nombres se mantuvieran en reserva, una posibilidad que siempre había estado presente y que ellos conocen demasiado.

Aunque no fuera su intención, la negativa de estos periodistas equivale al testimonio más fuerte acerca de sus condiciones de trabajo. En todos los casos, argumentaron que no estaban autorizados a ejercer una opinión personal, pues consideraban que todo lo que hicieran o dijeran acerca de su trabajo, necesariamente lo hacían como empleados de tal o cual medio. Todos coincidieron en que no podían hablar libremente de su ejercicio profesional por temor a dañar su relación con su empleador si expresaban algún criterio inoportuno o “inconveniente”. Parece ser que esa palabra comienza a tomar forma como categoría periodística en el Ecuador.

El caso de una reportera de un diario quiteño, ganadora de varios premios nacionales de periodismo, es particularmente llamativo. Explicó que, en una reciente charla entre los directivos de su medio y los reporteros, había quedado muy claro que nada de lo que dijeran estos últimos acerca de su trabajo sería considerado como una reflexión personal, sino como la opinión de un trabajador de esa empresa. Por ello, no quería arriesgarse a una entrevista sin el consentimiento de sus jefes. Parecía no ser consciente de que se estaba negando a sí misma su libertad de expresión, su derecho a la opinión, algo que reclaman medios y periodistas todos los días.

Hace aproximadamente un año, apareció en internet un video titulado “La doble cara de diario *El Comercio*”,²⁵ que combina las expresiones vertidas por la directora de ese medio, Guadalupe Mantilla, en tres espacios distintos: una entrevista en radio *Quito*, una reunión con periodistas en las instalaciones de *El Comercio*,

²⁵ Ver la versión completa en: <http://www.youtube.com>

y una entrevista en *Ecuavisa*. La pieza, en la que no consta el nombre del autor o del grupo que la produjo, usa una voz en *off* y varios efectos sonoros para resaltar el significado de ciertas palabras. Reproducimos aquí las expresiones más significativas, no tanto como prueba documental, sino como huella visible de un modo de pensar y actuar que justifica la desconfianza en el discurso corporativo de los medios tradicionales. Varios reporteros consultados para este informe han confirmado la autenticidad de las palabras vertidas por la directora en esa reunión. Hemos eliminado los enunciados en caracteres, que los autores presentan mezclados con efectos sonoros, así como las repeticiones y otros recursos enfáticos que constan en la pieza en internet, que aquí resultan fuera de lugar.

Título: "La doble cara de diario *El Comercio*"

Entrevista en radio Quito (20 de julio de 2009):

- Guadalupe Mantilla: ... Y lo que nosotros menos hacemos es manipular. Lo que nosotros tratamos es de crear, eso sí, un buen periodismo, capacitando a la gente...
- ... Yo debo defender a los periodistas. No solamente a los míos, sino también de otros medios...
- ... En ningún momento nosotros tenemos ningún interés que defender...
- ... Nosotros tenemos código de ética que, evidentemente, de acuerdo a los tiempos va añadiéndose o variando...

Reunión con periodistas en El Comercio (sin fecha):

- ... Todos ustedes tienen su trabajo aquí, firme y seguro. Pero si me hacen política dentro de la empresa, ahí sí, les digo, reaccionaré... aunque sea de la tumba...

- ... Así es que la política, si ustedes quieren ser socialistas del siglo XXI, háganlo, pero están prevenidos, vayan a hacerlo en su casa...
- ... Esa supuesta sociedad social del siglo XXI no es más que llevarles a una dictadura como la de Chávez y la de Castro... ¿Ustedes quieren eso? Ustedes tienen la libertad. Sí les debo advertir, por mi edad, por las canas que están pintadas y que lo pueden ver, que les digo que tengo experiencia, que tengo un olfato periodístico, y que sé por dónde vienen las cosas y los planes que están trazados, y los planes estos van a acabar con el país, porque serán luchas fratricidas...
- ... Ustedes han visto las mentiras últimas que han salido del gobierno, pero es muy hábil, es muy hábil...

Entrevista con Alfredo Pinoargote, en Ecuavisa, sobre la Ley de Comunicación (sin fecha)

- ... Los medios tenemos que ser firmes, tenemos que argumentar y tenemos que debatir (...) Primero será la prensa, pero después serán otras libertades. Yo creo que sí, debemos nosotros enfrentar y decir las verdades...

Tres discursos distintos en tres sitios distintos. El mensaje para los periodistas es claro en lo institucional: no se puede tener la mínima expresión de simpatía con el gobierno a menos que el periodista esté dispuesto a irse a su casa. Pero además, aunque a los empleados de *El Comercio* les resultara claro el mensaje en cuanto a los alcances y límites impuestos por su jefa y su empleadora, eso no significa que tengan una idea clara acerca de los alcances y límites del periodismo ni su función de responsabilidad social. “Por supuesto, yo estoy de acuerdo con ella. Si no te gusta la línea de un medio privado, estás en toda la libertad de irte a un medio público”, es la reflexión de un fotógrafo

de ese diario, para quien “En el periodismo rige la misma norma que en cualquier empresa privada: el dueño es el que manda”. Asegura no sentirse censurado. No hace falta. Por sus palabras, él mismo se ha autocensurado para sobrevivir en ese diario.

Periodistas y otras piezas descartables

Las ciudades amazónicas de Lago Agrio y Coca estaban desabastecidas, con las carreteras cerradas y paralizado el flujo de combustibles y alimentos. Era agosto de 2005, y los habitantes de esa región llevaban varios días de protestas con el fin de presionar al gobierno por una redistribución justa de las riquezas petroleras.²⁶ Un equipo de un canal quiteño cubría las manifestaciones en Lago Agrio, cerca de una multitud que esperaba ver sus reclamos en algún medio nacional. Entonces aparece el presentador estrella del noticiero y, desde la comodidad del set de noticias en la capital, califica a los manifestantes como vándalos y terroristas.

Nunca se le ocurrió que sus palabras no solo criminalizaban el derecho a la protesta, sino que ponían en riesgo la integridad de su propio equipo, en ese momento rodeado de gente a punto de reaccionar violentamente al verse ofendida de esa manera. Aterrados, el camarógrafo, el asistente y la reportera rogaban que su jefe se callara. “Si lo tuviera enfrente lo callaría de otra manera”, confesó luego el camarógrafo haciendo un gesto inequívoco con las manos.

El ejercicio periodístico está lleno de episodios como este. Lo traemos aquí para graficar la condición del trabajador de prensa como un sujeto descartable por su propia empresa. El descenso que ha sufrido el oficio periodístico en la valoración social comienza en los propios medios. Cuando un periodista

²⁶ Parte de las demandas sociales de la Asamblea Biprovincial de Sucumbíos y Orellana, durante el gobierno de Alfredo Palacio.

ecuatoriano entra en conflictos con el empleador se convierte en un ser desprotegido, indefenso. En el interior de las empresas periodísticas existen niveles de organización gremial, que no son una concesión, sino un derecho constitucional. Este tipo de organizaciones tienen diversos nombres: “comité de empresa”, “sindicato de trabajadores”, “comité de trabajadores” y otras variantes.

La mayoría de los agremiados proviene de las áreas administrativa (contadores, secretarías...), comercial (vendedores, publicistas...), operativa (prensistas, empacadores...), de servicios (auxiliares de aseo, jardineros...), de distribución (conductores, repartidores...), entre otros.

Algunos periodistas pertenecen a estas organizaciones, pero esa pertenencia no significa una garantía para el ejercicio de su profesión, porque los casos de conflicto entre el periodista y la empresa se resuelven de manera individual, generalmente con despido. El periodista ni siquiera se plantea iniciar un litigio contra la corporación, un escenario que puede significar su ruina económica y profesional. Como ya hemos señalado, las organizaciones externas, como la UNP y el CPP, tampoco intervienen en estos casos a favor de sus agremiados.

Uno de los rasgos característicos de la cultura periodística ecuatoriana es la ausencia de una organización gremial fuerte y representativa, que pueda defender ante los empleadores los derechos de los periodistas. En la última década no existen casos de periodistas despedidos que hayan podido entablar una demanda laboral en contra de sus empleadores con el apoyo de alguna organización gremial.²⁷ Los medios privados han propiciado esta atomización mediante unas prácticas laborales

²⁷ Ni la Unión Nacional de Periodistas (UNP) ni el Colegio de Periodistas de Pichincha (CPP) tienen registros de una acción efectiva de defensa de sus agremiados frente a sus empleadores.

y unas relaciones de trabajo que distancian a los periodistas de cualquier sentido de pertenencia a un gremio. Están más ocupados de cumplir su carga extenuante de responsabilidades como para pensar en temas de interés colectivo.

El concepto de trabajador de prensa no existe en el Ecuador. El periodista se considera muy por arriba de un trabajador, pero también muy por debajo de un intelectual, en los términos en los que se concibe en el medio a estas dos ocupaciones. El compromiso social que implica la pertenencia a un gremio de trabajadores de prensa no está dentro de las prácticas ni de las aspiraciones de los periodistas. Pero tampoco están comprometidos con otros niveles de construcción del conocimiento, como el de los escritores o los académicos. Por tanto, el periodista en el Ecuador se asume como parte de un espacio intermedio, indescifrable e incómodo consigo mismo, que está entre el trabajador y el intelectual. Quizá ello explica la ausencia de organizaciones fuertes de periodistas que reivindiquen la condición de sus miembros como trabajadores de prensa, porque no se sienten trabajadores, pero tampoco intelectuales. Al parecer, en este caso, quien se siente superior a otro no lo es, pero quien se siente inferior a otro sí lo es.

La investigación como apuesta personal

Durante los últimos tres años, a partir de la llegada de Rafael Correa al poder, la relación entre medios y gobierno ha estado marcada por el discurso emocional de parte y parte. En periodismo, cuando la emoción alcanza su pico más alto, la investigación desciende al más bajo. Opacada por el discurso visceral de algunas figuras mediáticas, la investigación ha pasado a segundo plano. No obstante, existe, no tanto por decisión corporativa, sino por apuesta personal de algunos periodistas. Por eso, cuando los medios muestran una investigación contundente, esta destaca de modo especial.

El 14 de junio de 2009, diario *Expreso* publicó un reportaje titulado “Las obras que ejecuta el hermano del presidente”. El trabajo, que tuvo un despliegue de cinco entregas durante la semana siguiente, reveló que un grupo de empresas, a las que estaba vinculado Fabricio Correa, hermano mayor del Presidente, habían obtenido contratos con el Estado por un monto de entre 80 y 100 millones de dólares.

Aunque la información no revelaba delitos específicos, sí ofrecía pistas acerca de un tema clásico en el manejo de la cosa pública en el Ecuador: el tráfico de influencias. El ambiente cargado de suspicacias motivó al editor del diario a insertar un párrafo inusual en los textos periodísticos: “EXPRESO publica desde hoy el resultado de una investigación que ha tomado más de tres meses. No es, como dice el presidente Correa, por ‘una revancha’ por su maltrato a la prensa. Es porque son recursos públicos, y porque nada menos que empresas vinculadas con el hermano del Presidente tienen grandes contratos en su Gobierno. Algo que no tiene antecedentes ni parangón en la historia del Ecuador. Y lo hacemos porque es la ineludible responsabilidad de una prensa libre en bien de la ética del poder”.

La reacción inicial del gobierno fue decir que se trataba de otra maniobra mediática para desacreditarlo. Pero ese argumento apenas duró unas horas, pues los datos del reportaje no pudieron ser desmentidos. Se trataba de una investigación nítida, madurada durante un año e intensificada durante los últimos tres meses. El equipo de investigación, liderado por el periodista Juan Carlos Calderón, buscó documentos, contrastó cifras, verificó escrituras, entrevistó a funcionarios públicos y privados y, sobre todo, contrastó sus descubrimientos con las versiones de los involucrados.

Con ello, el país tuvo una demostración de la diferencia entre hacer política contra el gobierno desde los medios y hacer

periodismo de investigación siguiendo las normas del buen oficio. “Nadie ha podido decir que la investigación que hicimos sobre los negocios de Fabricio Correa es falsa. Ni el propio Presidente. Lo que ha hecho (el Presidente) y a mí me parece gravísimo, es considerar que lo hicimos de mala fe, para joderlo...”, asegura Calderón, uno de los pocos periodistas en el Ecuador que ha logrado capitalizar el resultado de su trabajo en textos de largo aliento. Su libro *Nafragio: migración y muerte en el Pacífico* es un trabajo revelador sobre el tráfico de migrantes, víctimas por igual de los traficantes como de las autoridades corruptas.

Calderón cree que la única opción que le queda al periodismo ecuatoriano es mejorar su calidad para recuperar la confianza del público. “La confianza es como un banco en el que el periodista es el depositario de la verdad y eso implica una enorme confianza del lector. Su responsabilidad social es mantener la confianza. Yo creo que el periodismo ecuatoriano, en este momento, 18 de noviembre de 2009, vive un estancamiento filosófico, porque nadie se ha puesto a pensar en el oficio”.

El trabajo liderado por Calderón obligó a la Fiscalía General del Estado a iniciar una investigación respecto de los negocios del hermano del mandatario. El propio presidente Correa se apresuró a tomar distancia y ordenar que se anulen todos los contratos entre el Estado y las empresas de su hermano. Sin embargo, no pudo evitar el costo político para el gobierno. Como estrategia de defensa, el mayor de los Correa es ahora una de las voces más visibles de la oposición y un entrevistado constante en los medios más críticos al gobierno.

Calderón y su equipo –integrado por periodistas de bajo perfil y solo conocidos entre su círculo de amigos– hicieron periodismo y no proselitismo. La mayoría de medios privados, donde se impone un discurso corporativo de defensa del negocio, ha hecho lo contrario: proselitismo y no periodismo. Por ello, el uso político

de esa información es una decisión corporativa y no individual. El conflicto ético expulsa a los buenos periodistas y mantienen en su puesto a los que prolongan al máximo su capacidad de negociación. Paradójicamente, Calderón y su equipo no están más en la nómina de *Expreso*.

Durante los tres años del gobierno de Correa, la prensa ecuatoriana exhibe pocos trabajos de investigación contundentes. Ha perdido muchas oportunidades de reivindicar su lugar. La cobertura del conflicto entre Ecuador y Colombia ha estado marcada más por el deseo de los medios de demostrar alguna complicidad entre el gobierno y la guerrilla de las FARC, que por mostrar la dimensión geopolítica del tema. La intención de afectar políticamente al gobierno ha disminuido la calidad de la información –conclusiones apresuradas, falta de correspondencia entre titulares y contenidos– y ha permitido al mandatario ponerla fácilmente en duda.

El debate pendiente de la responsabilidad social

Otro de los que no se resignan a que el debate sobre el periodismo se limite a una pelea entre el presidente y los dueños de los medios es Arturo Torres, coordinador de investigación del diario *El Comercio*. Torres y Calderón cierran la lista de los periodistas que han publicado libros de reportajes en la última década. Su libro *El juego del camaleón: los secretos de Angostura* es un relato acerca de las operaciones de inteligencia que facilitaron el bombardeo que acabó con la vida del líder guerrillero Raúl Reyes, el 1 de marzo de 2008, y que significó la ruptura de relaciones entre Ecuador y Colombia.

Quizá por su condición de investigadores, los dos coinciden en que la única respuesta apropiada de parte de los medios es fortalecer su capacidad investigativa. Proponen que el periodismo ecuatoriano debe trazarse otras metas, relacionadas con la

investigación y el servicio público. A los dos les molesta que el debate se haya reducido a una tira y afloja entre el gobierno y las corporaciones. Están convencidos de que es posible abrir un amplio debate por fuera de esos límites.

Según Torres, “Es necesario que la sociedad entienda que dentro de los medios existen diversas corrientes de pensamiento”. Está convencido de que solo a los periodistas les corresponde sacar a flote esa diversidad, opacada por los discursos dominantes tanto del gobierno como de las empresas mediáticas. “Creo que los periodistas hemos limitado nuestro papel y no hemos querido jugar el rol que nos corresponde. Hemos delegado todo a los dueños y nosotros hemos quedado relegados”.

Torres admite que “Los periodistas ecuatorianos no tenemos claro cuál es nuestro oficio, no somos suficientemente autocríticos, nos falta trabajar en los conceptos y en las teorías acerca de cuál es nuestra posición. En las salas de redacción pocas veces aflora el tema de la responsabilidad social. Que este momento de crisis sirva como una catarsis para que hagamos una limpieza de las malas prácticas y nos pongamos a reinventar y potenciar el buen periodismo”.

Es común en los medios decir que el periodismo colombiano lleva la delantera sobre el ecuatoriano, por las historias bien contadas que los medios de ese país han desarrollado en las últimas dos décadas. Los temas relacionados con el conflicto armado y con el narcotráfico han producido material de calidad en los diarios y revistas colombianos, pero también ha sido evidente el alineamiento de los principales medios privados, como *El Tiempo*, con gobiernos de extrema derecha como el de Álvaro Uribe, con la consecuente manipulación informativa. En cambio, en el Ecuador, sin conflicto armado y con mucho menos narcotráfico, los medios han puesto su atención en la corrupción y han revelado importantes casos en las últimas dos décadas, sin

que ello logre destacar como una marca particular del periodismo de este país.

Aunque no se puede tomar como un dato concluyente, un indicador de la baja producción investigativa de los medios ecuatorianos es que en los nueve años de existencia del Premio Nuevo Periodismo CEMEX-FNPI no constan trabajos ecuatorianos entre los finalistas, excepto un trabajo de Guido Moreno, que ocupó el primer lugar en 2005 con una pieza de radio²⁸.

Disidentes y otros parias

La figura del disidente es, seguramente, una de las más llamativas y controversiales dentro de la larga experiencia de las relaciones de poder. Históricamente, el disidente político de los regímenes totalitarios es quizá la figura más representativa de quienes eligen impugnar o abandonar un modo de organización social que les exige sometimiento. No obstante, existen muchas otras formas de disidencia, que no necesariamente se constituyen en oposición a regímenes políticos, sino más bien, como expresión de valores personales, obligaciones éticas, compromisos intelectuales y otras motivaciones. La disidencia es una de las diversas maneras de buscar la coherencia entre cómo se piensa y cómo se vive, entre lo que se dice y lo que se hace.

El periodismo ecuatoriano tiene muchos casos de disidencia. Un tema que muchos conocen pero pocos verbalizan. Los casos de periodistas amedrentados por el poder político son muchos, pero son más los que se han visto obligados a renunciar por no estar

28 “Muerte en la basura” es una crónica radial que narra la muerte de dos niños indígenas al quedar enterrados dentro de un basurero en Riobamba. El periodista Guido Moreno realizó ese trabajo para un medio comunitario, *Escuelas Radiofónicas Populares del Ecuador* (ERPE), ligado históricamente al trabajo con los pueblos indígenas.

de acuerdo con la censura, las precarias condiciones laborales, las órdenes reñidas con su ética profesional y otros abusos en los propios medios. Lo que pasa es que a nadie lo censuran en público ni por escrito. Basta meterlo en la “congeladora” un par de meses para que el individuo escoja la renuncia como su única vía de liberación.

La “congeladora” consiste en dejar a un periodista sin actividad cuando este no encaja en el modelo de conducta impuesto por los editores y otros directivos. Comienza por retirarlo de sus fuentes habituales y asignarle trabajos secundarios que minen su autoestima y que nunca serán publicados. Una estrategia cruel de agotamiento, de la que todos sus compañeros están conscientes, pero nadie hace algo debido al clima de tensión, que el mismo periodista se encarga de terminar con su inmólación.

La única opción que han tenido hasta ahora los periodistas censurados, explotados e irrespetados, ha sido la disidencia. No existe una instancia a dónde puedan acudir para exigir respeto o reclamar su derecho a la libertad de expresión y al trabajo. Muchos llevan años en el desempleo. Nadie les restituye a esos periodistas su integridad, su valoración individual y social, demolida al quebrarse el nexo entre sus ideales y su práctica profesional.

En este punto resulta inevitable mencionar la experiencia personal del autor de este informe como disidente de los medios masivos en el contexto ecuatoriano. Perdón por el uso de la primera persona, pero es un recurso necesario para referirme a mi propia vivencia como reportero y editor en varios diarios como *El Comercio*, *Hoy*, *El Universo* y, últimamente, como editor regional y articulista de *El Telégrafo*, en su etapa de diario público. Una vivencia que se caracteriza por mi constante impugnación, tanto del modo de producción como de la relación entre el periodista y la empresa.

La constatación de que en los medios predomina una noción del periodista como empleado del dueño y no como la de un profesional independiente, motivado por un concepto de la información como servicio público, significó una de las primeras rupturas y un posicionamiento crítico respecto de esta actividad. Después, la certeza de que el pensamiento no alineado con los intereses corporativos no tiene la mínima posibilidad de sobrevivir en los medios masivos, ya sean públicos o privados, determinó mi alejamiento de esos espacios de trabajo, aunque no del periodismo.

¿Se puede hacer periodismo fuera de los medios? La respuesta en mi caso particular es sí. El periodismo no se limita a la práctica informativa, sino que se extiende también a la investigación, la reflexión y la producción académica, es decir, la construcción de conocimiento sobre este tema. La docencia universitaria ha sido el espacio donde he podido replantear mi opción profesional, lo cual ha sido posible, en gran medida, porque no permití que mi trabajo en los diversos espacios mediáticos me alejara de los espacios de pensamiento crítico, como la academia.

Perdón de nuevo por la digresión personal, y volviendo a las fuentes de este informe, el primer escollo a superar por el disidente es el desempleo, como se evidencia en el testimonio de Roberto Aguilar: “Ando haciendo talleres, presentando proyectos... Desde que me echaron de *El Comercio*, no he vuelto a escribir en medios, excepto un artículo por invitación de *El Telégrafo*, sobre el tema de los medios públicos en el contexto de la Ley de comunicación...”

Pese a ser uno de los analistas más reconocidos en el Ecuador, ese prestigio profesional apenas le ha servido para realizar trabajos puntuales a manera de consultorías y no siempre con resultados personal y socialmente satisfactorios: “Me contrataron para hacer la guía editorial de ECTV, que este rato está colgada

en la página web. Ese trabajo lo entregué en enero de 2009, hace ya un año. Puesto a valorar la experiencia, no ha sido muy positiva en cuanto a resultados. La guía está colgada pero la violan todos los días...”

El disidente tiene que llevar a cabo un duro proceso de recomposición personal y profesional. Algunos optan por la comunicación institucional y se enclaustran en las oficinas a escribir boletines; otros más encuentran un nicho en las oficinas legislativas como asesores de diputados, ahora asambleístas; pocos logran recomponerse en el ámbito académico en calidad de docentes, pero son absoluta minoría puesto que las prácticas periodísticas, ligadas a la información de impacto y de coyuntura, tienden a distanciarlos de las prácticas académicas, ligadas a la reflexión teórica y a una mayor sistematización de las ideas.

El disidente se queda solo, su inmolación no tiene eco ni efecto social, las consecuencias demoledoras de su decisión comienzan y terminan en sí mismo. “Yo estoy renegando completamente de este oficio. Y no me veo trabajando de nuevo en algún medio. Me veo haciendo cursos de comunicación para funcionarios del gobierno, lo cual hace unos años habría sido inaudito para mí, porque pensaba que un periodista no hace esas cosas. Pero, si ya trabajé para Guadalupe Mantilla, por qué no voy a trabajar para Rafael Correa. Si ya caí tan bajo ¿cuál es la diferencia?”, reflexiona Aguilar con ironía.

Hay otros testimonios de disidencia, como el de Marcela Noriega, quien abandonó el diario público *El Telégrafo* cuando no encontró correspondencia entre el discurso y la práctica, entre la manera cómo se construye la información y su propia noción de lo que significa narrar la realidad. “Siempre voy a tener la necesidad de narrar la realidad, pero tengo conflictos con la información, porque en los medios cada vez más se construye un mensaje

mañoso. Hay demasiados intereses en el medio (parece un juego de palabras: los intereses en el medio) y cada vez hay menos posibilidades de construir y transmitir un mensaje honesto, limpio, sin carga de intereses corporativos. Yo tengo clara una cosa: no volveré a trabajar para una corporación. Al fin de cuentas, eso es un periódico, una corporación, ya sea de un gobierno o de una empresa privada. Sería muy decepcionante para mí misma volver a un lugar del que he salido huyendo”.

La decisión de no volver a una corporación significa apostarle a proyectos pequeños pero independientes, como revistas de corto tiraje, por ejemplo. “Los medios tradicionales son castrantes. No te dejan avanzar. Menos mal que hay una crisis, porque ya es hora de que pase algo. Hacer rato que algunos medios debieron cerrarse”. Una opción válida es quedarse y dar pelea desde adentro, pero Noriega cree que tan válida como esa es la opción de irse y recomponerse en otros espacios. “Lo mío también es una forma de disidencia. Tal vez es un mensaje muy débil, que a nadie le importa, pero a mí me importa. Sin embargo, esa disidencia no tiene repercusión si no va a lugares como la academia, por ejemplo, que es donde se puede comenzar a formar otro tipo de periodistas. Ahí es donde puedo llegar con mis ideas”.

Esta periodista, que ha trabajado en medios privados y públicos, no encuentra diferencia entre unos y otros cuando sobre ellos pesa más el discurso corporativo por sobre la diversidad del pensamiento de los periodistas. “Yo no tuve conflictos solo en *El Telégrafo*, sino en diarios privados como *Expreso*, que defendía a la derecha, al PSC (Partido Social Cristiano) y donde me decían claramente que no podían aparecer negros, ni cholos ni indios en las notas. Cuando entré al *Expreso*, lo primero que me dieron fue una carpeta con los nombres de las empresas que no se podían tocar. Una vez hice una investigación sobre Álvaro Noboa y me la censuraron por que Noboa pautaba en *Extra*, que ni

siquiera era el diario en el que yo escribía, pero sí de la misma empresa. Cuando surgió *El Telégrafo* como medio público, pensé que era una manera de hacer otro periodismo. Yo creía en ese proyecto. Pero *El Telégrafo*, poco a poco, se fue convirtiendo en otro *Expreso*, otro *El Universo*, solo que del otro lado. Por eso nos golearon. El gobierno nos goleó”.

Lo dicho, el disidente comienza a bregar con las dificultades del desempleo y con la necesidad de recomponerse en otro espacios, aunque casi nunca deja de estar ligado a esta profesión. En el periodismo ecuatoriano, el que se aparta de la cultura dominante construida en los medios de mayoría privada se convierte en un paria, porque no solo se aparta del culto a la institución, sino que desafía aspiraciones socialmente aceptadas como la estabilidad laboral. “Es una de las apuestas más fuertes que uno hace, porque podría ser un suicidio profesional. Muy pocos tienen autonomía personal para darse el lujo de hacerle caso a sus principios. Aunque no sé si eso sea un lujo. Más bien es una obligación. Cada uno tiene su vida y hace lo que puede. Lo que hay que ver es qué tan fuertes son esos principios, qué tan adaptable eres tú. Yo creo que la mayoría tiende a acomodarse”, reflexiona Noriega.

Esa tensión entre los valores personales y las exigencias del discurso corporativo no siempre se resuelven con una decisión radical, como la renuncia y la disidencia. La mayoría de periodistas vive una tensión emocional interna, una crisis de valores, cuya expresión más visible son las luchas internas de poder y las estrategias de conservación del puesto de trabajo, como lo corrobora el testimonio de la misma periodista “Esta decisión (renunciar) la tomé hace un año. Yo no digo que este ha sido el mejor año de mi vida. Ha sido difícil por el tema económico, pero nada más. Esa falsa idea de seguridad que te crean los medios te hace mucho daño, porque te sientes, de alguna manera, protegida y eso, a la larga, es ficticio. Cuando

dejas un medio, hay gente que incluso te deja de hablar. En los medios se cultiva un día a día tan ruin, tan deshumanizante”.

Entonces ¿Qué está ocurriendo con este sujeto llamado periodista al que alguna vez la sociedad le asignó una misión y un sitio y ahora ha perdido valoración social? “Dejaron de ser periodistas y pasaron a ser informantes, pero informantes de intereses. Yo creo que están proporcionalmente en una desventaja total. Decadencia total. Los medios no quieren periodistas, quieren informantes. Gente que pueda movilizar información y eso lo puede hacer cualquiera. Los medios ya no hacen periodismo sino *reality*”, dice Noriega. En efecto, los medios privilegian las destrezas técnicas en lugar de las capacidades interpretativas. La demanda de instantaneidad ha anulado la mediación periodística, es decir, esa intervención inteligente entre los hechos y los significados mediante un relato confiable.

Como resultado, la valoración social, el respeto profesional del periodista están en declive. “Ese declive comenzó hace rato, especialmente cuando se comenzó a confundir al periodista con el comunicador institucional. Ese empobrecimiento no es de ahora. Lo que pasa es que ahora la crisis se hace evidente porque comenzaron a despedir periodistas de muchos diarios. Se hizo más evidente que eres desechable. Ahora el periodismo se volvió noticia”. Una noticia en la que el discurso corporativo anula completamente las diversas comprensiones de este oficio. Noriega encuentra otra arista a este problema, el de la salud mental de los periodistas. “Especialmente en el caso de los editores, que ya llevan 20 o más años en los medios y han sufrido y han sudado y no van a perder ese puesto, que es una pequeña parcela de poder. Están viciados, son gente trastornada. La salud mental del periodista debería ser un tema de debate como un asunto de salud pública”.

2.3 Discursos y prioridades informativas

Durante el período comprendido entre la primera y la segunda guerras mundiales, el filósofo del lenguaje Walter Benjamín²⁹ ya hablaba en tono angustiado acerca de lo que él llamaba la crisis del narrador. Se refería a las dificultades de muchos oradores, narradores, ensayistas, periodistas, escritores en general, de hilvanar un relato de principio a fin sin extraviar el sentido de la historia principal ni el sujeto de su narración. Benjamin proponía que los narradores de esa sociedad y esa generación habían extraviado el sujeto de sus relatos.

Ciertamente, esas reflexiones tenían su propio contexto histórico, que era el avance del fascismo en Europa, cuya principal necesidad era legitimar sus actos de fuerza al mostrarlos como legítimos y necesarios. Según la gramática elemental, sujeto es aquello respecto de lo cual aseveramos algo en la oración. Los líderes de la propaganda totalitaria y los medios masivos de entonces construían sus relatos en torno a los conceptos de orden y disciplina a los que colocaban como sujetos de sus narraciones. Por lo tanto, el poder le proponía a la sociedad pensar y actuar en función del orden y la disciplina. En ese sentido, el narrador, cualquiera sea su naturaleza, le propone a la sociedad los temas sobre los cuales pensar colectivamente.

La crisis del narrador periodístico

Ocho décadas después, hay muchas razones para pensar que la crisis del narrador persiste, especialmente en los medios de comunicación, que no son otra cosa que los narradores privilegiados del mundo contemporáneo. Sin embargo, en los medios ecuatorianos, es necesario diferenciar dos clases de extravíos principales. Por un lado, está la falta de dominio del

²⁹Ver: Benjamin, Walter, *El narrador* (en Benjamin, Walter, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Taurus, Madrid, 1998)

lenguaje –oral, escrito, audiovisual– que arrastran los periodistas desde su formación universitaria y que les dificulta situar con claridad el sujeto gramatical. Por otro, la falta de conocimiento de los procesos políticos y sociales contemporáneos no les permite distinguir claramente el sujeto histórico. En el primer caso, los errores de sintaxis y concordancia son las muestras más visibles de esta deficiencia. En el segundo, la incapacidad para reconocer, en diversos procesos sociales, al sujeto de su narración, es decir, al núcleo en torno al cual construir un relato confiable.

Respecto del lenguaje, Ana Karina López, Defensora del Lector de diario *Hoy*, se enfrenta todos los días con esta pesada carga que arrastran los periodistas. “Las facultades de comunicación no forman periodistas sino sociólogos frustrados que no saben reportear ni escribir una nota. Cuando a un periodista le censuran una nota, muchas veces se debe a la mala calidad de su escritura antes que a sus ideas”. López ejerce ese cargo desde 2009 y está segura de que el problema más grave es la falta de dominio del lenguaje escrito. Según su diagnóstico, los casos evidentes de mal uso del lenguaje superan, por su cantidad, la capacidad de reacción de cualquiera que asuma la tarea de defensor del lector.

No obstante, como hemos señalado, la deficiencia no está solo en la incapacidad para distinguir el sujeto gramatical, sino el sujeto histórico. En un artículo reciente,³⁰ la defensora señala que “En la semana del 6 al 12 de abril de 2010, el cuerpo principal de *Hoy* -contabilizando la información pura, las columnas de opinión, los editoriales y las cartas de Buzón- tiene en promedio 60 por ciento de sus notas relacionadas con el presidente (Rafael Correa). Sus declaraciones, decisiones o la onda de expansiva de sus actos son el eje de las notas de *Hoy*”. La obsesión por el

30 Ver: López, Ana Karina, “*Al ritmo del poder*”, Opinión, *Hoy*, abril, 2020: <http://www.hoy.com.ec>

poder copa las agendas informativas, incluso cuando el poder lo ejerce uno de los más grandes contradictores de los medios en el Ecuador. Su atención no está en los actores sociales sino en los actores y los escenarios tradicionales de la política.

Roberto Aguilar, quien además de periodista es crítico de medios, coincide con este criterio, especialmente respecto de los periodistas de televisión “Hay muchos errores gramaticales que consisten en la pérdida del sujeto. Si uno se guía por el significado de las palabras y la construcción de las frases, muchas noticias dicen otra cosa de lo que uno está mirando en imágenes”. Aguilar desarrolla cursos de escritura periodística y es autor de la *Guía editorial. Servicios informativos de la televisión pública*³¹ para el canal público ECTV. Lo hace porque considera que los errores gramaticales tienen un efecto en la información mucho mayor del que se piensa. Por ejemplo, cree que la noticia emitida por el canal *Teleamazonas* sobre la afectación a la pesca en la isla Puná,³² en realidad fue un descuido gramatical del periodista.

Esta deficiencia, señalada por los dos especialistas, es el reflejo de lo que podríamos llamar “pensamiento débil” entre los periodistas ecuatorianos, es decir, la poca capacidad para verbalizar correctamente la experiencia, para construir mediante el lenguaje el correcto sentido de los acontecimientos. Ni los dueños, ni los mandos medios periodísticos, ni los reporteros

31 El documento, presentado a principios de 2009, está disponible en: <http://www.ecuadortv.ec>

32 El 22 de mayo de 2009, *Teleamazonas* difundió una noticia en la que aseguraba que la exploración de gas en las cercanías de la isla Puná podrían afectar la pesca en la zona y perjudicar a los pescadores que viven de esa actividad. La Superintendencia de Telecomunicaciones (SUPTTEL) consideró que la noticia había causado conmoción social, lo cual constituía una infracción. Esa falta, sumada a otras dos (transmisión de imágenes taurinas en horario no permitido, y noticia sobre un supuesto centro clandestino de conteo electoral en Guayaquil) desembocaron en la suspensión del canal por 72 horas, entre el 22 y 25 de diciembre de 2009.

de a pie parecen estar conscientes de la gravedad de este problema.

En palabras de Aguilar. “La mayoría de periodistas de televisión –calcula que en un 90 por ciento de los casos– no son capaces de elaborar estructuras complejas con el lenguaje, que les permitan pasar de un nivel descriptivo a un nivel analítico. En televisión, la cantidad de errores de concordancia –plural con singular, masculino con femenino– es espeluznante”. Y cierra su comentario con una sentencia durísima: “Si hablas a martillazos es porque piensas a martillazos”.

Pero ese pensamiento a martillazos no proviene solo de los reporteros, sino que se origina, en gran parte, en las políticas administrativas de los medios. Un periodista que destaca por su desempeño, que maneja bien el lenguaje, que demuestra capacidad narrativa, que es sistemático y organizado, entre otros méritos, hipoteca su futuro porque, como premio, lo ascienden a editor. Ahí se acaba su desarrollo. En el Ecuador, los buenos periodistas no tienen posibilidades de crecer profesionalmente y de acceder a mejores condiciones económicas si se mantienen como reporteros. La lógica administrativa de las empresas no admite que un excelente reportero, un riguroso investigador o un talentoso narrador tengan igual o mejor sueldo que un jefe de redacción mediocre. Paradójicamente, al buen periodista no le espera una promesa de crecimiento en la práctica de escribir y narrar, sino un cargo burocrático de organizar y mandar en la empresa.

La misma defensora comenta con asombro que alcanzó al puesto de editora de la sección Política de *El Comercio* cuando tenía apenas 27 años y no más antecedente que unos cuantos buenos reportajes. “Apenas escribes tres notas bonitas, bien puestas, ya tienes que ser editor. Tal es el nivel de mediocridad. Así (los medios) queman a buenos reporteros porque los ponen a ser editores”, dice en una retrospectiva de su propia experiencia.

En esas condiciones, la única posibilidad de un reportero de mejorar su situación económica es ascender a editor, lo cual significa abandonar la calle y parapetarse tras un escritorio en la sala de redacción a corregir textos de otros. Después de uno o dos años como editor, cualquier periodista ha perdido contacto con las fuentes, ha perdido habilidad para el diálogo con la gente, en suma, se ha estancado porque ha perdido práctica y reflejos.

La pérdida del sujeto

Pasemos una breve revisión a tres hechos significativos que, en los últimos dos años, pusieron en evidencia la escasa capacidad de los medios y periodistas ecuatorianos para identificar al sujeto histórico de sus relatos. En ninguno de los casos pudieron situar los acontecimientos en relación con el desarrollo de las ideas, con los nuevos modos de vida, con las demandas sociales, con la geopolítica mundial, entre otros aspectos que determinan la vida de las sociedades contemporáneas. El tratamiento de temas como la Asamblea Constituyente, la crisis Ecuador-Colombia, y la Ley de Comunicación, son solo los ejemplos más visibles.

La campaña contra la nueva Constitución:

El 25 de julio de 2008, la Asamblea Constituyente entregó al país el texto de la nueva Constitución Política para que sea sometido a referéndum aprobatorio el 28 de septiembre del mismo año. Durante ese tiempo, la Iglesia Católica lideró la campaña por el NO con el argumento de que la carta magna daba vía libre al aborto y al matrimonio gay. Los medios no lograron plantear un debate científico, ni cultural, ni de derechos humanos, al respecto, sino que redujeron el análisis de estos temas a la opinión de los jerarcas de las iglesias católica y evangélica en términos morales. En ningún momento lograron ubicar al sujeto histórico al que se refería la Carta Magna en los temas relacionados con salud sexual y reproductiva, como son las

miles de mujeres que deciden interrumpir su embarazo, y que no cuentan con las condiciones para llevar a cabo esa decisión con dignidad.

El caso Angostura:

El 1 de marzo de 2008, el ejército de Colombia bombardeó un campamento de la guerrilla de las FARC en territorio ecuatoriano. En esa operación murieron 26 personas, entre ellas, Raúl Reyes, el segundo al mando de esa organización. El gobierno ecuatoriano rechazó la violación a la soberanía nacional y ese mismo día rompió relaciones diplomáticas con Colombia por violación a la soberanía territorial ecuatoriana. Este hecho profundizó la enemistad entre el gobierno y la mayoría de los medios privados. Mientras el gobierno intentaba explicar a la comunidad internacional que su territorio había sido atacado, los medios intentaban demostrar que el gobierno tenía vínculos con la guerrilla. Mientras el gobierno pedía una sanción a su vecino y alertaba sobre el peligro de una regionalización del conflicto colombiano, los medios recogían la versión unilateral de las autoridades colombianas basadas en unas supuestas pruebas recogidas en las computadoras del fallecido jefe guerrillero. En este caso, los medios tampoco lograron ubicar al sujeto histórico de su narración, que era el peligro de una escalada belicista en la región y la posibilidad de un involucramiento directo de los países vecinos en una regionalización del conflicto colombiano.

Ley de Comunicación:

Los medios que conforman la Asociación Ecuatoriana de Editores de Periódicos (AEDEP) mantienen una campaña permanente en contra de la Ley de Comunicación. El caso más evidente es el del diario *El Comercio*, que durante seis meses, entre octubre de 2009 y abril de 2010, dedicó la página 2 de su edición diaria a temas que intentaban convencer al lector de que la libertad de

prensa está en peligro. Frases como: “+ RESPETO”, “Lo conoces porque pudimos informarte”, “No hemos callado”, “En todas partes la prensa incomoda”, “Periodismo al servicio de la gente”, “Así vivo mi libertad”, “La historia en las páginas de *El Comercio*”, son parte de esta toma de posición. En ningún momento el diario advierte al lector que se trata de una campaña. Le vende propaganda disfrazada de información. El sujeto histórico, es decir, el mejoramiento del ejercicio periodístico en el Ecuador, ha sido desplazado por un discurso corporativo defensor de las empresas mediáticas.

La ausencia de método y de escuela periodística

A la falta de dominio del lenguaje, al desconocimiento de la historia, se suma la ausencia de métodos de trabajo. Juan Carlos Calderón, uno de los pocos periodistas investigadores en el Ecuador, está seguro de que la investigación es una apuesta personal en la que cada periodista tiene que crear su propio método a falta de una escuela en los medios. “La ciencia es una sección en los medios pero no es su método. Al periodismo le falta método científico, así como le falta filosofía y reflexión”

Si las empresas periodísticas no ofrecen el contexto para desarrollar esos métodos y esas reflexiones, entonces los periodistas tienen que plantearse agendas personales al respecto, dice Calderón. “Creo que a muchos periodistas ecuatorianos les faltan agendas personales, porque lo común, lo clásico, es entrar al servicio de un medio. Predomina la voluntad de ser empleado y nadie se plantea otras opciones, como la de sistematizar la información y desarrollar procesos que perduren y te mantenga con las antenas prendidas”.

Este periodista enfrentó esa dificultad como una apuesta personal. “Cuando trabajé en el libro sobre el tema del naufragio, tuve que armar un esquema, pero yo no sabía hacerlo, excepto

algunos trabajos anteriores con estructura monotemática. Este nuevo reto me obligó a plantearme mentalmente la estructura y me tocó hacer mucho caldo de cabeza, pensar mucho, crear mapas mentales de cómo quería yo narrar esa historia. Por eso, creo que lo que le falta al periodismo ecuatoriano es sistematizar las cosas, indagar en las múltiples posibilidades de cómo cocinar una historia. Falta sensibilidad y conocimiento para comprender eso”.

Así, el periodista que se propone hacer mejor periodismo debe cubrir dos frentes: responder a las exigencias del trabajo diario y, paralelamente, plantearse proyectos personales de mediano y largo aliento. No todos están dispuestos a ello, porque lo segundo significa mucho trabajo. Si no hay un incentivo, como becas, auspicios, concursos nacionales o internacionales, que los motive a sistematizar su trabajo, difícilmente los periodistas se plantean otro nivel que el que demanda la cobertura informativa cotidiana.

Los discursos corporativos por sobre la diversidad

El debate en torno a la Ley de Comunicación dejó de ser un intercambio de ideas para convertirse en una disputa por la última palabra. Parecería que lo que está en juego no es el contenido mismo de una ley sino la autoridad para anular al otro. Poder político y poder mediático juegan a esa estrategia destructiva. Mientras el poder político se refiere a ellos como “prensa corrupta”, los medios se empeñan en obstruir el flujo de nuevas ideas mediante el lugar común de calificar a la ley como la “ley mordaza”.

En el fondo, los periodistas y los medios se niegan a admitir que las garantías de la democracia están más en la lucha política que en la información mediatizada. Los actores políticos y sociales no crecen gracias a la visibilidad mediática por sí misma, sino que

logran esa visibilidad cuando ganan fuerza política. En el plano individual, los periodistas lo saben, pero en el plano colectivo generan otro discurso.

El problema es que las posiciones individuales de muchos periodistas son acalladas por los discursos corporativos, que procuran hacer invisibles las precarias condiciones de trabajo, los ambientes cargados de tensiones, las conflictivas relaciones internas, entre otras causas. El discurso corporativo los presenta como si fueran un solo cuerpo, como si todos estuvieran alineados con las posturas institucionales.

Durante el debate de la Ley de Comunicación, diario *El Universo* puso a circular un cuadernillo que recoge la opinión de más de cien periodistas al respecto.³³ En principio, parece buena idea que muchos opinen y se diversifiquen las voces. Sin embargo, se trata de un esfuerzo por construir la ilusión de que los medios privados son espacios democráticos y participativos. Sin dudar de la validez de esas opiniones individuales, habría que preguntarse ¿Las habrían tomado en cuenta si algunas de esas voces resultaban discordantes con las voces institucionales?

No existen registros de que las opiniones de los reporteros de planta haya sido tomada en cuenta y difundida por algún medio cuando han reclamado aspectos relacionados con las condiciones laborales, con los procesos de capacitación, con la toma de decisiones informativas. La fuerza dominante del discurso corporativo termina alineando a todos como si fueran uno solo en torno a la institución abarcadora.

A fines de marzo de 2010, ocho meses después de iniciado el debate y pocas semanas antes de la aprobación de la Ley de Comunicación, la Unión Nacional de Periodistas (UNP) hizo un pronunciamiento público al respecto. El presidente del

³³ Ver *El Universo*, cuadernillo adjunto a la edición del 10 de diciembre de 2009

gremio, Vicente Ordóñez, se refirió en términos generales a los siguientes aspectos: la necesidad de una profesionalización de los periodistas, la definición del Sistema de Comunicación Social como un conjunto articulado de instituciones y políticas públicas, la conformación del Consejo de Comunicación e Información sin representantes del Ejecutivo y la necesidad de reglamentar el financiamiento de los medios públicos.

En ningún momento mencionó el mejoramiento de las condiciones de trabajo de los periodistas. El discurso de la organización dejó intactas a las empresas mediáticas y pasó por alto que estas son las principales responsables de la censura debido a la precariedad en que mantienen a los trabajadores de prensa. Por ello, todos los medios le dieron amplio despliegue al pronunciamiento del gremio, que en ningún momento cuestiona el discurso de los dueños de las empresas mediáticas. Según Ordóñez, la Ley de Comunicación no es el espacio para reivindicar mejores condiciones laborales de los periodistas. Admite que existe precarización de los trabajadores de prensa, pero considera que esa demanda tiene que producirse en otro momento, no ahora.

El discurso corporativo anula la diversidad, oculta las discrepancias internas. Anulada la diversidad, nadie arriesga nada, porque una comprensible conducta humana es tener más miedo a quedarse solo que a equivocarse en masa. El discurso institucional reduce las voces críticas dentro de los medios. Existen periodistas críticos cuando están fuera y defensores cuando recuperan algún estatus dentro de esa institucionalidad en crisis de credibilidad.

Juan Carlos Calderón lo resume así: “El único poder del periodismo es su credibilidad. Pero hay dueños de medios vinculados al poder económico, que han usado esos medios para cosas que van más allá de su responsabilidad de informar. Hay

dueños de medios vinculados al poder bancario. Eso tiene que estar en los juzgados”. Sin embargo, el discurso empresarial de los dueños dice que la libertad de expresión está en peligro, pero se niegan a transparentar sus relaciones de poder.

Esos dueños de medios son los principales causantes de la censura en el periodismo ecuatoriano, como lo reafirma el testimonio del mismo Calderón. “Los que hemos quedado por fuera de esta bronca (poder político contra poder mediático) somos los periodistas, los que estamos en las redacciones, donde nuestras lógicas de producción y de trabajo se han visto alteradas. Estamos gravemente afectados, porque vivimos un proceso de autocensura. En las redacciones no existe un ambiente de libertad para ejercer el oficio de manera colectiva y democrática, sin imposiciones ni dedazos ni direccionamientos ni listas negras. Eso, en este momento, es difícil de lograr porque a lo que se juega en el periodismo es a no ofender ni al uno ni al otro. La mayoría de los periodistas estamos en una lógica de guerra, de bandos. Esa dependencia es, en muchos casos, ideológica, psicológica, comunicativa, y es muy duro ganar con argumentos de calidad una historia”.

En suma, prevalece la cultura de que el periodista “trabaja para alguien”, ya sea un jefe, una empresa, un gobierno, y que tiene que calcular mucho el efecto de la información que genera. La idea de que el periodista trabaja para el público ha perdido terreno, debido al clima de censura y autocensura impuesto en las mismas empresas mediáticas en medio de un clima de confrontación con el poder político. Como resultado, el periodista trabaja para una corporación y no para la sociedad. Consecuente con su posición personal, y después de 20 años de trabajar en diversos medios, Calderón abandonó su último cargo como editor de *Expreso* y fundó un medio digital, un proyecto personal, desde donde se propone inaugurar otra línea de trabajo periodístico.³⁴

34 www.paisalreves.com

La ausencia de una base institucional, pública o privada, que cubra las demandas de un mejor periodismo obliga a las personas comprometidas con esta actividad a incursionar en proyectos personales o grupales de mediano alcance. Una muestra de ello es el colectivo *Telegrafoexiliado*, que reúne a una veintena de ex columnistas de *El Telégrafo*, convencidos de que las posibilidades de creación y sostenimientos de espacios para el pensamiento crítico no se agotan en los medios privados ni públicos. En los tres primeros meses de existencia de este sitio, ha logrado alrededor de 120 seguidores y 8.000 visitas en la red.

3. Creación y crisis de los medios públicos

Lo público en la comunicación y el periodismo

El sociólogo y escritor Alejandro Moreano plantea una máxima fundamental: “Hay que poner la política en su sitio”, dice en un artículo publicado en diario *El Telégrafo*,³⁵ a propósito de la relación entre el gobierno y los movimientos sociales. Se refiere a que cualquier legislación tiene sentido en la medida en que garantiza la lucha social, el juego de los contrapesos, el ejercicio efectivo de la política en lugar del culto a la institucionalidad.

Aprovechando la idea de Moreano, podemos decir que también hay que poner la comunicación en su sitio. Significa que el debate sobre la Ley de Comunicación no puede estar constreñido solo a la información mediatizada, que es importante pero no lo es todo, sino también a la participación activa de los sectores sociales en la esfera pública, a garantizar la toma de la palabra de la gente antes que la defensa corporativa de las empresas de medios.

En otras palabras, revisar la profunda relación entre comunicación y política, porque no hay acto más político que la voluntad individual

35 Ver: Moreano, Alejandro, “*Las calles, la política y las leyes*” (opinión), *El Telégrafo*, 4 de enero de 2010

o colectiva de tomar la palabra, de consolidar una voz ante los demás, de legitimarse como narrador de la circunstancia propia. Otra cosa es el activismo político soterrado que hacen algunos medios privados y lo venden como información periodística.

La dimensión política de la comunicación radica, como lo dijimos al inicio de este informe, en su capacidad para interpelar, no solo al destinatario de un mensaje, sino al modo mismo de organización social y a las relaciones de poder que lo sostienen. La comunicación sirve para el autoreconocimiento, para tener conciencia de nosotros mismos. No hay posibilidades de acción política sin esos elementos como base.

En ese sentido, los medios públicos solo pueden ser evaluados en función de sus rendimientos sociales. Aquí proponemos siete preguntas a las que los medios públicos deberían responder en función de varios conceptos articulados al concepto mayor de responsabilidad social:

1. Concepto de independencia: ¿Defienden el interés público antes que el gubernamental?
2. Concepto de formación de públicos: ¿Ejercen pedagogía ciudadana en deberes y en derechos?
3. Concepto de diversidad: ¿Hacen visibles otras formas de vida?
4. Concepto de inclusión: ¿Facilitan la participación política de los sectores sociales?
5. Concepto de servicios: ¿Nos ayudan a tomar decisiones en nuestras vidas?
6. Concepto de ética periodística: ¿Observan las prácticas del buen oficio? y,

7. Concepto de formación y capacitación: ¿Crean las condiciones para un pensamiento crítico?

Sin embargo, esa noción de periodismo no ha logrado cuajar. Resulta paradójico, pero el mismo gobierno que abrió la posibilidad de contar con medios públicos en el Ecuador, clausuró esa posibilidad cuando, urgido por la necesidad de reforzar su discurso, decidió sumar esos medios a su aparato de propaganda oficial, como lo veremos a continuación. El déficit de comunicación política del gobierno ha impedido que los sectores sociales se apropien de los proyectos que los benefician y, en lugar de buscar acercamientos, el gobierno intensifica la publicidad oficial. Los medios públicos son los primeros afectados por una política de comunicación gubernamental dirigida por un grupo de publicistas, no de pensadores.

Los efectos del “publigobierno”

El 25 de marzo de 2010, el directorio de *El Telégrafo* ordenó la separación del director del diario, Rubén Montoya y, a continuación, la separación arbitraria de dos editores de sección. Luego, el 1 de abril censuró tres columnas de opinión, que se referían a la situación interna del diario, lo que provocó la renuncia de 26 columnistas de las páginas de opinión, así como de la subdirectora, Carol Murillo. Ese mismo día, los nuevos directivos del diario publicaron una nota insólita en la que ponían en evidencia su decisión de censurar y acallar cualquier posición disidente en el medio público.

“El directorio de diario El Telégrafo C.A. a sus articulistas y editorialistas

“Con fecha 5 de febrero del 2010, el directorio del Telégrafo C.A. registró en acta 001-2010 la disposición 003-2010 mediante la cual se establece la necesidad de

que no se emitan comentarios, informaciones estratégicas y otras estrictamente internas en las páginas editoriales por parte de nuestros editorialistas y columnistas. Estas disposiciones fueron dadas a conocer personalmente al ex director Ruben Montoya, quien asistió a dicha reunión, pero al parecer no fueron informadas a ustedes. En fecha posterior, el lunes 29 de marzo, el directorio en pleno comunicó este particular a la subdirectora Carol Murillo, y dado que nos están llegando materiales que de alguna manera contravienen esta resolución que todos debemos respetar en virtud a lo que mandan los estatutos de la empresa, lamentablemente no podemos publicar en consideraciones a las decisiones del directorio antes mencionado”.³⁶

El origen de esta crisis estuvo en la decisión gubernamental de crear un medio “de corte popular” bajo la infraestructura y los recursos de *El Telégrafo*. Se trataba de un proyecto oficial de contar con un diario que sirviera de caja de resonancia del discurso gubernamental, toda vez que los directivos, periodistas y columnistas de *El Telégrafo* se habían opuesto a que el diario público fuera usado por el gobierno para esos planes. Adicionalmente, la creación del nuevo medio ocultaba una estrategia de aniquilamiento en contra de *El Telégrafo*, puesto que el uso de sus recursos también tenía la intención de reducirlo a su mínima expresión.

Esa cercanía de hecho entre un medio público y un órgano de difusión y propaganda oficial echó abajo las posibilidades de consolidación de diario *El Telégrafo* como medio público. Al encontrar una fuerte oposición a su proyecto propagandista, el gobierno auspició los despidos de los periodistas críticos, lo cual desembocó en la renuncia de los columnistas, quienes en una carta pública expresaron: “¿Cuál es la diferencia entre las prácticas

36 Publicada en la página 8 del 1 de abril de 2010

coercitivas y mecanismos de censura interna de ciertos medios privados y las acciones tomadas por el actual Directorio de *El Telégrafo*?”

En la misma carta, los columnistas afirmaron que lo ocurrido con el primer diario público del Ecuador era un acto de censura y de violación de los derechos a la libertad de expresión y de prensa, incompatibles con la Constitución y el proyecto de creación de medios públicos. “Esto refuerza nuestra opinión respecto del giro total en las políticas editoriales actuales, incongruentes con las que estuvieron vigentes desde la refundación del periódico; cuya responsabilidad recae no sólo en el presente Directorio, sino también en el Ministerio de Telecomunicaciones y, en términos más amplios, en un sector del actual gobierno que confunde la comunicación como servicio público con el ‘publigobierno’”.³⁷

Sin embargo, la decisión gubernamental no fue la única causa de la debacle de *El Telégrafo*. Tres aspectos fundamentales están en la base de ese fracaso:

1. No se llevaron a cabo procesos internos de formación de periodistas y se reprodujeron muchas prácticas heredadas de los medios públicos.
2. No se establecieron otras relaciones entre las diversas instancias ni otros modos de producción, lo cual impidió el crecimiento del proyecto. Y,
3. No se gestionó una base social de apoyo, que se apropiara del proyecto periodístico y lo defendiera más allá de los directivos y periodistas. El diario no logró crear vínculos con la academia, las organizaciones sociales, los grupos juveniles, los periodistas comunitarios y otros actores sociales.

³⁷ La carta firmada por 26 columnistas dio inicio a un nuevo espacio de opinión y análisis con el nombre Telegrafoexiliado, que busca consolidarse como un espacio para el pensamiento crítico. Ver: www.telegrafoexiliado.blogspot.com

Como consecuencia de la pasividad en esos frentes, la arremetida gubernamental lo sorprendió con pocas fuerzas para resistir.

El aniquilamiento de *El Telégrafo* es otra manifestación de censura y de atentado a la libertad de expresión y el derecho al trabajo en el periodismo ecuatoriano. Los otros medios públicos, como la radio y la televisión, no presentan un mejor panorama y apenas hacen esfuerzos por disimular las injerencias del poder político, pero no han podido convocar a un debate público al respecto. Medios públicos y gobierno le deben a la gente su derecho a la información.

4. La campaña mediática contra la Ley de Comunicación

Propaganda en lugar de información

La tensión entre medios y gobierno alcanza su clímax en 2009, en torno a la Ley de Comunicación. En este debate se juegan aspectos cruciales para el mejoramiento del periodismo en el Ecuador. Entre ellos, las medidas antimonopolio, la prohibición de que los dueños de bancos sean también dueños de medios, la figura de la responsabilidad ulterior respecto de las consecuencias sociales de los mensajes mediáticos, la distribución equitativa de frecuencias entre medios públicos, privados y comunitarios, la cláusula de conciencia y las condiciones laborales de los trabajadores de prensa, el derecho a la réplica y la rectificación, el acceso a las nuevas tecnologías, los derechos de los niños, la producción nacional, el control de la publicidad estatal, los organismos reguladores, la Defensoría del Público, las veedurías ciudadanas, entre otros aspectos.

Sin embargo, el gobierno no ha podido alcanzar grandes acuerdos sociales en torno a estos temas. Esto ha facilitado a los medios construir la versión de que se trata de un atentado a la libertad

de expresión. En los titulares no se habla de proyecto de ley, sino de “Ley mordaza”. Ni el gobierno ni los medios le han propuesto a la población un mecanismo claro para deliberar. Lo único que ha recibido el público es un cruce de acusaciones entre ambas partes.

Las noticias de los medios muchas veces son refutadas por el mandatario durante los llamados enlaces nacionales de los sábados –175 hasta junio de 2010– que son espacios de rendición de cuentas en directo por radio y televisión, sin que las emisoras y canales privados estén obligados a transmitirlos. Sí lo hacen la radio y la televisión públicas. No obstante, la mayoría de medios elabora noticias a partir de esos enlaces. Otro espacio donde el gobierno genera su discurso son las cadenas nacionales –233 en 2009 – a las que tiene derecho por ley para dar a conocer sus obras. También está la publicidad oficial contratada en diversos medios –5,8 millones de dólares en 2009, según datos oficiales citados por la prensa– que colocan al gobierno como el mayor anunciante en el país. Los medios privados son los mayores beneficiarios de esta inversión publicitaria, a la que nunca han cuestionado en términos de rentabilidad sino políticos.

Hay varias explicaciones al respecto, como la de César Ricaurte, director de la organización Fundamedios. Según su lectura, entre las causas de este enfrentamiento, está una saga de gobiernos débiles, ante los cuales los medios aparentaban una fuerza que en realidad no tenían. “En medio de esa debilidad de los gobiernos, los medios fueron los únicos dueños del relato. El momento en que surge el gobierno de Correa, con una fortaleza enorme, comienza a disputarles a los medios ese relato. Al parecer, el presidente piensa que el acto de gobernar también implica el acto de editar la realidad”, reflexiona Ricaurte, quien proviene del periodismo y ejerce como Defensor del Televidente en *Ecuavisa*.

El proyecto que se discute en la Asamblea Nacional es el resultado de la fusión de tres proyectos anteriores, impulsados por los asambleístas Rolando Panchana (oficialista), César Montúfar (oposición) y Lourdes Tibán (oposición). El legislativo nombró una comisión encargada de juntar las mejores ideas en una sola propuesta. El resultado, un proyecto que disgusta tanto a los medios como al gobierno, debido a sus múltiples defectos desde el procedimiento (nunca se propició un debate social) hasta los contenidos (confunden comunicación con información mediatizada). La intención de crear un Consejo de Comunicación con capacidad reguladora y sancionadora agudizó la discordia debido al peligro de crear un ente concentrador de poderes.

Mientras el gobierno y las organizaciones sociales procuran reencauzar el debate y mejorar el contenido de la ley, los medios privados hacen activismo en contra de la existencia misma de esta, bajo la premisa de que “la mejor ley es la que no existe”. Los medios afiliados a la Asociación Ecuatoriana de Editores de Periódicos (AEDEP) mantienen hace varios meses una publicidad bajo el lema “+RESPECTO”, orientada a convencer a los lectores de las bondades del actual sistema de medios privados. Nunca antes había sido tan evidente la propaganda en lugar de la información.

Entre informar y convencer hay una distancia enorme, la misma que separa el periodismo de la propaganda. Los medios de la AEDEP han hecho durante seis meses lo que algunos de ellos han censurado durante más de un siglo o se lo han endilgado a otros, al menos en la retórica hueca de la objetividad: convertir al periodismo en propaganda. Dicho de otra manera, ha dado un gran paso a favor de esa corriente que arrastra a los medios hace varios años y los ha llevado a perder demasiado terreno y legitimidad como voz pública, por obra de sus prácticas informativas y empresariales.

5. Conclusiones

Las evidencias de que la cultura periodística en el Ecuador se ha desarrollado exclusivamente bajo un régimen de propiedad privada de los medios de comunicación es un punto de partida para replantear los conceptos de libertad de expresión, censura y autocensura vigentes hasta ahora. Este régimen de producción y control periodísticos ha impuesto unas prácticas, unas condiciones laborales, unos discursos y prioridades informativas por sí mismas atentatorias contra la calidad de la información y contra los derechos de los trabajadores de prensa.

Esto nos permite poner seriamente en duda la versión tradicional de que el poder político es el principal responsable de la censura y otros aspectos que atentan contra la libertad de expresión en el Ecuador. Por lo menos no lo es exclusivamente. Las empresas mediáticas demuestran tener tanta o mayor capacidad para anular la diversidad de pensamiento y atentar no sólo contra el ejercicio profesional de los periodistas, sino también contra el derecho a la información de la población.

Al respecto, uno de los aspectos mayormente soslayados en el debate público acerca del periodismo ecuatoriano ha sido la dimensión de los intereses corporativos de las empresas mediáticas. El discurso liberal de la defensa de la libertad de expresión, la objetividad de la información y la independencia de las empresas de medios, sobredimensionado en el contexto del debate de la Ley de Comunicación, han impedido visualizar aspectos de fondo que constituyen las bases que sostienen unas condiciones de censura y autocensura dentro de los medios ecuatorianos.

Así, la falta de proceso de formación de los periodistas, la debilidad organizativa de los trabajadores de prensa, la ausencia de

instancias de autocrítica acerca de la responsabilidad social de los medios, la supremacía de las decisiones corporativas por sobre los principios periodísticos, el alineamiento político de las empresas de medios, entre otros aspectos, ameritan ser incluidos como los principales causantes de esa situación.

El testimonio de los trabajadores de prensa más el análisis de diversos hechos recogidos en este informe resultan argumentos suficientemente fuertes a favor de la necesidad política de crear un marco normativo, que garantice mejores condiciones para el desarrollo profesional de los periodistas y otros trabajadores de prensa. No obstante, esa necesidad no rige solo para los medios privados, sino también para los, recientemente creados, medios públicos, seriamente afectados por las injerencias del poder político. El debate sobre la Ley de Comunicación, por los resultados obtenidos hasta ahora, resulta insuficiente y poco productivo, sobre todo porque no ha podido ser liberado de los intereses corporativos tanto de los medios privados como del gobierno, que le han privado a la población de un cabal entendimiento de la importancia histórica de este tema.

La academia está llamada a crear planes y programas de estudio que cubran las necesidades de formación. La sociedad organizada puede llevar a cabo iniciativas para mejorar la lectura y el consumo de información mediática. Los observatorios y otras instancias críticas son espacios necesarios para proveer a la sociedad de los insumos para replantear su relación con los medios. Pero toda esta capacidad de reacción e incidencia social podría ser nula si no se replantean las desiguales relaciones de fuerza entre los trabajadores de prensa y los responsables de la toma de decisiones empresariales. Dicho de otro modo, si los ideales democráticos del periodismo no dejan de estar supeditados a los compromisos económicos y políticos de las empresas de medios. La ausencia de un marco normativo apropiado ha contribuido a profundizar esas relaciones de poder en extremo desiguales.

Esa es la causa principal aunque, irónicamente, la cara menos expuesta de la censura.

Quito, 15 de junio de 2010

Bibliografía

Abad, Gustavo, “¿Referentes de qué?” (análisis), *El Telégrafo*, 21 de septiembre 2008.

Abad, Gustavo, *El club de la pelea: poder político versus poder mediático en el Ecuador* (reportaje), en Rincón, Omar (ed.) “Por qué nos odian tanto (Estado y medios de comunicación en América Latina)”, Bogotá, FES, 2010

Aguilar, Roberto, “Creadores de empleo”, (Opinión) *El Comercio*, 19 de abril de 2008. *El Comercio* eliminó ese artículo de su archivo en línea.

Constitución de la República del Ecuador. Registro Oficial del 20 de octubre de 2008. Asamblea Nacional. Comisión Legislativa y de Fiscalización

Benjamin, Walter, “El narrador” (en Benjamin, Walter, *Para una crítica de la violencia y otros ensayo*, Taurus, Madrid, 1998)

Beverley, John, “Anatomía del testimonio” (en *Del Lazarillo al Sandinismo: estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*, Minneapolis, 1996)

Bourdieu, Pierre, *Sociología y Cultura*, Grijalbo, México, 1990

Champagne, Patrick, “La doble dependendencia. Algunas observaciones entre los campos político, económico y

periodístico”. Champagne, Patrick, (en Gauthier, Giles, André Gosselin y Jean Mouchon, comp., *Comunicación y política*, Gedisa, Barcelona, 1998)

Gutiérrez, Alicia, *Pierre Bourdieu: las prácticas sociales*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1995

Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Editorial Gustavo Gilli, Barcelona, 1994

López, Ana Karina, “Al ritmo del poder” (opinión) *Hoy*, abril, 2010

Mattelart, Armand, Prólogo (en Bolaño, César, Guillermo Mastrini y Francisco Sierra, *Economía política, comunicación y conocimiento: una perspectiva crítica latinoamericana*, La Crujía, Buenos Aires, 2005)

Moreano, Alejandro, “Las calles, la política y las leyes” (opinión), *El Telégrafo*, 4 de enero de 2010

Otras fuentes

Asamblea Nacional, Comisión Ocasional de Comunicación, “Proyecto de Ley Orgánica de Comunicación”, 2009

Constitución de la República del Ecuador, 2008

Código de Ética Periodística, 1980

Ley de Ejercicio Profesional del Periodista, 1975

Epílogo

Si el prólogo de este libro sirve para situar cada uno de los textos en su respectivo momento histórico, el epílogo tiene la finalidad de dar cuenta de varios acontecimientos posteriores, que no alcanzaron a ser registrados en los ensayos principales, pero ayudan a entender el estado de cosas al que ha llegado el conflicto entre los poderes político y mediático en el Ecuador. Presento aquí cinco artículos referidos a otros tantos hechos coyunturales¹: el aniquilamiento de *El Telégrafo* como diario público; los hechos del 30 de septiembre de 2010; la demanda del presidente Correa contra los autores del libro *El Gran Hermano*; los resultados de la Consulta Popular del 7 de mayo de 2011; y la sentencia contra el diario *El Universo* en el juicio por supuestas injurias calumniosas, planteado por el presidente Correa contra ese diario.

Estrategia de aniquilamiento

Tres periodistas despedidos en menos de una semana; dos artículos censurados en los últimos dos meses por una mano inquisidora que se pasea por la redacción de *El Telégrafo* sin que nadie le ponga freno. Estas son solo las señales más visibles del clima de tensión que se vive en el primer diario público del Ecuador. Comenzó con el despido del director, Rubén Montoya, y siguió con el de los editores de *Diversidad*, Mariuxi León, y de *Economía*, Fausto Lara, sin que las

¹ Estos y otros textos se pueden ver en mi blog personal: www.rostroadusto.blogspot.com

razones de su exclusión hayan sido aclaradas suficientemente.

Todo comenzó a finales de 2009, cuando ciertos funcionarios, que confunden la información con la propaganda, decidieron que *El Telégrafo* no era funcional al discurso oficialista y que había que desmantelarlo para crear un nuevo diario, supuestamente de estilo popular, destinado a servir mejor a sus planes. “No te sorprendas de que muy pronto nos metan un diario de propaganda oficialista junto con *El Telégrafo*” me dijo entonces una periodista de este diario, que sabía lo que se avecinaba.

Lo que no sospechaba era que comenzaba a tomar forma una estrategia de destrucción del proyecto de medio público. La primera arremetida ocurrió a inicios de febrero de 2010. El entonces director, Rubén Montoya, denunció la censura de una nota en la que daba cuenta de algunas decisiones de interés público, que a alguien no le convenía que se difundieran. Los medios privados, acostumbrados a buscar el escándalo antes que los asuntos de fondo, lo celebraron como una debilidad del periodismo público. Nunca se supo quién ejecutó la censura ni por orden de quién y eso comienza a tener consecuencias.

Fue una primera pulseada, muy parecida a la clásica estrategia que aplican los de arriba en ciertas empresas públicas y privadas, que consiste en debilitar cualquier equipo violentando la jerarquía de mando. Esa primera censura tenía la finalidad de pasarse por encima del director, para luego evaluar los resultados. La reacción de los periodistas y articulistas de opinión, que rechazamos públicamente esa intervención, hizo que se detuvieran un poco.

Sin embargo, la semana pasada retomaron la ofensiva, con más fuerza y consecuencias más graves que la vez anterior. Ya no está Montoya y el equipo de periodistas, según varios testimonios recogidos para esta columna, ha sido conminado a la obediencia por miedo a perder su trabajo. Todos estos sucesos constituyen señales

inconfundibles de una estrategia de aniquilamiento contra uno de los últimos proyectos coherentes del actual gobierno. Hay quienes prefieren pasar la página, echar tierra sobre lo que ha pasado, como si nada de esto tuviera importancia. Prefiero la honestidad individual a la amnesia colectiva.

Ciertos editores y reporteros de la mayoría de medios privados se regodean con especulaciones respecto de esta situación crítica. Se olvidan de que ellos nunca han tenido la voluntad ni la honradez de plantear un debate público respecto de sus propias condiciones de censura, amedrentamiento e inestabilidad laboral, que se reproducen todos los días en sus medios. No recuerdo, por ejemplo, que alguno de los detractores de los medios públicos haya criticado con la misma fuerza los despidos ocurridos en los últimos años en diarios como *El Comercio* y *El Universo*, por citar solo dos casos.

La posibilidad de que logren extinguir a *El Telégrafo* está cercana. Si no se puede evitar la extinción, por lo menos que sirva para dejar un marca, una huella visible de un esfuerzo genuino de construir el periodismo público en el Ecuador y un testimonio claro de que hay muchos dispuestos a ser sus enterradores.

1 de abril de 2010

Estado de excepción y diversidad informativa

Hace apenas un par de días, en un diálogo entre periodistas, académicos y estudiantes, algunos planteamos la necesidad de entender que las garantías de la democracia no están en la información mediatizada sino en la política, y que toda acción para modificar la relación de fuerzas en el ámbito de la comunicación es, en última instancia, una acción política.

Pocas horas después, el Ecuador amanecía con la noticia de la insurrección de un grupo de policías bajo el argumento de que el gobierno había reducido algunos de sus privilegios laborales. El conflicto tomó cuerpo cuando el presidente Correa salió -innecesariamente para muchos- a “ponerle el pecho a las balas” y terminó herido y secuestrado por doce horas en el Hospital de la Policía.

Entonces entramos en terreno pantanoso para la mayoría de los medios porque, entre otras cosas, no terminan de asimilar la relación entre comunicación y política en términos de servicio público, es decir, no han sabido reflexionar ni responder a la pregunta ¿Qué tipo de información necesita el país en esos trances? ¿La que puede contribuir a mantener el orden democrático o la que magnifica el caos y la inestabilidad?

La respuesta parece fácil, pero no para los empresarios de la Asociación Ecuatoriana de Editores de Periódicos (AEDEP) que en un comunicado de hoy rechazan, entre otras cosas, “la decisión gubernamental de obligar a todos los medios audiovisuales a plegar a una cadena nacional ‘indefinida e ininterrumpida’, pues al amparo del estado de excepción se ha impedido a la ciudadanía tener otras versiones de los hechos que no sean las oficiales”.

Seguramente se refieren a que, mientras el presidente Correa se dirigía al país, a través de un medio estatal, para explicar su estado de salud, los canales privados transmitían en directo los saqueos de que eran objeto algunos locales comerciales en Guayaquil y repetían

sin cesar las tomas que más parecían reflejar el nerviosismo callejero. La defensa de la diversidad informativa no siempre concuerda con la demanda de un servicio público.

Se les olvida a los señores de la AEDEP lo que significa un “Estado de excepción”. Los artículos 164 y 165 de la Constitución de la República son claros al respecto. Señalan que en caso de una “grave conmoción interna” el Presidente puede “suspender o limitar (...) el derecho a la libertad de información...”. Además, “Disponer censura previa en la información de los medios de comunicación social con estricta relación a los motivos del estado de excepción y a la seguridad del Estado”.

De modo que la cadena de la que tanto se quejan los empresarios de medios no sólo era legal sino necesaria. En otras palabras, no fue sólo una decisión informativa, sino política. Ahí está la relación que tanto les cuesta ver a los dueños de periódicos, radios y canales privados. A estas alturas, no creo que lo hagan por desconocimiento de la norma, sino por algún otro tipo de carencias o de bajezas. Rebelarse contra un Estado de excepción en dictadura es heroísmo, pero hacerlo en democracia es golpismo.

Por supuesto que podemos lamentar el manejo estrictamente periodístico que hicieron los medios estatales en esta cadena. Una cosa es que la televisión y la radio públicas hagan de matrices en una situación crítica y otra es que algunos de sus periodistas creen que pueden arengar a la población con un discurso partidista. Una cosa es que refuercen el pedido generalizado de garantizar la integridad del primer mandatario y otra es que nos sometan a horas de apología de un líder político y alienten a la población a exponerse a las balas, como lo hizo una locutora de la radio pública.

A veces las formas pueden llegar a desdibujar los principios. Eso es lo peligroso e irresponsable tanto en medios públicos como privados, por más Estado de excepción que nos obligue.

1 de octubre de 2010

Demanda contra “El Gran Hermano” reduce la historia a casuística

Cuando diario Expreso publicó el reportaje “Las obras que ejecuta el hermano del presidente”, en junio de 2009, era difícil prever que, veintiún meses después, los periodistas Juan Carlos Calderón y Cristian Zurita, principales responsables de ese trabajo, tendrían que cargar sobre sus huesos y recursos el efecto de los golpes bajos que han intercambiado en los últimos cuatro años los poderes político y mediático en el Ecuador.

La investigación inicial reveló que un grupo de empresas a las que estaba vinculado Fabricio Correa, hermano mayor del Presidente Rafael Correa, había obtenido contratos con el Estado por alrededor de 100 millones de dólares. Después, en agosto de 2010, Calderón y Zurita presentan el libro *El Gran Hermano*, en el que profundizan la investigación inicial, encuentran nuevos datos y despliegan un amplio relato sobre la corrupción en las altas esferas del poder.

Ahora, los dos periodistas afrontan un juicio planteado por el presidente Correa bajo la figura de “daño moral” por el contenido del libro. Aunque la investigación no señala responsables de delitos específicos, es una disección profunda de un tema clásico en el manejo de la cosa pública en el Ecuador: el tráfico de influencias. La reacción inicial del gobierno fue decir que se trataba de otra maniobra mediática para desacreditarlo, pero hasta ahora no ha podido desmentir los datos del trabajo periodístico.

Sin embargo, lo más grave de todo esto es que el juicio entablado por el mandatario contra los periodistas transforma el escenario inicial, de una necesaria lucha política por la transformación de las estructuras del campo mediático en el Ecuador, a una querrela entre una autoridad ofendida y dos trabajadores de prensa sobrecargados con una responsabilidad que, para ser justos, nos corresponde a todos. El juicio contra los autores de *El Gran Hermano* reduce la compleja

relación histórica entre comunicación y política al litigio coyuntural entre periodistas y autoridades. El presidente Correa, como acusador, convierte la historia en casuística.

Estamos ante una posición que desvirtúa la legítima lucha política por la reconfiguración del espacio mediático. Quizá eso explique en gran parte el fracaso en el debate de la Ley de Comunicación; la tardanza de la sanción a los responsables de la asignación fraudulenta de frecuencias; la ilusoria desvinculación entre los poderes económicos y los medios; la ausencia de un órgano de regulación legítimo. El mejor argumento que puede dar el Presidente a la oposición es enjuiciar a todos los periodistas que pueda.

En un país como el nuestro, donde los gobiernos piensan que en ellos comienza y termina la política y donde los medios piensan lo mismo respecto de la comunicación, resulta tan fácil como peligroso pensar que toda esta confrontación se resuelve judicializando la actividad periodística. El juicio contra Calderón y Zurita abona esta falsa premisa porque, más allá de lo que pase en este caso, las estructuras del campo mediático, las relaciones de poder que ahí se manejan, las injerencias económicas y políticas en los procesos informativos, siguen intactas.

Lo paradójico es que dos periodistas, que han hecho exactamente lo que el gobierno ha demandado de esta profesión –rigurosidad informativa, contrastación de fuentes, verificación de datos, etc.– tienen que defenderse en los juzgados –con todo el desgaste emocional y económico que eso significa– de los efectos de una pelea que comenzó hace cuatro años entre un gobierno con discurso radical de izquierda y unas empresas de medios defensoras del establecimiento y sus privilegios.

En su trabajo, Calderón y Zurita exponen la diferencia entre hacer política contra el gobierno desde los medios y hacer investigación periodística siguiendo las normas del buen oficio. Ellos hicieron lo

que tenían que hacer: periodismo y no proselitismo. Otra cosa es lo que hace la mayoría de medios privados y estatales, donde se impone un discurso corporativo de defensa del dueño: proselitismo y no periodismo.

El deseo personal de Correa de escarmentar a dos periodistas desplaza el foco de atención y conduce a olvidar que los temas centrales del debate político-comunicacional en el Ecuador, como el régimen de propiedad de las empresas informativas; las instancias de regulación; las condiciones laborales de los trabajadores de prensa; la censura y autocensura interna en los medios; los derechos colectivos a la comunicación y a la información, entre otros, siguen entrampados en medio de tanto ruido y demandas estériles.

31 de marzo de 2011

Triunfalismo oficial versus disidencia crítica

“Ecuador respalda masivamente las tesis de Correa” es el titular de *El Telégrafo* del 8 de mayo de 2011, día siguiente de la consulta popular. Y más abajo, con enormes letras amarillas sobre fondo negro: “62% SÍ. 38% NO”, como marcador electrónico en partido de básquet. El mensaje triunfalista del diario estatal se completa con una foto de media página del presidente Correa con el pulgar arriba en señal de triunfo.

El Telégrafo hace desde el lado oficial exactamente lo mismo que hacen los medios privados desde la oposición: proselitismo en lugar de periodismo. De otra manera no se explica que sustentara su afirmación en un “exit poll” de una firma contratada por el oficialismo sin prever que, pocas horas después, el conteo rápido del Consejo Nacional Electoral (CNE) proyectaría un apretado triunfo del SÍ sobre el NO por alrededor del 5%.

El papelón del que en otro momento fue un buen proyecto de diario público remarca el alineamiento y la militancia de algunos de sus jefes con el movimiento oficialista. Pero lo realmente lamentable de este tipo de titulares celebratorios, más cercanos al adulo que a la información, es que le niegan a la población mensajes periodísticamente más honestos y políticamente más útiles.

De todas maneras, el proselitismo de los medios estatales a favor de un jefe, y el de los medios privados a favor de un dueño, resultan a estas alturas apenas otro asunto molesto y cotidiano, como el mal aliento. Mejor pasemos a otro nivel de análisis, pues los resultados de la consulta permiten una lectura en términos de comunicación política, es decir, del efecto de las acciones y de los mensajes en la vida democrática.

Lo primero que salta a la vista es una considerable pérdida del capital político del gobierno y del presidente Correa. Al mismo tiempo, es

notable el incremento de las posiciones críticas que, en este caso, no necesariamente corresponden a la oposición, ni a los medios privados, ni a la derecha tradicional. Todo lo contrario, el alto nivel de votación negativa (las proyecciones hablan de un 45%) provienen de una corriente disidente de las mismas fuerzas que ayudaron a plantear hace casi cinco años el proyecto de la revolución ciudadana.

Esto significa que la tendencia gubernamental de ganar las batallas electorales de manera arrolladora se ha eclipsado. En las seis jornadas electorales anteriores, las tesis del oficialismo ganaron por márgenes de alrededor del 40%. ¿De dónde proviene ese 25 a 30 por ciento que pudo votar por el SÍ pero esta vez escogió el NO? Con toda certeza no proviene de los cadáveres políticos de la llamada partidocracia, tampoco del periodismo proselitista de los medios tradicionales. Que no se crean ganadores los que nada han hecho para mejorar la cultura política de este país. Que los Gutiérrez, Hurtado, Vera, Páez, Montúfar no se emocionen porque no han ganado nada. Es Correa el que ha perdido.

Más bien hay que pensar en las causas de ese alto nivel de disidencia de quienes alguna vez creyeron en el proyecto de la revolución ciudadana y ahora no pueden avalar un modo autista de ejercer el poder. La elevada opción por el NO deja en claro que el déficit de comunicación política del gobierno comienza a pasarle factura y que el ejercicio crítico de la población se manifiesta más allá de las refriegas cotidianas. La tesis gobiernista de que “el que no está conmigo está en mi contra” comienza a demostrar su falacia. Disparar contra los del mismo bando y denigrar a los aliados naturales tiene efectos devastadores.

Recordemos un caso reciente. Cuando el ecologista Luis Corral, en medio de un acto político en el coliseo de Zamora, exige al presidente Correa respuestas acerca de los proyectos mineros en esa zona, la reacción del mandatario es tremebunda. En lugar de ofrecer respuestas, decide arengar a los asistentes y construir una

atmósfera emocional y violenta en contra del ecologista. Predispone a todo el coliseo y manda a todo su aparataje de seguridad en contra de una sola persona. Corral termina expulsado y golpeado por los simpatizantes de un mandatario que afirma reconocer los derechos de la naturaleza. Esa falta de generosidad y de compasión con el otro en el ejercicio del poder es lo que realmente asusta.

Lo ocurrido en Zamora es parte de una cadena de acciones y mensajes que minan el capital político de un líder que algún día ofreció cambios profundos en esta sociedad necesitada de ellos. Pero no de esa manera. Descalificación de las voces disidentes (Alberto Acosta y decenas de pensadores de alto nivel, excluidos del proyecto por pensar distinto); criminalización de la protesta social (cerca de doscientos dirigentes indígenas enjuiciados por terrorismo); aniquilamiento del proyecto de medios públicos (subsumidos por el aparato de propaganda oficial); adelanto de trabajos para la explotación petrolera en el Yasuní (el proyecto de mantener el petróleo en tierra cada vez es más lejano) solo para mencionar los casos más evidentes, donde el discurso de cambio queda anulado por las acciones y los mensajes políticos.

El castigo en las urnas no es oposición tradicional sino disidencia crítica.

9 de mayo de 2011

La sentencia

La desmesura es esa dimensión de la realidad que supera nuestras capacidades y nos lleva a perder los marcos de referencia que hacen posible la convivencia social. La desmesura es el concepto que mejor aplica a la sentencia contra tres directivos y un ex articulista de diario *El Universo* en el juicio por supuestas injurias calumniosas que lleva contra ellos el presidente de la República, Rafael Correa. Tres años de cárcel para los demandados más 40 millones de dólares a favor del demandante resultan, desde todo punto de vista, desmesurados. El efecto, además de la pérdida de la libertad de cuatro personas, podría ser la quiebra de esa empresa periodística.

¿Por qué se ha llegado a este estado de cosas? En este caso puntual hay una cadena de hechos que se inscriben en la mencionada línea de lo desmesurado. El artículo “No a las mentiras” de Emilio Palacio, motivo de la demanda, es un monumento a la ligereza periodística; las penas de cárcel y el monto de la indemnización exigidas por Correa sobrepasan lo humanamente razonable; la rapidez con la que el juez Juan Paredes dictó sentencia excede la frontera de lo absurdo, solo para hablar de los hechos más relevantes en este caso. Sin embargo, recordemos que esta sentencia no es aislada, sino que existe una historia y un contexto previos, que explican en gran parte las razones de tamaña locura.

Propongo una reflexión sobre tres aspectos claves: 1. El modelo dramático del conflicto; 2. La conducta periodística dominante; y 3. El ejercicio mezquino del poder en todo este tiempo.

1. El modelo dramático

Lo primero que hay que considerar es que la sentencia contra *El Universo* representa solo el pico más alto de la confrontación entre los poderes político y mediático en el Ecuador. Es el resultado de cuatro años de golpes bajos que han intercambiado estos dos

actores bajo la falsa premisa de que la sobrevivencia del uno depende de la anulación del otro. Si dejamos por un momento en suspenso los aspectos jurídico-políticos de este tema, y lo miramos desde los fundamentos de la dramaturgia, tenemos a dos actores melodramáticos, porque cada uno se declara víctima del otro y, desde esa posición, pretenden enseñarle al mundo lo que es correcto y deseable.

En el melodrama clásico, la fuerza que mueve a los personajes es moral. Toda acción se justifica en nombre de un gran ideal ya sea individual o colectivo. En este caso, el ideal de la “libertad de expresión” de los medios se confronta con el de la “honra del presidente”, como si fueran principios inapelables. Así, tanto la fórmula que opone “gobierno autoritario” contra “medios defensores de la libertad”, como la que opone “gobierno democrático” contra “medios corruptos” han llevado el conflicto a un estado de cosas fuera de la medida. ¿Dónde está el equilibrio entre la legítima demanda de restitución de los derechos de una persona ofendida y una sentencia de tres años de cárcel y 40 millones de indemnización? El tremendismo es otra cara de la desmesura.

Cuando los personajes de un drama creen que actúan movidos por los más altos ideales, no pueden mostrar debilidad. Entonces el conflicto se prolonga hasta el infinito, porque una de las características del melodrama es la imposibilidad de encontrar salida. Se consume en sí mismo y se ahoga en su propia violencia, en este caso, verbal de parte y parte hasta que uno logre la eliminación del otro. Lo grave es que ambos actores pretenden que el resto de la sociedad saque de ellos lecciones para vivir.

2. La conducta periodística

En segundo lugar, no olvidemos que durante todos estos años el discurso mediático, penosamente, ha estado acaparado por sus figuras más sobredimensionadas –Carlos Vera, Jorge Ortiz,

Emilio Palacio y otros- que han aportado más rabia y ofuscamiento que serenidad y reflexión. Por eso, cuando el conflicto no logra una salida, aparece la figura del “mártir”, convencido de que su sacrificio salvará a los demás. Muchos periodistas han querido jugar ese rol mediante la estrategia de hacerse despedazar en público por el representante del poder político. El objetivo, lograr contra éste una sanción moral y alcanzar para ellos el sitio de restauradores de la democracia.

En gran medida, lo ocurrido con El Universo obedece a las aspiraciones de su ahora ex editor de opinión de alcanzar el altar de los periodistas inmolados. En varias ocasiones, Palacio ha ido en busca de ese papel, pero ni ha logrado la sanción moral contra el poder ni se ha convertido en salvador de su gremio ni ha restaurado la credibilidad de los medios. Sí ha logrado, en cambio, involucrar en su bronca personal a todo *El Universo* y poner en riesgo la sobrevivencia de un diario que, no por conservador y sacerdotal, deja de ser una institución histórica del periodismo ecuatoriano.

3. El ejercicio del poder

En tercer lugar, hay que considerar lo que todo esto significa como síntoma político, social y cultural. Si el proyecto oficialista de reformar el sistema de justicia fue considerado una estrategia para controlar a los jueces, ahora ya no queda duda de cuál será la conducta de los jueces designados por la comisión encargada de esa reforma. Un escenario de medios cerrados y periodistas presos está a las puertas. No es del todo cierto que esto provocará censura y autocensura en los medios, pues éstos no pueden quejarse de lo que han practicado toda la vida con sus periodistas. La diferencia es que ahora hay más motivos para pensar que los trabajadores de prensa tendrán que vérselas no solo con la censura de sus jefes sino también con la persecución judicial.

Queda claro que el proyecto de Correa nunca fue la lucha política por la transformación del campo mediático y el mejoramiento del periodismo en este país. Lo suyo es exhibir la cabeza del enemigo para escarmiento de los demás como ya lo ha intentado antes. La rigurosidad periodística y la habilidad discursiva de los autores de “El Gran Hermano” los ha salvado, hasta ahora, de ese objetivo. Pero la deplorable calidad intelectual del artículo de Palacio le ofreció a Correa una oportunidad inmejorable. Uno de los efectos de todo esto es que el proyecto de Ley de Comunicación y la creación de un Consejo de Regulación quedan ahora seriamente lesionados en su legitimidad política.

Al final, y esto también es lamentable, la sentencia contra *El Universo* es un golpe bajo del poder político contra los medios. Pero solo hasta que el poder mediático se lo devuelva. Correa exhibe su poder de manera impúdica, pero al frente no tiene precisamente a un contendor indefenso y confiable.

24 de julio de 2011

Este libro se terminó de imprimir
en octubre de 2011, siendo
Director General del CIESPAL
el Dr. Fernando Checa Montúfar
y jefe de Publicaciones
Raúl Salvador R.

El club de la pelea

Gobierno y medios, un entramado de fuerzas y debilidades

El conjunto de ensayos recogidos aquí dan cuenta de unos hechos, unos discursos y unos actores políticos y sociales que han tenido tiempo de evolucionar en estos años. Y en ese proceso, algunos se reafirman y otros se niegan a sí mismos. El Lucio Gutiérrez que huyó en helicóptero de la ira popular no se parece al personaje que ahora intenta aglutinar a la oposición; el Paco Velasco que abdicó del espejismo de la objetividad y ofreció los micrófonos de su radio para que se expresara la diversidad cultural no se parece al asambleísta que hace esfuerzos ahora por mantenerse en la gracia del poder; el Rafael Correa que capitalizó la ola de indignación moral para llegar al poder con un discurso esperanzador no se parece al mandatario intolerante que clausura el diálogo y anula la crítica como recursos del pensamiento; los medios tradicionalmente alineados con el discurso del orden y la estabilidad no se parecen a los medios que hoy se vuelcan al activismo político, y se muestran complacientes con actos desestabilizadores como el intento de golpe de Estado del 30 de septiembre de 2010; el diario El Telégrafo, que propuso narrativas frescas y enfoques distintos en sus inicios, no es el mismo que ahora se muestra obsecuente con el poder político.

ISBN: 978-9978-55-092-2



9789978550922

